

CARLOS CHASSALE

Un maestro comunista en La Teja

Miguel Millán





Miguel Millán Sequeira. Nacido y criado en la ciudad de Mercedes, departamento de Soriano, Uruguay en el año 1957.

Fue dirigente estudiantil de enseñanza secundaria.

Prisionero político en el Cuartel de Mercedes en abril de 1975 siendo menor de edad.

Luego de liberado fue secuestrado en setiembre de ese mismo año, en los Vagones de Canelones donde permaneció casi dos meses en calidad de detenido-desaparecido.

Fue trasladado a la cárcel del Cilindro Municipal de Montevideo desde donde se fugó junto a otros tres militantes de la UJC.

2020 Miguel Millán Sequeira



Diseño gráfico y portada:

Rodrigo Barbano y Mariana Risso

Edición:

Sitios de Memoria – Uruguay

<http://sitiosdememoria.uy>

contacto@sitiosdememoria.uy

ISBN: 978-9915-9310-0-5

Montevideo, Uruguay



**SITIOS DE MEMORIA
URUGUAY**

Un proyecto colectivo

Memorias y resistencias. Vol. 1

**CARLOS CHASSALE,
UN MAESTRO COMUNISTA EN LA TEJA.**

Entrevistas, transcripciones, edición, oidor, escribiente:

*Miguel Millán Sequeira, un servidor. (texto definitivo,
julio 2020)*

Indice

La Maestra Sonia Brayer nos presenta a todos	7
Presentación desde la psicología	9
Tomás Rivero Delgado, el hermano mayor	13
40 años no son nada	21
Yolanda Ibarra Chávez, maestra y compañera de Carlos	23
Federico Martínez, "el Flaco" en el V de Artillería	30
Vivir con el alma aferrada	43
La maestra Cristina Sachi	45
Es un soplo la vida	53
Elina Larrondo, la odontóloga del Cerro	56
Sixto "Tito" Amaro, friyero y del Cerro, en ese orden	64
Ya vendrán caras extrañas	74
José Kechichian, un armenio del Cerro a La Habana	76
Bismark Miller, guarda y clandestino	86
Qué febril la mirada	94
Dari Mendiondo, por los caminos montevidéanos	97
Osmar Lechini, tano de Salto	104
40 años encadenan mi soñar	107
Olguita, una nieta postiza	110
Ramón Negro, el médico que acompañó a Carlos en Cuba	117
Errante en las sombras	120
Stella Cerrutti, doctora y murguista	122
Tengo miedo del encuentro	127
Beatriz, el Festival y Carlos	131
Raúl Luzardo, maestro de Durazno	133
Testimonio de Carlos en el Festival de La Habana	136
Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes	155

La Maestra Sonia Brayer nos presenta a todos

La imagen de Carlitos que me aparece con mucha insistencia es la de un muchacho muy delgado, de grandes ojos, con aspecto de niño junto a su compañera de aquel entonces, año 1966, igualitos ambos, parecían hermanos buscando refugio en el local de la Unión del Magisterio. Aquella organización gremial se fusionó con la Asociación de Maestros formando el Movimiento Coordinador del Magisterio de Montevideo, actual ADEMU-FUM.

Hace poco recibí el pedido de que escribiera sobre él, reuniera testimonios de gente que lo hubiera conocido, de compañeros y compañeras que hubiesen transitado, junto a él, por las diferentes actividades en las que participó, distintos caminos de Montevideo y La Habana por los que anduvo su vida riquísima en acontecimientos, que nos involucran a muchos compatriotas, en particular a sus colegas maestros.

Los vericuetos de la memoria y de la vida parecen inabarcables cuando se trata de darle un sentido coherente al relato que englobe el recuerdo de todos. Es una tarea casi imposible, siempre habrá alguien o muchos talvez, que vean su testimonio no recogido o que no lo fue con la suficiente amplitud. Pero principio quieren las cosas y debo reconocer a quien se puso a trabajar inmediatamente que se lo propuse: Corina Balbi, hermana de Álvaro, ambos hijos de Selmar, nuestro querido Maestro de muchas generaciones.

Corina dio el punta pie inicial y, lamentablemente se nos fue demasiado temprano, obtuvo los documentos que aparecen al final. Luego, tomó la tarea Miguel

Millán ante mi pedido perentorio pues la vida se nos va y el testimonio tiene que pasar de posta antes que sea demasiado tarde.

Las nuevas generaciones de nativos digitales leen de manera diferente a nosotros los hijos de Gutenberg, aunque debe existir un momento en el cual la contraseña pueda trasladarse de mano. Como los antiguos, anteriores a la escritura, transmitían sus memorias, tradiciones, costumbres, creencias, de manera oral, nosotros les dejamos estos textos escritos plasmados en papel para que los recojan quienes se aventuren en sus páginas y lo trasmitan a sus congéneres por la o las vías que mejor les acontezca.

Lo anterior no lo escribo de manera resignada ni autoritaria, lo afirmo como una necesidad en la búsqueda y encuentro de una identidad nacional que rescata la memoria de lo vivido por los uruguayos en las últimas décadas.

El maestro Carlos Chassale tomado prisionero desde adentro de su salón de clase por militares el 7 de noviembre de 1975. Sus alumnos de sexto año del turno matutino de la escuela pública, frente a la Plaza Lafone en el barrio montevideano de La Teja, no podían creer lo que vivieron y lo contaban azorados. Esa imagen, las causas y los por qué trata de devolvernos Millán con todos estos testimonios en un coro polifónico que incluye a sus compañeras maestras, a sus amigos de la vida, los hermanos que no tuvo.

Maestra Sonia Brayer, 2018

Presentación desde la psicología

Cecilia Baroni *

*“Yo tomo partido
hasta cuando se discute la orientación
del viento”*

Carlos Chassale

Cuando Miguel me invitó a escribir un prólogo a un nuevo libro de su autoría sentí y pensé muchas cosas... lo primero fue sentir una sensación, mezcla de asombro y de emoción, que me llevó a mi ser hija, sobrina y amiga de comunistas... he crecido, parte en el exilio, parte en Uruguay, siendo a veces testigo, a veces protagonista, de diversidad de historias que surgen en asados, en encuentros casuales, en despedidas y en bienvenidas.

Lo segundo fue pensar en lo hermosas que terminan siendo las vueltas de la vida. Miguel se fugó del Cilindro con uno de mis padres (porque una de las cosas que me dejó la dictadura fue el poder tener dos padres) y nos encontramos años después... Él haciendo un diario dentro de la cárcel “Pres y Diario” y yo una radio dentro de un hospital psiquiátrico “Radio Vilardevoz”. Ese afán por la libertad parece habernos encontrado. Pero también tenemos otras cosas en común: la docencia y la pasión por la memoria, por esa capacidad de recordar y olvidar que tenemos los seres humanos.

Y este libro es eso, por una parte la resistencia a que Carlos Chassale quede en el olvido, por otra darle lugar a la insistencia de legar parte de una historia que es, sin lugar a dudas, no solo de la historia de los

comunistas en Uruguay sino de un país que persiguió, encerró, torturó y expulsó al exilio o a la clandestinidad a los compatriotas que se levantaron contra el régimen de facto.

Hace muchos años, cuando empecé a investigar sobre la dictadura en nuestro país, algunas preguntas comenzaron a surgir sobre el proceso de recordar y olvidar: ¿qué se recuerda?, ¿qué se olvida?, ¿quién recuerda?, ¿Quién olvida?, ¿por qué recordar?, ¿es posible olvidar?

También me preguntaba sobre el proceso de poder hablar, contar a otros, de que quede escrito algo que pertenece al orden de la memoria oral pasando a otro registro donde la palabra se captura y se convierte en documento. Y vuelven las preguntas: ¿vale la pena hacer público los dolores, las angustias, colectivizar algo que es del orden de lo íntimo? ¿Es íntimo? ¿Es de uno o es de muchos?, ¿qué pasa al compartir?... ¿da miedo?, ¿vergüenza?... ¿es mejor saber que no saber? Preguntas que cobran vigencia a la hora de dar testimonio sobre uno mismo o sobre otros, y dan cuenta a su vez de territorios y relaciones de poder que siguen vigentes y que nos siguen afectando.

Diversas investigaciones sobre el pasado reciente y los efectos del “Estado de Terror”, como prefiere llamarlo Víctor Giorgi, dan cuenta por un lado de los quiebres, muchas veces del orden de lo traumático, que causó vivir la dictadura o conocer sus efectos de cerca por ser familiar directo o indirecto. Por otro lado, se ha dado cuenta de que existen diversas formas, tanto a nivel individual como colectivamente, que se han generado para ir elaborando el sufrimiento que la dictadura produjo. Recuperar la memoria es una de

ellas, compartirlas una forma de recuperar el sentido, a pesar del terror, e intentar seguir.

Conocer a Chassale por medio de los testimonios de algunas de las personas que lo trataron, lo quisieron y lo respetaron, así como por el suyo propio (dado que Miguel con muy buen tino anexa el discurso que Carlos dio en Cuba antes de morir un 14 de agosto. Si, como Líber Arce.) me produce una sensación que ya he tenido. Es la misma que tuve el día que anunciaron la aparición de Mariana Zaffaroni o el hallazgo de los restos de Ubagesner Chávez Sosa. Algo así como sentir la recuperación de la “verdad”, como una pequeña reparación, una sensación de “era cierto”. Algo así como una suerte de constatación de que las atrocidades de la dictadura existieron, pero no había pruebas al respecto. La vida de Carlos, como la de tantos comunistas uruguayos, es muestra de ello.

Miguel escribe. Miguel deviene de compañero a investigador, es el motor en esta usina de producir memoria comunista.¹ Una usina que no pide permiso para publicar ni a la academia, ni a partidos, lo mueve el no querer dejar pasar por alto actos, actitudes, formas de ser, en este caso de comunistas, que por diversas razones merecen un reconocimiento.

Miguel se mete en complicada empresa y en ese proceso se topa con los obstáculos de cualquier investigador, en tanto desentrañador de una historia o de un personaje. Desde la elección de los entrevistados (amigos, pareja, hermanos de la vida), el clima del encuentro o lo que sucede en los mismos, donde el

¹ Le debo este término a Luis Leopold con quien, conversando sobre la producción de este libro me comentó de las diferentes “usinas” de producción de memoria del Partido Comunista. La de Miguel es orejana en todo esto.

autor nos da algunas señales y se permite compartir lo que les va pasando al momento de recordar. Millán nos muestra sutilmente su método. Grabador en mano va a encontrarse con otros (entusiastas, reticentes, generosos, desconfiados, conmovidos), con personas movidas por un disparador de memoria: Carlos Chassale.²

A través de los recuerdos que Miguel pudo registrar, va armándose un puzle donde las piezas van dando cuenta de diversas facetas de un hombre sencillo, convencido y comprometido con la vida, así como con el comunismo. Un hombre que yace con honores de héroe en un cementerio cubano y que hoy, con todo lo que queda en este libro, se presenta a un Carlos libre, como el viento, y que se fue, sin lugar a dudas, ligero de equipaje.

Cecilia Baroni, 2016

* Cecilia Baroni es psicóloga, Magister en Psicología y Educación. Doctora en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UdelaR). Profesora Adjunta del Instituto de Psicología, Educación y Desarrollo Humano de la Facultad de Psicología (UdelaR). Integrante del Proyecto Comunicacional Participativo Radio Vilardevoz.

² Indagando sobre las políticas de olvido y de memoria trabajé sobre la idea de disparadores de memoria (historias, fotos, audios, videos, notas de prensa, placas recordatorias, etc.) generadores de procesos de memoria tanto individuales como colectivas, en tal grado conectores con un suceso, etapa o persona a recordar, permiten movilizar la memoria afectiva sobre el/los mismo/s. Dicha memoria, a tal punto función psicológica, se desplegará utilizando diversos mecanismos: idealización, negación, bloqueo, etc.

Tomás Rivero Delgado, el hermano mayor

Carlos fue a escuchar unos cursillos que yo daba y al terminar me dijo: “todo eso que vos hablás lo podés resumir en una sola palabra”, y me dijo qué palabra era, contenía todos los temas que tocaba mi charla. Era un Maestro.

Tomás lo dice con un asombro y admiración que le dura a pesar de los años transcurridos. Porque Carlos tenía doce años menos que él. Era un Maestro, adentro y afuera del aula. Repite todavía hoy.

Y claro, la emoción de hablar sobre Carlos radica en que la familia Chassale también era su familia. Concertamos varios encuentros y habla muchas horas, se detiene de manera detallada en describir cómo el padre de Carlos, Ernesto, fue su padrino obrero en los talleres de la vieja AMDET³. Aunque necesito que hable de Carlos, insiste: las características humanas y políticas de Carlos eran heredadas de su hogar obrero y comunista.

El viejo te enseñaba sin decir que te estaba enseñando.

Nos aconsejaba ir al Parlamento a escuchar las discusiones porque decía que era la manera de aprender. La izquierda tenía: dos diputados: el Partido comunista, Arismendi y Pastorino; y el Partido socialista tenía un senador y tres diputados.

Me invitaba a su casa para explicar cómo se iba a conformar la central única de trabajadores. Yo le decía: Pero eso va a ser un gobierno dentro de otro gobierno. Y él me contestaba: Es eso. La independencia de la

3 Administración Municipal de Transporte

clase obrera se tiene que expresar en lo organizativo, en tener su propia prensa.

Por eso siempre dije que el mejor jefe de masas en una base obrera que yo conocí fue Ernesto Chassale.

Éramos unos tres mil y pico de trabajadores entre las siete u ocho estaciones de AMDET.

Chassale había venido desde Durazno, tenía dos hermanas, una casada con Gerardo Cuestas (1917-1976) y la otra con Enrique Pastorino (1918-1995).

La otra enseñanza del viejo fue que nosotros como sindicato no defendíamos jamás a borrachos y ladrones. Entonces, esa postura nos daba una credibilidad y un respeto ante la patronal, representada allí por el ingeniero jefe de la estación delegado por el Estado.

AMDET tenía directorio propio, no dependía de la Intendencia, se creó en la década del '40 que es cuando se crean los Entes del Estado. El viejo Chassale venía trabajando desde entonces, me llevaba más de diez años de experiencia ahí adentro. El trato con la patronal era de mucho respeto mutuo, pero hasta ahí, ellos en lo suyo y el sindicato defendiendo siempre al trabajador, menos al borracho o al ladrón.

Antes de tener una reunión con el Directorio, el viejo preparaba muy bien todos los pasos. Primero invitaba a que formaran parte de la delegación otros obreros, luego los reunía y los ponía de acuerdo. A cada reunión invitaba a nuevos trabajadores para que fueran haciendo la experiencia. Saber qué íbamos a reivindicar, todos debíamos saber cuál era el tema

central por el cual íbamos a esa reunión; quién hablaba; además, nos recordaba que los directores eran bichos políticos que medirían el nivel de conocimientos de cada uno de nosotros, que podían hacer preguntas al más desprevenido. Por lo general, organizaba una reunión posterior para hacer el balance.

Yo estoy hablando de los Chassale y estoy haciendo un consumo de nervios y de memorias que representa mi vida misma. Esto es como cuando te presentan a alguien y ya tenés conocido todo de esa persona. Por algo existe el pedigrí... ¡Ni se me ocurre comparar a Carlitos con los caballos! Pero, por algo él era como todos lo conocieron después.

Cuando empecé a ir a la casa del viejo conocí a Carlitos de pantalones cortos. Vivían en Benito Riquet casi contra el arroyo Pantanoso, en el Cerro. Era una casa a la que se bajaba por una escalera y allá en el fondo estaban ellos. Ahí vivía Alberto Mendiola con el viejo. La vieja de Carlos, Teresa, era obrera frigorífica de la sección conserva. Cronológicamente ese fue el primer hogar de ellos que conocí.

Mendiola, uno de los ocho comunistas asesinados en el local del seccional 20 del Paso Molino el 17 de abril de 1972.

El viejo entraba a las seis a talleres, se levantaba cuatro y media de la mañana, se bañaba y se afeitaba todos los días, después se tomaba media docena de mate y salía para el trabajo. A mí me pasaba relajando porque llegaba siempre tarde; en AMDET se podía llegar tarde cuatro veces al mes. El tipo me daba despiadadamente por la cabeza porque llegaba tarde

siempre. “Si vos sos comunista, no podés dar ese mal ejemplo”.

Él adoraba al petiso Mendiola, lo quería como a un hijo. Me contaba: “Este petiso me deja un papelito todas las noches para que lo despierte para ir a buscar los “Popular””. Mendiola era como el canilludo de la “20” que distribuía el diario del Partido en todas las fábricas y talleres de La Teja, el Paso Molino, Nuevo París, Belvedere. Era un tipo muy particular en cuanto a su entrega, dedicado enteramente a la vida del Partido.

El asunto era que llegaba fundido y le dejaba escrito en un papelito que lo despertara. “Lo llamo, me pongo a afeitarse y de pronto veo que está acostado durmiendo de vuelta. Entonces voy y le saco todas las frazadas y se las tiro lejos. ¿Vos podés creer que el tipo se levanta en calzoncillos y va hasta las frazadas, las agarra, vuelve a la cama, otra vez se acuesta y otra vez se vuelve a dormir y a los dos minutos roncaba? Le saqué las frazadas y le dije: ¡te las voy a mojar debajo de la ducha!”

La impuntualidad y la falta de responsabilidad en el cumplimiento de una tarea eran cosas que lo sublevaban al viejo.

Ellos después vivieron en el Cerro, en Grecia casi Berna y a la vuelta, en Berna y Grecia estaba el local del FideL⁴. Ahí en la casa familiar lo velaron al viejo, en abril de 1965.

4 Frente Izquierda de Liberación

Allá por mediados de 1957 me afilié. No me acuerdo exactamente el mes y el día y fijate que casi es tan importante como un casamiento.

Quando nos pusimos de acuerdo para hablar de sus recuerdos sobre Carlos, me ilustró por teléfono cuánto conocía a esa familia: "De memoria nos conocíamos". Me hizo un relato, "muy íntimo", me aclaró. Resultaba que en la década del '60 venían a Uruguay a encontrar refugio revolucionarios y guerrilleros de diferentes países. Uno de esos, un venezolano al que Tomás atendió personalmente: le consiguió casa de compañeros donde quedarse y luego la UJC le fue dando tareas para que se integrara a la vida de los comunistas uruguayos. Un día Tomás estaba en una reunión y le dicen que Carlos había salido muy alterado porque su esposa lo había abandonado. La muchacha se había ido con aquel venezolano.

Tomás salió de aquella reunión dejando todo por el camino. Se subió arriba de la motoneta en la que militaba y salió a buscar a Carlos por todo Montevideo. "Yo lo conocía y sabía de lo que era capaz". A las once de la noche, luego de haberlo buscado sin resultados, se fue a la casa de Carlos a esperarlo. Al rato llegó. Se pasaron la madrugada entera sin dormir, tomando mate y fumando, sin pronunciar una sola palabra ninguno de los dos. "Para que veas hasta qué punto podíamos entendernos".

De Carlitos no me sorprendía nada porque era como una especie de sinopsis adelantada de lo que eran los padres. Con él estaba todo sobrentendido. Ahora, tenía un carácter muy fuerte, si te agarraba en un quedo o en un fallo, te pegaba un hachazo en el medio de la frente.

En los días previos a la designación con el nombre de Carlos de la escuela del Barrio Cadorna, pegado a la Teja, di un par de charlas. Ahí me di cuenta que no servía para hablar, me emocionaba mucho el recuerdo del amigo. Recordé algo sobre los deberes de los alumnos, de cómo él siempre estaba preocupado por sus familias, por cómo vivían, los iba a visitar a sus casas.

Teníamos el mismo enfoque sobre los temas del transporte. Y tenía muy bien estudiada la sicología de los trabajadores. Entonces, lo que hice con Carlitos fue una propuesta deshonesta. Le dije: Vos seguí en el frente de educación, pero vení a militar en el seccional del transporte. Formamos un equipo de cuatro, con Martiello, Antonio, Carlitos y yo. En cuarenta días afiliamos a seiscientos veinte personas al partido, entre trabajadores y familiares del transporte. No salimos a afiliar en las esquinas, fuimos casa por casa de obreros, a las estaciones, a los terminales de línea de las distintas empresas. Eso fue, exactamente, en el año 1969. Creando un clima tal que varios obreros autónomos de CUTCSA nos decían: “nos afiliamos al Partido, pero no me afilies a la UGT” (en la jerga interna del transporte, algunos usaban el término ‘UGT’⁵).

Hicimos una planificación milimétrica, íbamos a la salida de los turnos en las estaciones, esperábamos a los candidatos a afiliar noche y día. Y toda esa campaña de afiliación se hizo para tratar de resolver los problemas internos del transporte.

5 La UGT, Unión General de Trabajadores, había sido la central sindical de los comunistas antes del proceso de unificación del movimiento obrero uruguayo en una sola central, la Convención Nacional de Trabajadores, 1965.

Era un muy buen militante, estudioso de verdad. Y era asediado por su gremio de maestros.

En su condición de comunista, cumplía tareas secretas del Partido, de mucha responsabilidad, cinco o seis días por semana, encerrado varias horas, por muchos años y nadie nunca se enteró. Con su capacidad hubiera podido hacer una carrera política como se dice ahora.

Cuando yo me daba más cuenta que Carlitos era igual al padre era cuando lo escuchaba analizar a la gente del transporte. Él los veía nada más que en el local en las reuniones, tenía ese poder de observación de la psicología de las personas que muy difícil se equivocara.

Lo único que tenía a veces era que se calentaba mucho, veía todo negro, sufría como loco. Una vez tuvimos una reunión del seccional del transporte con un miembro del secretariado nacional del Partido. Estaba salada la cosa con Betancourt.

Héctor Betancourt, dirigente histórico de la Federación del Transporte, famoso porque se pasó a colaborar con los militares golpistas en medio de la huelga general de quince días que comenzó el mismo 27 de junio de 1973.

Después que yo intervine Carlos me pasó un papelito que decía: "Flaco, vos también me querés vender espejitos de colores" y yo le respondí: "Tenemos que mirar la salida". El tema de discusión era que había habido un acto en el Palacio Peñarol. En esa reunión se trataba de hacer entender que había que valorar la experiencia de lo nuevo: la única agrupación que

había cumplido llevando un camión lleno de gente. Era el brote de lo nuevo que había que sistematizar.

Nosotros estuvimos acompañando a Teresa después que volvió de Cuba en el '85 y hasta su muerte.

Cuando dice “nosotros” incluye a Margarita Escudero su compañera de toda la vida.

Cuando Teresita volvió de la Isla yo todavía estaba en el Penal de Libertad. Habían sido las elecciones, había salido electo Sanguinetti, pero todavía no se había votado la amnistía para los presos y requeridos políticos.

Yo le dije a Margarita en una de las visitas: “Decile a Teresita que si quiere venir yo hago la solicitud acá y me puede venir a visitar”. ¡Fue muy emocionante aquella visita de la vieja! Antes yo había corrido la bola todo lo que pude: “Va a venir a visitarme la madre de Carlos Chassale”. La recibí de pie frente al vidrio que nos separaba de las visitas y le dije: “Mirá Teresa que no te recibo yo solo, te recibe el Penal entero y todos te mandan un abrazo porque saben quién sos, saben cómo lucharon ustedes.

Tomás nació (lo inscribieron, aclara) el 14 de marzo de 1934. Cayó preso el miércoles 31 de enero de 1979 a la hora 9. El 10 de marzo de 1985 salió en libertad con la amnistía. En su juventud fue ciclista, corrió en cuatro “Vueltas del Uruguay”.

40 años no son nada

Intento reproducir las vivencias que tuve de y junto a Carlos en La Habana durante los diecinueve meses en los que coincidimos sobre este mundo...y son pinceladas, solo eso.

Ahora, cuarenta años después, muchas impresiones, testimonios, investigaciones, ajenas y mías, sobre todo, han venido a completar, modificar, matizar, el perfil del maestro de La Teja al que sacaron los milicos del OCOA desde su aula en la escuela frente a la Plaza Lafone el 7 de noviembre de 1975 a las 10 de la mañana. ¡Vaya coincidencia!, la misma escuela a la que asistió el dos veces presidente de la República, Tabaré Vázquez.

Carlos se decidió por la docencia luego de sortear algunas dudas. Al parecer quiso estudiar arquitectura, pero su condición de hijo de obreros no le hubiera permitido terminar con éxito una carrera larga y costosa. También supo estar entusiasmado con su buen desempeño futbolístico en las inferiores del Club Atlético Fénix y su madre, doña Teresa Rodrigues, según me contó ella misma, lo habría puesto en la encrucijada: “del fútbol no vas a vivir, he quedado viuda y el único sueldo que entra en la casa es el mío y no te voy a poder mantener”.

Otra circunstancia, se me ocurrió después de cotejar mentalmente el derrotero biográfico de Carlos, tiene que haber influido para su elección por el magisterio: la cercanía de sus padres con Rodney Arismendi y su tercera esposa la pedagoga Alcira Legaspi quien, además, en la vida interna del PCU fue la encargada de educación (formación de los militantes y cuadros),

frente interno al que se incorporó prontamente Chassale.

Luego de la huelga frigorífica del año 1943 a los comunistas uruguayos poco menos que se los declaró “traidores”, “carneros” y prácticamente se los desterró del Cerro montevidiano. Volver a entrar a ese barrio, paradigma de las luchas obreras, fue un trabajo de largo aliento para los comunistas. Los padres de Carlos vivían en el Cerro; Teresa trabajaba en el Frigorífico Nacional, don Tito era un reconocido dirigente de los trabajadores del transporte, su hogar fue uno de los baluartes y puntos de apoyo al que recurría la organización del PCU. Por su casa pasaron todos los dirigentes, en particular Rodney y Alcira.

Cuando llegaban a La Habana de visita desde Moscú, tanto Rodney como en ciertas oportunidades Alcira, Teresita era convocada para saludarlos en alguno de los hoteles o casa de protocolo en donde los alojaban. Yo, joven iconoclasta por aquel entonces, no entendía semejante gestos de urbanidad de personas mayores.

Yolanda Ibarra Chávez, maestra y compañera de Carlos

Tenía que contar con ella. Fue la compañera, maestra, con la que vivió Carlos en pareja antes de caer preso aquel 7 de noviembre de 1975. Debía obtener su palabra, conseguir su evocación, sus recuerdos.

Cuando llegué a su casa me estaba esperando en la puerta junto a su mascota noble. Apenas nos sentamos comenzó a descerrajar nombres de maestras que fueron amigas de Carlos, que lo conocieron en la militancia gremial y política. Realmente, me brindó una veta nueva, descubrió una línea de investigación que yo andaba buscando desde hacía varias semanas y, sin embargo, esas personas estaban allí casi al alcance de la mano.

Repasamos rápidamente algunos datos biográficos de los años finales de la década del sesenta y la primera mitad de los setenta, exactamente.

Recuerda la rutina de los domingos. Era sagrado que tuviéramos que ir un domingo al Cerro a la casa de su madre, Teresa, y, otro domingo al Camino Maldonado a casa de su tío Manrique.

Íbamos en ómnibus del recorrido urbano, que en aquellos años no brindaban el servicio de ahora, las máquinas eran otras, más lentas, las frecuencias eran menos, etcétera. Teresa nos esperaba con comida como para una semana. Almorzábamos con ella y con un amigo de la casa, vecino del Cerro, Nuble Yic. Uno de los días en que yo iba a trabajar a la escuela del Paso de la Arena (aquí está haciendo recuerdos de la etapa posterior a la recuperación democrática, 1985 y

años siguientes), de pronto vi que a una calle le habían puesto el nombre de Nuble Yic...no lo podía creer. Cuando nos volvíamos del Cerro nos traíamos toda la comida que había sobrado, con latas de conserva de carne (*del Frigorífico Nacional donde trabajaba Teresa*) y con el flan de dos kilos que siempre nos hacía la suegra.

Cuando íbamos a la casa del tío Manrique, que era como el segundo padre de Carlos, yo llegaba con un hambre de novela y el viejo recién estaba pelando un conejo con una pachorra de lo más natural.

Me cuenta a vuelo de pájaro, pinceladas de la vida en pareja en un apartamento de la calle Gianelli y Miguelete, en la zona de Tres Cruces en Montevideo. Ese apartamento fue desvalijado por el ejército cuando lo allanaron en noviembre de 1975.

Los vecinos me contaron después cómo metían todo en frazadas extendidas en el suelo y luego ataban las cuatro puntas y tiraban esos bultos arriba de un camión. Dejaron la casa vacía.

Trata de recordar el nombre del club de barrio que Carlos junto a otros vecinos habían fundado. Ese típico club que todavía existe en los barrios de todo el Uruguay: para juntarse a jugar a las cartas, tomar alguna bebida y picar un aperitivo y, sobre todo, contar y contarse muchas historias banales y pueriles con las que los hombres orientales siguen entreteniéndose el ocio creativo, haciendo el achique.

Era un nombre vulgar, trataba de representar algo ordinario, se reían de sí mismos.

Pero no logra recordarlo mientras yo estuve frente a ella. Luego cuando iba en viaje de retorno a mi casa, recibí un mensaje de texto al celular: “el nombre del club era ‘el desuso’”.

Luego de un rato conversando de aquel pasado, muy constreñido a pasarme información de personas, nombres, apellidos, direcciones de quienes “fueron amigos de Carlos”, decidí encender el grabador para registrar su palabra. Le provocó un ataque de tos y me pidió que lo apagara “hasta que se me pase”.

Le pregunté si acaso había fumado mucho en su vida y me confirmó algo que debí suponer, “en la celda del Penal éramos catorce mujeres fumando a toda hora, todas menos la Topolansky”. “Ahora tengo epoc”.

Conocí a Carlitos en la década del sesenta cuando íbamos a trabajar a las escuelas de Canelones. Militábamos a nivel del sindicato de maestros y llevábamos volantes a las escuelas.

Después fuimos a vivir juntos a la casa de la calle Gianelli, hasta que caímos presos. Después no lo vi más. Él se fue para Cuba, a mí, me soltaron, pasé a la clandestinidad en la que estuve dos años y volví a caer en marzo de 1978.

Yo no era del Partido, pero no fue él quien me afilió. La gente que me afilió ya no está, todas maestras, todas muy queridas, una de ella era Marisa Raimundo. Firmé esa ficha de afiliación en Sierra 1720.

Vivimos unos ocho, nueve o diez años juntos, una pareja normal.

En el año 1970 Carlitos viajó a la Unión Soviética por el Partido. En el año '71 estuvo todo el año internado en el Hospital de Clínicas. Se le declaró un cáncer de ganglios, que no mejoró nunca. Tenía períodos de andar, pero nada más. Un linfoma no retrocede. Y estaba muy avanzado cuando se lo diagnosticaron. En Casa de Galicia nunca supieron por qué hacía fiebre, lo terminó diagnosticando el doctor Jorge Boutón⁶ en el Clínicas.

Todo aquel año '71 estuve subiendo por escaleras los nueve pisos hasta la sala donde estaba internado Carlitos.

Allí en el Clínica se hizo de muchos amigos. Jugaba al truco con todos los pacientes del piso.

En el aspecto sanitario, el año '72 fue un año bueno para él, no así políticamente porque empezó la batahola en el país.

Después que salí de la primera prisión, esa de 1975, escribí ese libro, "El Infierno" por el que después en 1978 me procesaron por 'vilipendio a la moral de las fuerzas conjuntas'.

Yo nunca reconocí haber escrito ese libro. Cuando me llevaron al juzgado militar me enteré que la condena era por ese libro. Luego, cuando volvió Rodney Arismendi al país, en su primer discurso en la Explanada Municipal levantó el libro y dijo: "escrito por Yolanda Ibarra".

¡Me enojé tanto! Le discutí: ¡Pero, Arismendi, no reconocí ni ante mis compañeras en el Penal que yo

⁶ Profesor emérito de la Facultad de Medicina (Montevideo 1914-1994).

hubiera escrito ese libro! Y él me respondió: “Bueno, bueno, ahora estamos en democracia y se puede decir.”

El Partido lo fue publicando por entregas en la clandestinidad. Era una manera de denunciar la monstruosidad que estaban haciendo los milicos con nuestros compañeros en “el Infierno” del “300 Carlos”. Era una publicación a mimeógrafo y tuvo una recepción muy entusiasta de los lectores a los que les llegaba a través de la organización clandestina.

Yo recién lo pude ver entero cuando fui al juzgado militar. El abogado defensor, el coronel Ramírez, me lo tiró arriba del escritorio y dijo: “por esto la condenan”. Ahí me le paré: si me condenan porque dicen que yo escribí ese libro, yo digo que tengo derecho a leerlo. Y me puse a leer allí mismo delante de aquel coronel, me tomé todo el tiempo.

Es un librito chiquito, encuadernado. Lo tengo por ahí.

Después escribí otro libro en la clandestinidad al que le puse de nombre ‘Mi dulce yaгурú’. Es una colección de cuentos, allí aparecen los perseguidos, los que estaban adentro presos, los clandestinos fundamentalmente.

En un pasaje de todo lo que me viene contando a borbotones refiere a un encuentro que tuvo con Carlos dentro del “Infierno”:

En algún momento estuvo cerca de mí. No sé si nos habrán puesto juntos a propósito. Ahí me dijo: A vos te van a liberar porque no tienen nada contra vos.

Me enteré de la muerte de Carlitos un año después. Porque mis hermanas no querían decírmelo en la cárcel. Él murió el 14 de agosto de 1978, diez años justos después que Liber Arce.

Las noticias completas de lo que habían sido las denuncias que hizo en el Festival de la Juventud en La Habana unos días antes de morir, las obtuve cuando salí de la cárcel. Hubo gente que me guardó mucho material.

Hace un silencio prolongado que lo corta con palabras de protesta: "Ya te di bastante elementos, ahora apagá eso".

Yolanda falleció en el balneari Salinas (Canelones) el día 6 de setiembre de 2018.



Carlos junto a Luis Santo en una visita a un sovjóst (granja soviética) en las cercanías de Vilnius en Lituania. Se dedicaban al cultivo de flores en grandes extensiones invernaderos. Esos niños son hijos de quienes trabajaban allí, y asistían a una guardería. Año 1970.

Federico Martínez, "el Flaco" en el V de Artillería

Yo escribía cuentos infantiles y Carlitos me los ilustraba. Mi hija tiene todavía un dibujo que hizo él de un carpincho. Dibujaba muy bien, además de escribir.

Dice Federico, reiterando las cualidades de Carlos, incluso allí adentro del cuartel.

Enseguida que me comuniqué con Federico para que accediera a testimoniar sobre Carlos Chassale, respondió: Por Carlitos, estoy listo siempre.

El cariño guardado por el amigo a través de los años lo fui desentrañando muy lentamente. Los modos de transmitirnos los sentimientos en esta región oriental del Uruguay son más bien discretos, pudorosos, "humildes, ariscos y dulces". Sensibilidad masculina, escueta, no corpórea ni estentórea.

Carlos escribió y firmó con el seudónimo 'José Antonio Sierra' un testimonio: Un hombre, dos mil hombres, 44 páginas, sin pie de imprenta, fechado en julio de 1977 por "Los editores", tampoco indica la ciudad donde fue impreso. En la página 43, cuando el personaje Roberto Antúnez (alter ego de Carlos) se despide de sus compañeros menciona muy especialmente al "Flaco":

Por suerte la guardia de ese día no era de las malas y nos permitió despedirnos de los compañeros que quedaban allí. Estábamos muy acongojados, habíamos compartido terribles penurias, trances inenarrables, que nos soldaban unos a otros. Con el Flaco éramos como hermanos. El abrazo fue muy

largo. Él, aun con más prodigalidad que los demás compañeros, me había cuidado como lo hubiese hecho mi madre, cada vez que me vio exánime. Para mí eran los pocos alimentos que podían conseguir: un trozo de pan hurtado a la mesa de la guardia por algún audaz, una tableta de chocolate introducida de contrabando.

A Carlos lo conocí mucho después de saber de su existencia.

Así comenzó Federico a relatarme, de manera muy ordenada y precisa, sus recuerdos de y sobre Chassale.

Me sonaba su nombre, era de una familia comunista muy conocida. El padre y el tío eran del transporte.

La familia comunista, el individuo y su circunstancia. Más adelante buscaría y encontraría a quienes conocieron de muy cerca a esa familia, sobre todo al padre, a la madre y a ese tío... todos comunistas con el favor de dios.

Cuando dieron el golpe de estado, yo pasé a integrar la comisión de unidad política del partido. Mi tarea tenía que ver con las comisiones centrales del Frente Amplio. Pero sobre el fin de ese año 1973 se produjeron algunas caídas y yo, que me había afiliado al partido en marzo, o sea: no tenía ni un año de afiliado, terminé como secretario de unidad política de la departamental Montevideo.

El departamental era tan numeroso que se dividía en dos partes para reunirse en la clandestinidad. Éramos una veintena de compañeros. Ahí conocí

personalmente a Carlitos, él iba como secretario de educación. La verdad, no me acuerdo qué hacía, qué planes de educación tenía el partido en medio de la clandestinidad. Pero trabajaba muy pegado al secretario de organización que era el brasilero Mendiando.

Carlos conocía al Partido como la palma de su mano. Así lo conocí, en esas reuniones periódicas. La verdad, ahí conocí a mucha gente porque mi experiencia era en el movimiento estudiantil; integraba la dirección del FideL como secretario del comité universitario.

Así que en esa etapa fue eso solamente lo que conocí de Carlos. Yo me encargaba de lo mío y trataba de saber lo menos posible sobre lo que hacían los demás. Lo único que se discutía era la línea política.

Yo caí el 30 de octubre de 1975. El 21 de ese mes, a las tres de la tarde, comenzó el golpe al partido cuando cayó lo que se llamaba "la red". Después de unos días en la casa de Punta Gorda me llevaron al 13 de infantería, lo que llamaban "el infierno grande" o "300 Carlos". A fines de diciembre sacaron de ahí a un grupo y nos llevaron al Quinto de Artillería. En ese grupo de gente estaba (el ingeniero José Luis) Massera, estaba (Alberto) Altesor, estaba Carlos y estaba yo.

A Massera no lo pusieron con nosotros porque iba con la cadera quebrada y lo llevaron a enfermería. Al resto nos metieron en un galpón. Por orden de ingreso, me pusieron el número 1, y a Carlitos el número 2. En el infierno yo era el 66 y él tenía el 117. Yo no lo recuerdo del "300 Carlos". Porque me pusieron una venda con esparadrapo -y aunque no

me hubieran puesto, con sacarme los lentes ya alcanzaba para que no viera nada- y solamente escuché la voz de alguno de los compañeros que estuvieron más cerca a quienes pude reconocer por sus voces.

Cuando nos llevaron al galpón ese del Quinto, cerca del Cementerio del Norte, éramos un puñadito al principio, siete hombres y dos mujeres. Yo estaba contra una pared y Carlos al lado mío. Ahí empezamos a conversar y así comenzó la amistad con él.

Yo ya sabía que él estaba enfermo desde antes de caer preso. Sabía que tenía un cáncer linfático. Al principio estaba bien. Pero claro, él tenía que seguir un tratamiento, internarse cada tanto y allí pasaron meses sin nada de atención: se fue deteriorando su salud.

Estábamos en régimen de incomunicación porque no habíamos pasado a juez, así que las conversaciones eran con quien teníamos más cerca y eso cuando la guardia venía liviana.

Así pasamos desde fines de diciembre hasta abril. No recuerdo fecha precisa, pero fue a principios de abril que pasamos a juez.

Estamos repasando los días, semanas, meses de la “guerra relámpago”, como supimos que la llamaban los militares en aquellos tiempos, después, en los documentos aparece como “operación Morgan”.

En ese momento en aquel galpón éramos ochenta y seis presos. Habían pasado dos compañeros a juez solamente y ya tenían levantada la incomunicación.

Una mañana nos avisaron que debíamos prepararnos porque íbamos a pasar a juez. Veinticinco pasamos ese día, como en aluvión. El juzgado se instaló en el casino de sub oficiales, no nos dieron el gusto de entrar al casino de oficiales. ¡Eso no fue un juicio, fue una pantomima! Yo nunca vi al juez. Me pusieron frente a un señor que me leyó una cosa que no entendí; logré hacer algunas modificaciones, pero esto no viene al caso.

Lo que viene al caso y es importante, cuando terminé de firmar el acta, me dejaron hablar con el abogado defensor. Me dijeron: bueno, hay dos abogados de oficio, uno militar y otro civil, elija. Elegí el civil, de apellido Artecona y Carlitos también. La mayoría elegimos al abogado civil pero la verdad era que no tenía mucha diferencia, daba lo mismo; y además no lo conocíamos.

Lo cierto es que, a la semana, Artecona volvió a vernos y yo fui el primero en pasar a hablar con él. Me preguntó por las condiciones en las que estábamos viviendo. Le respondí: usted sabe mejor que yo cuáles son las condiciones. Lo único que me interesa es que usted sepa que hay una persona allí que se está muriendo.

A esa altura Carlitos estaba muy jodido, habían pasado cinco meses largos sin atención médica adecuada, sin tratamiento. Carlos casi no podía caminar, pasaba tirado en un colchón. Así que le dije al abogado: lo más importante es que hagan algo con este muchacho que se está muriendo. Y me contestó: No se preocupe porque yo voy a ver a Chassale. Enseguida le retruqué: Usted no lo va a ver porque Chassale es impresentable. Escuchando la

conversación había un sargento. Artecona le dijo a ese sargento:

-¿Está en la lista que yo vine a ver?

-Si, si, no se preocupe que usted lo va a ver.

Usted no lo va a ver porque no se lo pueden mostrar, fue lo último que le dije al abogado Artecona. Y efectivamente, no se lo mostraron. Yo volví al galpón y Carlitos no se movió de allí. El abogado nos visitó a tres o cuatro porque éramos los más livianos; se daba corte con que podía hacer algo. La inmensa mayoría tenía la carátula de "Asociación Subversiva" que era de seis a dieciocho años de penitenciaría y yo solamente tenía "Asistencia a la Asociación" y al tiempo me la bajaron a "Asistencia a los asociados". Por eso al año de estar preso me dieron la libertad, después estuve un año más por Medidas Prontas de Seguridad.

A partir de ese momento, en el cual el abogado no llegó a ver a Carlitos, comenzó toda la campaña de denuncia de los familiares. Al levantarnos la incomunicación pudimos tener visitas y allí todos informamos lo que estaba pasando con la salud de él. Así es que le hacen un tratamiento y logra salir del estado crítico. Hasta que en julio lo largaron. Salió caminando apenas.

Un día, al principio, me encontré en el baño con el viejo Altesor que me planteó: Yo no lo puedo hacer a esto que te voy a pedir. A él lo tenían muy vigilado, lo jodían permanentemente. Los milicos del S 2 sabían que era dirigente del partido de primera línea y lo tenían en la mira. Y siguió el viejo: Aquí hay ochenta y

seis compañeros; una fuerza tremenda, no puede estar desorganizada. Y vos tenés que hacerte cargo. Te voy a dar tres nombres para que vos trabajes con ellos.

A dos yo conocía: a Carlitos –que sabía se había portado muy bien, no le habían sacado nada-, y el otro era Julio Lev al que también conocía de toda una vida y que también se había portado como un rey; al que no conocía era a Osmar Lechini que resultó ser un tipo bárbaro.

Empezamos a trabajar, de uno a tres hasta llegar al conjunto de los presos que estábamos en aquel galpón. En realidad, trabajamos con ochenta y cuatro porque había dos que eran mercenarios presos. Esos dos no eran comunistas, eran informantes pagos y dos por tres los venían a buscar para que nos delataran.

Lo primero que hicimos como partido fue organizar el momento en el que traían la comida. Parece una cosa muy chiquita, pero en aquellas circunstancias fue muy importante. Porque al principio venían con el tanque con la sopa chirla esa, hacíamos fila, nos servían. Cuando terminaban de servir a todos, sobraba un poco y decían: ¿Quién quiere más? Entonces se armaba una montonera, un espectáculo lamentable. Organizamos con Salvador Escobar, un obrero del transporte, muy querido por todo el mundo, respetado por su firmeza, por su manera de ser (le decíamos “el 4” porque era chofer del trole número 4) para que él diera la voz con el número por el que se empezaba a repetir cada vez, para que nadie corriera. Eso fue aceptado por todos.

El 17 de abril les metimos ocho buzos rojos en el alambrado que separaba una parte de otra en el

galpón. El primero de mayo hicimos cinco minutos de silencio. Y los milicos empezaron a decir: Déjense de joder muchachos, no hagan cagada. Nadie se movió. Después nos tuvieron de plantón hasta las once de la noche.

Otra vez estaban jodiendo al viejo Altesor y dijimos: Nos paramos todos ¡Y nos paramos todos!, y aflojaron de seguir molestando al viejo.

Esas eran las cosas que hacíamos y alcanzaba para que ellos se dieran cuenta de que estábamos organizados.

Además, organizamos las visitas para preguntar cómo estaba la situación afuera. Y las fuentes de información eran varias. Hubo un cabo, con quien no hablé ni antes ni después de aquello, que un día cuando me llevaba al baño me dijo: Che, número uno, metete en el primer borse. Estaba ahí cuando me cayó encima un ejemplar del diario "El Día" de la fecha. Golpea la puerta del baño y me dice: Cuando termines de leerlo, pásámelo. Eso ocurrió varias veces.

Hicimos entrar una radio chiquita que la trajo una compañera en la visita dentro de su bota. Se la pasamos al maestro Hugo Rodríguez que tenía la tarea de escuchar el informativo de la CX 30 en la noche cuando estábamos todos durmiendo. Al otro día teníamos el informe. ¡Y hacíamos el informe para transmitirlo de uno a tres!

Aquello era un laburo de todo el día porque había que hablar de a uno y moverse era difícil.

Después cuando me llevaron al Penal de Libertad, sacaron a dos compañeros para otro cuartel y los

pasaron por la máquina preguntándole por aquella organización. Tiempo después cuando ya me habían dado la libertad me encontré con Kanarek que me contó: Estaban muy equivocados, ellos manejaban tu nombre que ni afiliado al partido sos.

¡Había funcionado la compartimentación! En realidad, ellos tenían la idea que el organizador era el doctor Hugo Sachi porque atendía a todos y se movía de un lado para el otro.

Porque en ese cuartel estábamos todo el día sentados. Al principio, con las manos atadas y la venda en los ojos. Después que pasamos a juez nos sacaron el alambre de las muñecas, también la venda. Con las visitas nunca nos dejaron entrar nada: ni libros, ni comida, ni yerba. Las visitas eran cada quince días

La primera visita fue esa que cuenta Carlos en “Un hombre, dos mil hombres”. Nos tocó juntos en una mesa de dos metros. Él con su madre, yo con mis viejos y mis dos hijos. Mi hija chiquita, dos años y medio, me dijo, clarito: Bueno, tú ahora te vas con nosotros. Había un milico en cada cabecera vigilando, y el que estaba del lado mío cuando escuchó aquellas palabras de mi hija se le empezaron a caer las lágrimas, para disimular trató de armar un cigarro y de los nervios no podía. Era un muchacho de barrio, como la mayoría de los milicos; algunos eran unos h de p... pero la mayoría eran unos buenos muchachos, se metían ahí porque no tenían laburo. Carlos no me nombra en ese testimonio, me llama “el Flaco”. ¡Yo era muy flaco, mucho más que ahora!

Yo escribía cuentos. Como no podía mandarles cartas a mis hijos contándoles cómo estaba, cómo vivía,

escribía cuentos infantiles y Carlitos me los ilustraba. Mi hija tiene todavía un dibujo que hizo él de un carpincho. Dibujaba muy bien también, además de escribir.

Una vuelta me preguntó: ¿dónde vivías vos en San José? Entonces le conté que desde la ventana del cuarto donde yo estudiaba se veía una calle en subida que terminaba en una capilla. Mientras yo iba describiendo, él iba dibujando. ¡Le quedó genial!

Allí en las cortitas, entre el "1" y el "2", conversábamos mucho. Me contaba de su vida. Me contaba de su señora, de su madre, de su padre. Y como pensaba que yo iba a salir antes que él, me daba tareas. Algunas políticas y otras que tenían que ver con transmitir mensajes muy concretos dirigidos a miembros del partido. Que contara lo que había pasado ahí adentro de los cuarteles en los que habíamos estado; cómo habían sido los interrogatorios; lo que él había dicho y lo que no había dicho.

Estas frases volverían más adelante cuando seguí recogiendo testimonios: lo que dijo y lo que no dijo en aquellos interrogatorios de terror en el infierno grande y el infierno particular. Cada vez reafirmo más la idea afinada, madurada, sobre lo que significó el "terrorismo de Estado". El líder histórico de los blancos, Wilson Ferreira Aldunate, lo denunciaba en el exilio afirmando que el ejército uruguayo se había convertido, durante la dictadura, en un ejército de ocupación de su propio país.

Hablaba mucho de su trabajo. Era un enamorado de la escuela. Era un hombre duro en sus convicciones y de

una ternura enorme. Venía de una familia modesta, muy comunista. Una experiencia bien distinta a la mía. Mi madre era batllista, de la lista 15 y mi padre era blanco independiente, anti-herrerista; todos terminaron en el Frente, ¿no?

Por esa experiencia anterior, Carlos conocía a todos los que estaban presos con nosotros allí en el Quinto de Artillería, a los ochenta y cuatro. Había unos cuantos compañeros trabajadores de UTE y él los conocía a todos. Discutíamos de todo entre nosotros allí adentro del cuartel. Y Carlitos era durísimo para defender sus convicciones. Hasta de fútbol se discutía.

Pero hubo una discusión muy intensa sobre la tortura. Un compañero dijo: Bueno, si nosotros tuviéramos el gobierno, a la gusanera la torturaríamos. ¡Pah, se armó un quilombo! Carlitos fundamentó en contra de utilizar los mismos métodos del enemigo. Era muy vehemente en defensa de sus posiciones.

Discutimos sobre la situación política del país. En primer lugar, sobre el primer punto del informe: La dictadura nació huérfana de apoyo popular. Nació débil. Había compañeros que se cagaban de la risa y hacían chistes con eso. Claro, al principio, año '73-74, en los informes se daba a entender que la dictadura se hacía pedazos, se caía en cualquier momento. Pero el informe del Comité Central de agosto del '75 empezaba diciendo: Este será un proceso largo, duro y difícil. Ya no se vislumbraba la caída a corto plazo. Y en esa nueva definición de la dictadura tuvo mucho que ver el ingeniero José Luis Massera.

De todas maneras, la posibilidad de una apertura seguía vigente. Había un compañero, Krupadielnik,

de un humor negro muy marcado. Un día se levantó un viento muy fuerte que tiró al suelo el portón enorme de aquel galpón y el "Krupa" gritó desde el fondo: "¡La apertura!" ¡Todo el mundo largó la carcajada!

Se discutía. Estaban los que pensaban que en cualquier momento nos sacaban de ahí, nos llevaban a la plaza de armas y nos fusilaban a todos.

Evidentemente, había una diferencia entre Argentina y Uruguay. Yo tengo la impresión que la cabeza de los militares no era diferente. Lo que sí creo es que la izquierda uruguaya estaba más incorporada a la sociedad que en Argentina. Yo viví en Argentina ocho años, entre el '78 y el '84 y la única manifestación contraria a la dictadura eran las abuelas y madres de Plaza de Mayo.

El problema que hablábamos mucho con Carlos era la situación familiar de cada uno de los presos. Él también conocía las familias. Y no era lo mismo haber caído preso con una situación familiar sólida que tener problemas. Te enfrentás distinto a la cana. No solo para enfrentar la tortura, sino cómo se encaraba la vida diaria del preso. Carlos ayudaba mucho en ese sentido a los compañeros.

Yo conocía a una docena de compañeros presos...y todavía me tenía que hacer el gil porque se suponía que yo no era comunista. Él era hinch de Fénix. ¡Cómo jodía con Fénix! Tenía buen físico, era medio petisón pero de buen físico.

Y un día, lo largaron, para que no se les muriera adentro. Esa es la realidad. No sé cómo fue la

campana para que lo liberaran porque yo estaba adentro, pero se ve que fue una campana muy fuerte.

Cuando me largaron y me fui a Buenos Aires, escuché su testimonio por una radio de onda corta. Radio Moscú, Berlín o La Habana. Y en algún momento, después, me dijeron que había una carta que me había escrito, pero nunca llegó a mis manos.

Federico Martínez fue uno de los tres redactores del libro “¿Nos habíamos amado tanto? Crisis y peripecias de un partido”. Junto a Juan Pedro Ciganda y Fernando Olivari. Editorial la bicicleta, Montevideo noviembre 2012; 562 pp. En la solapa de ese libro aparecen los siguientes datos sobre Federico: “nacido en 1943. De temprana militancia maragata en el Comité de Defensa de la Revolución Cubana, se integró al FIDEL, del que ejerció la secretaría del comité universitario; suscribió los documentos fundacionales del Frente Amplio por el FideL y se integró al PCU en 1973. Estuvo preso entre 1975 y 1977. Se exilió en *Buenos Aires, desde donde tuvo a su cargo la coordinación de la presencia del PCU en la Mesa Política del FA en Uruguay. Integró el Comité Central partidario desde 1985 a 1992 y fue secretario de Unidad Política. Integró el Comité Ejecutivo del PCU en el período 1989-1992*”.

Vivir con el alma aferrada

Creció siendo el hijo único de un matrimonio de obreros, en el Cerro montevideano, cuando era el barrio de los frigoríficos. Barrio donde se mezclaban inmigrantes de distintas partes de Europa con criollos venidos de los campos orientales. Tito, el padre, había venido desde Durazno; Teresita, la madre, desde Portugal, por esa razón su apellido era Rodríguez con “s” final y no con la “z” castellana.

Dentro de la modestia de un hogar sustentado por dos mensuales, a Carlos no le faltó nada y, en cierta medida, fue un niño privilegiado, mimoso de esa madre que antes había perdido otro hijo.

Teresa cumplía doble jornada, las ocho horas en la sesión conserva del Frigorífico Nacional y la atención de las tareas domésticas, además le quedaba tiempo para participar en el sindicato y en la agrupación del PCU.

Había tareas que eran obligatorias para Carlos, impuestas por las buenas y por las otras también: agarrar la bolsa del pan y bien tempranito ir hasta la panadería de la esquina. A Tito le gustaban las galletas de campaña recién salidas del horno. Carlos aprendió a regalarse con un bollo bien calentito y comerlo antes de entrar de vuelta a la casa.

Como todo niño hijo de padres comunistas o anarquistas o socialistas, le tocó crecer entre camaradas, en reuniones maratónicas. Una reunión de dos horas para un niño de tres, cuatro o cinco años era el equivalente a una misa con sermón en latín. Pero

siempre algo quedaba y a Carlos se le quedó pegado en las retinas la compostura y los modales de aquellos hombres y mujeres todos iguales en sus gestos, en sus palabras elegidas para comenzar un discurso, en el movimiento de sus manos, en la referencia a algunas citas bibliográficas ineludibles.

Si es cierto que los rasgos principales de la persona se forman antes de los siete años, Carlos se alimentó muy bien, con proteínas de las buenas y su fuente de información básica recibió andanadas de palabras pronunciadas indistintamente por el “Flaco” Arismendi (1913-1989), el “Ñato” Rodríguez (1910-1990) y el fumador empedernido del tío político, Enrique Pastorino (1918-1995).

Estos tres altos dirigentes del comunismo uruguayo construyeron su leyenda desde la década de 1930 hasta el golpe de estado de 1973, por lo menos, y eran los encargados de “atender” al seccional y a las agrupaciones del PCU en el Cerro. Con Tito y Teresa se trataban de “che y vos” o de “che y usted” y para Carlos comenzaron a ser los modelos imitados. Sobre todo, el “Ñato” Rodríguez, un zapatero remendón convertido en formador de obreros quienes atendían sus discursos cual niños de moña y delantal frente a una maestro dulce, dicharachero y asertivo.

La maestra Cristina Sachi

Cristina compartía el mismo salón de clase de sexto grado con Carlos en la Escuela de la Teja frente a la Plaza Lafone.

Carlos tenía el grupo de la mañana y Cristina el de la tarde. El 7 de noviembre de 1975, cuando miembros del servicio de inteligencia del Ejército se llevaron detenido a Carlos desde su salón, este se sacó su túnica, colocó la llave del armario donde guardaba sus materiales de clase en uno de los bolsillos, envolvió todo y se lo entregó a uno de sus alumnos con el pedido de que se lo diera a la maestra de la tarde.

Cuando Cristina se bajó del ómnibus para entrar a clases al mediodía, la estaba esperando en la parada otra maestra –la misma que tenía a su esposo preso por tupamaro– para avisarle: “Se llevaron a Carlos, no vayas”. Cristina decidió de todas maneras entrar a la escuela, allí la estaba esperando el alumno de Carlos con la túnica y la llave.

En marzo de 1975 entré a trabajar en esa escuela de la Plaza Lafone, en el turno vespertino. Tenía mi efectividad en otra escuela y ese año elegí un interinato de segundo grado allí. Eran dos escuelas con direcciones distintas, en la mañana se llamaba “Yugoeslavia” y Carlos era el maestro de sexto. Y en la tarde, no tenía nombre, tenía un número del que ahora no me acuerdo, yo compartía el mismo salón y le daba clases a sexto también.

Dos escuelas con dos directoras diferentes. La directora de Carlos pudo haber hecho otra cosa, porque lo fueron a buscar a la escuela y la mujer los

llevó hasta el salón. Pudo haber hecho otra cosa: decirles que no podían pasar, ¡cómo se estila! “Déjenme que yo lo voy a buscar”. O mandar a la auxiliar de servicio, o a un niño a avisarle...y que él saliera por otro lado.

Cuando el gurí me entregó la túnica de Carlos con la llave en el bolsillo, me puse a pensar en el mensaje oculto que encerraba ese gesto. Le pedí a mi directora que me dejara quedar después del horario de clases para revisarle toda la biblioteca. Le revisé papel por papel. ¡No encontré nada!

Él trabajaba mucho en plástica con sus niños, trabajaba muy bien. Hacía muchos collages. ¡Lo único que le saqué fueron las revistas “Unión Soviética”! Él las usaba porque venían con mucho colorido y los niños las recortaban para hacer los collages. Después de revisar todo, dejé la túnica dentro de la biblioteca y le devolví la llave a la directora.

En el período entre el '73 y el '75 vivimos en el mismo barrio, entonces él me iba a visitar los sábados de mañana. Nos tomábamos un café, conversábamos y cuando tuve a Santiago, él se ponía a jugar. Me decía: Traeme ese ‘bambocho’ para acá. Él no tuvo hijos, pero le encantaban los chiquilines. Le ponía a Santiago en el columpio y él lo hamacaba, jugaba todo el tiempo.

El clima que quedó en la escuela después que se llevaron a Carlos era horrible. Era un tipo muy querido por todo el mundo. Incluso la directora de la tarde llegó a comentar: “No se debe dejar entrar a gente extraña a la escuela”. ¡No pueden entrar! Si

querían podían entrar por la fuerza, pero se ve que la directora de la mañana tuvo miedo.

A mí me fueron a buscar a la misma escuela pocos días después. Seguí trabajando, cuidándome mil veces más. Porque la consigna era seguir yendo a trabajar hasta último momento, ¡y bancártela!, un poco era eso...

Me fueron a buscar primero a la escuela donde yo tenía la efectividad, y alguien, que nunca supe quién era, me llamó por teléfono: "vinieron dos amigos tuyos a buscarte, les dije que estabas en México". ¡Esos no eran amigos, era evidente!

Y otro día en el cual yo había faltado porque había notado que el ambiente estaba raro, todos los niños estaban sentados en el suelo en el hall de entrada de la escuela en clase de coro y justo la maestra que tenía el marido preso por tupa estaba en la puerta cuando llegaron dos tipos de particular a preguntar por mí. Ella les respondió que en esa escuela no había ninguna maestra con mi nombre. Preguntaron entonces por la directora y ella les dijo que si querían debían pasar por encima de las cabezas de los niños pero que se quedaran tranquilos que allí no había ninguna maestra con ese nombre. Entonces, se fueron.

Al otro día me avisaron. Esas confusiones en las que te buscaban en un lado, no te encontraban y después no aparecieron nunca más. Me fueron a buscar a la casa de mis viejos, porque no sabían dónde estaba viviendo. Casi nadie conocía la dirección de mi apartamento. Siempre daba la dirección de mis padres.

Nunca ocultamos que éramos comunistas. El resto de las maestras lo sabían, también los padres.

Aquí Cristina arremete con una frase que es todo un ejemplo viviente de lo imposible que resultó para el Partido Comunista uruguayo pasar de la legalidad democrática en la que había actuado durante toda su existencia a la ilegalidad y luego, o simultáneamente, a la clandestinidad. Hay que recordar que el decreto de la ilegalización del partido y la juventud comunista, junto a la mayoría de los partidos y grupos integrantes del Frente Amplio, fue promulgado el 30 de noviembre de 1973 por el gobierno dictatorial encabezado por Juan María Bordaberry.

Estábamos en dictadura, pero el Partido no estaba prohibido en ese momento todavía.

Lo dice y sigue, pudo haber sido un ‘lapsus mentis’, y yo no la corregí en el momento, pero quedé pensando todo el tiempo: ¿cómo era posible vivir en la legalidad y simultáneamente ser una persona pública perteneciente al Partido Comunista ilegalizado por la dictadura feroz que nos aplastó como Nación?

Combinábamos cosas con Carlos sobre cómo trabajar en la escuela, con los padres; planeábamos cómo rodearnos y no dejarnos aislar. Entonces, para coordinar lo que hacíamos era cuidar juntos el comedor. En el horario de comedor se juntaban los niños de la mañana con los de la tarde. Un día a la semana tocaba a cada maestro atender, entonces nos poníamos de acuerdo con Carlos en elegir el mismo día y ahí conversábamos.

Cada uno tenía más de treinta alumnos. Ahora, ¡eran alumnos de la Teja! Eran niños muy especiales, que sabían mucho. Eran todos hijos de trabajadores. Solamente tenía un gurisito que venía de un asentamiento y era el que menos conciencia tenía. Estábamos en el “año de la orientalidad”. Primaria inventó una cosa que era terrible: una vez por mes había que hacer una redacción con un tema que ellos te fijaban y mandarla al Consejo. ¡Eso era para controlar al maestro y para controlar a los padres!

Una redacción obligatoria de esas fue: “Si yo fuera presidente”. Había que escribir: “Año de la Orientalidad... etcétera”. Tema de redacción obligatorio les ponía yo. Los gurises protestaban, pero yo les decía que había que hacerlo igual. Apareció de todo. Uno en dos minutos me entregó la hoja: “Si yo fuera presidente haría muchas cosas, pero como no se puede decir nada, no escribo nada”. Otros: “Yo sacaría a los presos de las cárceles, bajaría los precios de la leche, la yerba”. Todos protestaban por algo. Mientras que el gurisito que venía de un asentamiento, muy buen alumno, pero con cero conciencias escribió: “Si yo fuera presidente me pasearía por las calles en un auto y la gente me tiraría flores”; ¡nada que ver con el resto de la clase!

¡Había que mandar todo un paquete con esas redacciones al Consejo de Enseñanza Primaria! Yo se los pasé a la directora y cuando leyó aquellas redacciones de los gurises, se me vino al salón: “¿Qué querés que haga yo con esto? ¡Esto es un sumario para vos y otro para mí!” Le contesté: hacé lo que quieras, yo no le puedo decir a los chiquilines que mientan, eso es lo que escribieron ellos. Entonces dijo: “Deja, yo lo

arreglo" Se fue a la clase de quinto, les hizo escribir y mandó ese paquete.

Otra que nos tocó fue cuando lo de Latorre. Lo conversamos, ¿qué hacemos? Decidimos hablar de Latorre en clase. Encontré unos libros viejos de historia. Era el único libro que trataba a Latorre como dictador. Eran tres renglones en donde decía que había gobernado como dictador de tal año a tal año. Repartí los libros a los alumnos y les dije: "Busquen allí qué se dice de Latorre".

Cuando leyeron, ¿qué quiere decir "dictador" ?, busquen en el diccionario. Hasta que un gurí, de los más avispados, se paró y les dijo a todos: "¿No entienden?" y enseguida se puso a hacer el gesto de quien dispara con una ametralladora.

Después, cuando se repatriaron los restos de Latorre hubo un desfile al que fue obligatorio concurrir. Hubo tres maestros que se negaron y fueron en cana. Yo le dije a mi directora que no iría. Me respondió: "No te estoy pidiendo que vayas. Selecciona a cinco niños de tu clase para que vayan conmigo". No podía obligar a nadie, lo que hice fue preguntar. Al final hubo tres niños de mi clase que fueron.

En aquel momento no pensábamos que la dictadura iba a durar lo que terminó durando. Yo no tenía pasaporte. Y como mis hermanos vivían en Brasil, allá me fui con ellos hasta que pasara la tormenta.

Después volvió, a principios de 1976, a Montevideo para asilarse en la Embajada de México y vivió el exilio allí.

Es inevitable, los recuerdos que Cristina guarda en su memoria de Carlos se mezclan con su propia vida. Lo hablamos, ella señala acongojada que no pueda recordar más cosas compartidas con el amigo y camarada, congelado allá en la lejanía. Pero yo le insisto, también importan las circunstancias personales en las que ocurrieron los hechos. Fuimos gente de carne y hueso, uruguayos comunes y corrientes, quienes pasamos por todas aquellas historias.

Otra de las memorias que guardo de Carlos era su participación en las asambleas gremiales. En el Instituto Magisterial Superior, que funcionaba en Cuareim y Colonia, donde hoy está el Liceo 34. Ya estábamos recibidos, en el año 1968, cuando la invasión de Checoslovaquia se realizó asambleas en todos los centros de estudiantes. No había quien defendiera la posición del Partido y nos tocó a nosotros dos hacerlo.

El salón de actos estaba repleto de alumnos y profesores. En la posición de condena a la invasión teníamos a dos pesos pesados, dos cabezas pensantes, nada menos que Reina Reyes y Ruben Yáñez. Ruben no estaba afiliado al Partido todavía y hacía poco había vuelto de un viaje por Rumania donde todos estaban en contra de aquella invasión de los tanques soviéticos entrando en Praga.

Yo había venido de Checoslovaquia y lo que había visto allí me hizo llegar a la conclusión de que aquello era cualquier cosa menos socialismo: daba asco ver como las muchachitas de catorce, quince años se prostituían en los hoteles.

Bueno, nos tocó a nosotros y la disertación de Carlos fue maravillosa, dio vuelta toda la asamblea. Yo no me acuerdo lo que dijo exactamente. Era muy difícil discutir, la asamblea se nos venía abajo. De los compañeros del Partido nadie se animaba a hablar. Yo hablé, ni sé lo que dije de los nervios que tenía. Pero el alegato de Carlos fue lo que terminó de dar vuelta la asamblea. Cuando terminó de hablar, se produjo un aplauso generalizado. ¡Fue uno de los pocos centros que apoyó la invasión de las tropas soviéticas a Praga!

Las viejas maestras, del Partido incluso, decían: “claro, cómo no van a hablar así estos chiquilines si recibieron el marxismo desde la cuna”. A los dos nos había pasado lo mismo, habíamos nacido en medio de familias comunistas, no existía otra cosa.

Él no militó nunca en el sindicato, pero cuando iba a producirse una asamblea dura, le pedíamos que fuera.

Nos quedamos hablando de su exilio en México, de las tareas de solidaridad con nuestros presos. De un casete con la intervención de Carlos en el XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes en La Habana en julio de 1978 que guardó celosamente, tan bien guardado que ahora no lo encuentra para mostrármelo. De su retorno al país y su restitución en Enseñanza Primaria, cuánto costó y cómo lo consiguió.

Es un soplo la vida

Hizo toda la carrera de maestro en el “Instituto Normal” (el nombre completo: “Institutos Normales Joaquín R. Sánchez y María Stagnero de Munar”) en la primera mitad de la década del ‘60 del siglo XX. Y de entrada se flecharon con una compañera de generación.

Ella, igual que él, provenía de una familia de trabajadores comunistas. “Parecían mellizos”, me contó Sonia Brayer, una de las viejas maestras con la que hablé para completar el perfil de Carlos. La contextura física de ambos se parecía tanto como si hubiesen nacido mellizos: flaquitos, menudos, blancos como el papel.

Se los vio caminar, estudiar, participar de asambleas gremiales, siempre pegados, tal cual tortolitos. Eran la imagen misma de la candidez, dos ángeles viviendo el amor a la salida de la adolescencia. Iban a la biblioteca del Instituto, juntos, salían de clases, juntos, entraban a la cantina, juntos, iban a la sede del sindicato, tomados de la mano y no se soltaban, aunque se les acercara alguien a hablar con uno de los dos. Más que mellizos parecían siameses.

Carlos y Martha. Eduardo y Graciela. Carlos Eduardo y Martha Graciela. Aunque Teresa, con esos celos de madre viuda de hijo único, ironizara haciendo retruécano con el apellido de la nuera; pero tuvo que tragarse todo comentario, el hijo le había salido igual a ellos: duro de boca, terco e inquebrantable a la hora de tomar decisiones en su vida.

Se casaron prontamente. Era la época de las formalidades. Por más comunistas que fueran y aunque

no hubiera casamiento por iglesia, debieron pasar por el registro civil y continuar las relaciones “prematrimoniales”, ahora con papeles legales. Los padres de Martha respiraron tranquilos.

No tuvieron hijos, esperaban a consolidar la sociedad económica con el trabajo de ambos, luego de efectivizarse en un cargo de maestro en algunas de las escuelas de la capital, de ser posible en la Teja o el Cerro. Martha había sido criada en Capurro, otro barrio obrero vecino, y, en los planes de la nueva pareja, ella se amoldaría a los sueños de Carlos por terminar ejerciendo en alguna de las zonas que lo habían visto crecer.

Muy pronto la militancia partidaria exigió compartimentación. Carlos comenzó aquella tarea que la llevaría hasta el final: cuatro o cinco días a la semana debía ausentarse de todo lugar público durante unas cuantas horas. Martha fue destinada al grupo de apoyo logístico a la solidaridad con los revolucionarios latinoamericanos que venían a refugiarse o a recauchutar su salud para volver a la lucha en sus países.

La vida matrimonial no había cambiado en nada el amor juvenil de los tortolitos. Nada hacía esperar aquel desenlace. Al menos Carlos y sus amigos más cercanos jamás se hubieran imaginado tremendo desaguisado. Sin avisar “¡agua va!”, sin la más mínima sospecha de nada, de un minuto para otro se fue con uno de aquellos revolucionarios. Dejó una esquila mínima, explosiva, devastadora: “Me fui. No me busques”.

Diez años después, Carlos seguía recordando aquel acto como la más incomprensible traición. Sus palabras

denotaban un dolor hondo y amargo. Incluso algunos amigos que lo conocieron de muy cerca llegaron a encontrar en este episodio conmovedor algunas caídas hacia la misoginia de Carlos.

Elina Larrondo, la odontóloga del Cerro

Tengo un hermoso recuerdo de Carlitos, pero ha pasado tanto tiempo y tanta vida que se me han ido olvidando las cosas cotidianas.

En 1986, a la salida de la dictadura, viajé a La Habana. Le pedí a un amigo que había hecho en mi primer viaje al acto del segundo aniversario de la revolución, que me llevara al cementerio de Colón a visitar la tumba de Carlitos.

¡Fue muy emocionante para mí! Siempre me dio mucha pena que Carlitos se hubiera quedado lejos del Uruguay. Junto a su tumba había un mástil con la bandera uruguaya.

Yo militaba en la solidaridad con la revolución sandinista en el comité que presidía el doctor José Pedro Cardozo. En esa condición viajé a Nicaragua y desde allí fui a Cuba. No podía hacer semejante viaje sin volver a visitar La Habana, aunque fuera unos días e ir a la tumba de Carlitos.

Lo que recuerdo de él es que era una persona inteligente, lucida, valiente, sobre todo. No militamos juntos porque cada uno tenía tareas en distintos frentes, pero siempre tuvimos una muy linda relación.

Yo no lo conocí en el Cerro. Cuando me pasaron al secretariado del seccional del PCU del Cerro, el trabajo principal era la atención al Frigorífico Nacional y entonces conocí a Teresa, la madre de Carlitos, que trabajaba allí. Era muy cariñosa, y su único hijo era como su tesoro. Ella militaba en la agrupación del Partido del Frigorífico Nacional.

En la huelga general contra el golpe de estado de junio de 1973 nos vimos casi todos los días. Ella era una militante de base, pero muy luchadora, permaneció al firme todo el tiempo.

Yo había egresado de la facultad de odontología en 1962 y tenía mi consultorio allí en el Cerro, en mi casa. En el '68 me afilié al Partido en medio de aquella locura de medidas prontas de seguridad. Empecé a militar en el FideL.

Y caí presa el 29 de noviembre de 1975. Mi número en el infierno del "300 Carlos" era el mil trescientos no sé cuánto. Aquel cartón que te colgaban con un piolín. Ahí estuve unos días y desde allí nos pasaron al Catorce. ¡Lo que fue aquel traslado! ¡Me golpearon tanto en aquel camión! ¡Me produjeron hundimiento de cráneo! Después sufrí las consecuencias de aquellos golpes. ¡Fue espantosa la llegada al Catorce! Nunca escribí sobre esa experiencia tan traumática. He escrito sobre otras cosas relacionadas con mi pasaje por la cárcel de la dictadura, pero nunca sobre lo que nos hicieron en aquel traslado a un montón de compañeros. El 26 de julio de 1976 fui de las primeras cuatro comunistas que entramos al Penal de Punta de Rieles. En aquellos momentos el 26 de julio era una fecha histórica muy importante, llevábamos a Cuba en el corazón. Las otras tres compañeras eran: Norma Cedrés, Nora González y Miriam Sosa. Mi número fue el 264. Allí estuve presa hasta el 31 de enero de 1980. Después tuvimos que seguir yendo a firmar. No me podía mover de Montevideo. ¡Un día vino un grupo de compañeros desde Australia y los fuimos a buscar al aeropuerto! ¡Después que estábamos allí me di cuenta que había traspasado los límites de Montevideo!

El Pincho Cáceres (*Antonio, dirigente histórico del comité central del PCU originario del Cerro y obrero de los frigoríficos*) era muy amigo mío. Un día se me apareció por el consultorio. Recién le habían dado la libertad. Me propuso armar el Partido en el Cerro. Trabajamos mucho para la campaña electoral de 1984, armamos el Partido de vuelta.

Cuando volvió Teresa, la madre de Carlitos, desde su exilio en Cuba, yo me emocioné tanto...y ella estaba normal. Claro, ella ya se había acostumbrado a la falta de Carlitos, pero para mí era una situación nueva. Fue un momento impactante estar ahí frente a ella.

La fui a ver muchas veces. Volviendo a Carlitos él tenía muchas facetas muy interesantes, entre otras, escribía muy bien. Siempre he llevado en mi memoria una frase de uno de los libros de poesía que escribió: "Me comprometo hasta con el viento"

Elina se quiebra en un sollozo humilde y dulce recordando el verso del amigo lejano, aunque traba los recuerdos: el verso al que se refiere integra un poema que Carlos, exiliado ya en La Habana, le dedicó a "R.A.". El título del poema es "Profesión de fe" y el verso en cuestión dice: "Yo tomo partido/ hasta cuando se discute la orientación/ del viento".

¡Esa frase para mi es maravillosa! ¡Es un compromiso con la vida!

Lo dice con mucho más énfasis que los simples signos de exclamación y entre medio del sollozo cortado por el comentario entre líneas: "¡Qué boba que soy!".

Durante mucho tiempo estuvieron guardados esos libros de Carlitos, junto a otros libros y discos prohibidos. Estaban en un galpón de mi casa y yo estaba presa. La presión por los allanamientos fue tanta que mi familia terminó quemando todo. ¡Perdí todo eso! Pero bueno, otra gente perdió la vida...

Fue una etapa vivida que nos dejó tanto en formación, tanto en amigos que nos permitió ubicarnos frente al mundo de una manera mucho más madura.

En la revista “Estudios” No. 70, de enero de 1979, página 87 y siguientes, se puede leer sobre Carlos: “Desde su liberación dibujó, escribió testimonios, poemas, concurrió a reuniones internacionales. Aquí ofrecemos dos de sus poemas, el uno ‘Profesión de fe’ lo entregó a Rodney Arismendi pocos días antes de su muerte.”

Profesión de fé

a R. A.

¿De qué paz espiritual me hablas?

¿No conoces mi torbellino?

Poco me interesa esa paz.

Soy contradictorio como un grito

llevo una guerra de hueso a hueso

sobre el eco de los pasos camino

sin importarme el eco

anudo todas las fibras

me arrollo y me crezco.

No tengo pensado

auto gestionarme ningún cielo

podría haber nacido mono

y andaría con las crías sobre el lomo

arrugándome el intelecto

para alcanzar los frutos más lejanos.

Podría, como un árbol seco

*intentar retoñar
a pesar de los gusanos y los vientos.*

¿Qué anda en mis profundidades?

¿Qué empecinamiento?

¡Qué paz ni un perro muerto!

*Prefiero pisar
aunque me embarre hasta el pelo
morder, aunque trague amargo*

*Si no tuviera enemigos
no tendría amigos
nadie es fraterno con los eclécticos.*

*No creo en los corazones fuertes
ni en las almas grandes
ni en la serenidad perpetua.*

*Hay corazones débiles
almas inmensas
y serenidades impresionantes*

*en muchos de los más locos
de los más geniales cuerdos.*

*Yo tomo partido
hasta cuando se discute la orientación
del viento.*

*De mar a mar
que es uno, pero no el mismo
me bebo el desierto
y lloro por un gorrión
por un pan, por un amigo,
por un pueblo,
gigante atollado, indeciso,
pequeño ser combatiente,
asustado, rabioso, sonriente.*

*¿De qué paz me hablas
si vivo en guerra?
sucio de compromisos con los hombres*

*absolutamente impuro
tengo el espíritu opaco
pero no vacío
y la hartura es conflicto
y éste; movimiento
no sé si así será vivir
o me parece
mejor aún:
así lo siento.*

Sixto “Tito” Amaro, friyero y del Cerro, en ese orden

Con Tito Amaro nos conocemos desde el mismo día en el que llegué a La Habana. Me llevaron al viejo hotel “Packard”, en La Habana Vieja, frente a la bahía, y él fue uno de los primeros uruguayos en recibirme. Luego transitamos muchos días del exilio habanero, desde actividades políticas formales hasta partidos de fútbol. Compartimos también las guardias sanitarias que le hicimos al paciente, a nuestro compañero Carlos Chassale, en el Hospital Oncológico de La Habana. Desde que volvimos al Uruguay, con el retorno de la democracia, no nos vemos tan seguido, pero sabemos el uno del otro, tenemos noticias a través de los caminos de la patria.

Estuvo de acuerdo enseguida que le plantee la necesidad de dar testimonio sobre Carlos. Me citó para un sábado de mañana en el local de la vieja Federación de Obreros de la Carne (FOICA), con la “A” de “autónoma”, en el corazón del Cerro montevideano.

Yo sabía que con él se trataba de recoger el testimonio de la madre de Carlos. Porque ella había trabajado con Sixto Amaro. Y porque ya habíamos coincidido con Tomás Rivero en que Carlos era el producto de una familia obrera y comunista, no había ninguna otra vuelta que darle al asunto.

Teresa Rodríguez trabajaba en el Frigorífico Nacional desde el año 1952, anteriormente había trabajado en el Swift. En esa época trabajaba en la sección “conserva” con mi madre, Ramona Delgado. Cuando yo entré al Frigorífico en el año 1958 me fui encontrando con la vieja durante los relevos o recorriendo las distintas

secciones. Pero, empezamos a tener mayor conocimiento a partir del año 1960 cuando comenzamos a tener problemas con los préstamos que recibía el Frigorífico de parte del Banco de la República.

Esos préstamos se retardaban y ponían al Frigorífico al borde del cierre. Nosotros fuimos a la huelga en abril de 1960. Yo iba al sindicato a ayudar en tareas y Teresita era la delegada de la sección "conserva" y, además, una militante de fierro del "Sindicato de obreros y obreras del Frigorífico Nacional".

Ahí la fui conociendo mucho más porque yo ya era "sub delegado de la sección barracas de cuero". La estructura del sindicato tenía un cuerpo intermedio que se llamaba "asamblea de delegados" y allí los "sub delegados" no teníamos voz ni voto, pero me gustaba ir a escuchar. Allí en esas asambleas escuché muchas ponencias de Teresita.

Éramos cuatro mil obreros, de los cuales mil doscientas eran mujeres. En ese marco, Teresita era una gran delegada, que influía con propuestas, todas muy bien fundamentadas en lo que hacía a los pasos que iba dando el sindicato.

Trabajamos juntos con Teresita desde esa huelga hasta todas las instancias posteriores. Ella siempre fue un ejemplo. Vivía aquí en Grecia y Estados Unidos (en la República del Cerro, por supuesto) cuando Carlitos se había casado ya y se había ido a vivir por otros barrios. Ella había quedado viuda y vivía sola, siempre con el ojo mirando para afuera para ver cuándo llegaba Carlitos.

Él era un buen hijo, visitaba frecuentemente a su madre. Tenían una formidable relación. Un acontecimiento que me viene ahora a la memoria: salimos desde acá (*hace referencia al local sindical de la FOICA en Grecia y Holanda*) en una marcha de la Federación de la Carne en medio de Medidas Prontas de Seguridad, año 1968. Carlitos ya era maestro, pero venía a acompañar a su madre y a los compañeros. Íbamos marchando y nos provocaron desde un “camello” del ejército; algunos contestamos. Carlitos nos paró y nos dijo: “todavía no es el momento”.

Era un muchacho muy sabio, además era muy claro en sus exposiciones y ayudaba a contener a veces los desbordes naturales de bronca e impulsos que era mejor utilizarlos de otra manera.

Teresita trabajó hasta que estuvo funcionando la “conserva”. Todo el tema “Frigorífico Nacional” es muy extenso: los esfuerzos de las trasnacionales sumado al gobierno de Pacheco que puso de Ministro de Industria a Jorge Peirano Facio, con el objetivo principal de cerrarlo, se enfrentaron a la resistencia del sindicato y de todo el movimiento popular del Cerro, sobre todo. Tuvo que ser la dictadura la que lo cerrara en el año 1978.

Pero antes se fueron cerrando secciones, y una de las primeras fue “conserva”. Teresita fue a parar a la caja de compensaciones y finalmente se jubiló porque tenía años de sobra para hacerlo.

Otra anécdota... Tito retoma los recuerdos de sus amigos, me dice: la misma salió en un reportaje del periodista Andrés Alsina que publicaron recientemente en el periódico “jubifoica” (órgano oficial de la

asociación de jubilados y pensionistas de la industria frigorífica, filial ONAJPU. Número especial de junio de 2015) y tal vez olvida que se la escuché más de una vez en las ruedas de exiliados uruguayos en La Habana, en Alamar, Miramar, en el Packard o en Veracruz.

Allí relato una ocupación, que fue la más violenta que yo conozco. Tuvo su comienzo acá en el Cerro, con tremendos militantes que apoyaban desde el liceo y de la Escuela Industrial, todos muchachos muy jóvenes y muy valientes. Todos nos ayudaban, participaban de las barricadas. En una oportunidad nos hirieron a trece muchachos; a uno le arrancaron un ojo de un perdigonazo y nosotros decidimos ocupar el Frigorífico. Decidimos darles una respuesta de todas las maneras posibles.

Establecimos barricadas, entramos en enfrentamientos con los milicos, lastimamos a algunos de ellos y volvimos al Frigorífico sabiendo que iba a ser muy dura la mano. Tan dura que al amanecer siguiente llegó el ejército con tanqueta, la republicana a caballo, milicos de todos los colores.

Yo como secretario del sindicato llamé a una asamblea en el cargadero (el lugar donde se cargaba la carne para el abasto). Fueron todos los trabajadores que estaban ocupando, que eran cientos. Ahí planteé cual era la situación que estábamos viviendo: que se iban a venir con todos los hierros pero que nosotros nos íbamos a defender. Pondríamos una hilera de tanques con nafta para prenderles fuego. Desde la playa de faena tiraríamos las roldanas cuando los milicos estuvieran abajo. Finalmente, iríamos a la sala de calderas a darle toda la presión hasta hacerlas

reventar...y no quedaría nadie vivo. ¡Una cosa de locos!, pero la habíamos planificado así.

Pero voy a la anécdota, que no es una anécdota sino un hecho histórico. Voy a la asamblea y luego de plantear toda la situación cómo se iba a ir dando, cometo un error propio de un muchacho de veintiocho años, dije: las compañeras tendrán que irse porque vendrá una lucha con mucha represión. Entre otras, Teresita con quince o veinte mujeres más, me llamaron aparte para no hacerme pasar vergüenza delante de todos y me dijo: "Guacho, cuando vos entraste al Frigorífico nosotras teníamos cinco huelgas arriba del lomo y todas las peleas del mundo, acá, en la calle, donde quieras o se te ocurra".

Con la tanqueta derribaron el portón de entrada del Frigorífico. Terminamos en la sala de calderas dándoles presión y empezaron a sonar: ¡bum, bum, bum! El milico del ejército me llamaba y me decía: "¡Usted está loco, van a volar!" Y yo le contestaba: "¿Y ustedes?"

Mientras se producía esa conversación de locos llegaron algunos diputados y llegó el Ministro de Trabajo, Flores Mora, que era un gran tipo. Y bueno, ahí se reunió el Directorio del Banco de la República y nos dio el crédito.

Teresita estuvo en todas todo el tiempo. Seguramente estuvo desde aquellas de 1952 cuando se comenzó a llamar "Paralelo 38" al arroyo Pantanoso, pero yo ahí era muy chiquilín. Estuvo cuando la ocupación de la huelga general contra el golpe de estado de Bordaberry y los militares del 27 de junio de 1973.

Carlitos era maestro en la “escuela Yugoslavia”, la que está enfrente a la Plaza Lafone. Un día de octubre-noviembre de 1975 nos encontramos, uno subiendo y el otro bajando del ómnibus 129, y me alcanzó a decir: “me traen muy cerquita”. Ni se me ocurrió preguntarle: ¿por qué no te vas?, ¿porque yo sabía que él había asumido esa responsabilidad y se iba a quedar hasta el final!

Yo vivía a dos cuadras de la escuela hacia “la cachimba del Piojo” y cuando volvía del Frigorífico me bajaba ahí mismo. Fue la última vez que nos vimos antes de que él cayera preso. Él iba con el portafolio, la túnica colgada en el otro brazo. Después me enteré que había caído y de que estaba enfermo, porque nada sabía yo de su enfermedad, ni me lo imaginaba.

Conocía a Carlitos de muchacho cuando ellos vivían por la calle Concordia en la Teja y jugábamos fútbol entre cuadros de barrio. Él en el “Concordia” y yo en el “Vencedor”. Jugaba bien Carlitos, jugaba de ocho.

Después los volví a encontrar en Cuba con la situación dramática de Carlitos con esa enfermedad sobreviviendo con mucha entereza. Un ejemplo de vida para los jóvenes de hoy, para las mujeres y hombres de hoy. Por todo lo que aportó en su batalla por la vida en simultáneo con la defensa de los valores democráticos de nuestro pueblo.

Teresita siempre fue la misma, acá, allá. Una mujer muy humilde, muy comprometida y una madre ejemplar. Me la imagino sufriendo tanto cuando Carlos pasó por las torturas.

Lo fuimos a cuidar tantas veces al hospital oncológico de La Habana con el Bubi Baggio. Me asombré mucho cuando iba de tarde temprano y presenciaba las conversaciones de Carlitos con sus vecinos de habitaciones del hospital oncológico. Yo no soy particularmente valiente con respecto al tema de la muerte, más bien le tengo miedo. Había entre los pacientes, con los que Carlitos conversaba amigablemente, comandantes guerrilleros cubanos, armaban una rueda y el tema era la muerte, de cuánto tiempo le quedaba a cada uno de vida y todas esas cosas. ¡A mí me impactaba muchísimo, pero ellos la llevaban con mucha naturalidad!

Le cambio de tema y le pregunto por el acercamiento humano y político entre los comunistas uruguayos que iban llegando a Cuba y los tupamaros que ya estaban, la mayoría, desde hacía tres años.

Nosotros teníamos esa batalla ideológica con los "Tupas" muy arraigada desde las luchas sociales de acá...fue todo un proceso. Cuando el golpe de estado se produjo, ya no quedaban estructuras del MLN en el país y esa batalla ideológica había pasado a un segundo, tercero, cuarto o quinto lugar porque la batalla principal había pasado a ser la de tirar abajo a la dictadura. Y realmente, no solo nos encontramos con los "Tupas" allá en La Habana, sino que me encontré con muchachos que eran de mi barrio. El "Negro Pedro" (que acaba de escribir y publicar un libro sobre los combatientes uruguayos en Nicaragua); el "Cabezón" con su esposa, hija de un gran hombre de la Teja, Peruco García.

Por suerte los encontramos allá y comenzamos a ver las cosas desde otro punto de vista. Y si la dictadura

tuvo una virtud, que no tuvo ninguna, fue la de enseñarnos que el enemigo no estaba entre nosotros, sino que el enemigo era quien se había arrebatado la democracia en el país.

Carlitos jugó un gran papel en Tarará donde estaban concentrados la mayoría de los tupas cuando nosotros llegamos a La Habana en agosto de 1976.

Hubo uno de los primeros encuentros casuales entre comunistas y tupas que se dio de pura casualidad arriba de una “guagua”⁷. Yo venía de La Habana hacia Alamar en una guagua y de pronto subió Carlos Falco, mi cuñado querido. Ellos estaban compartimentados, tenían otros nombres y no podían hablar con otros uruguayos. Pero cuando me vio no pudo aguantar y pegó un grito y corrió a abrazarme. Ya ahí mismo planificamos para seguir viéndonos, con él, con Huguito Pereira también.

La entrevista se desarrolló en el medio de una de las salas del “Museo de la industria frigorífica” en el local de la FOICA con mesas cubiertas de recortes de diarios, con las latas de las conservas, con las herramientas de trabajo de los friyeros. Tito me pregunta si conozco el poema dedicado a Nuble Yic⁸ escrito por Carlitos y se compromete a enviármelo por mail.

Sixto Amaro nació en 1940 y es, además, el representante de los jubilados en directorio del BPS desde 2011.

7 ómnibus en ‘cubano’

8 Obrero y militante del Partido Comunista, fallece el 15 de marzo de 1976, a los 47 años de edad, a consecuencia de las torturas, en el Batallón de Infantería N.º 2 y 3 (km 14 de Camino Maldonado). Es uno de los mártires de la industria frigorífica.

¡Ay de los que olviden!

Al amigo Nuble Yic,

Obrero de los Frigoríficos

*Entre cuatro velas, sin Dios,
Apretando va el silencio
de una tarde inquieta, sin cielo
envuelta en vientos de muerte.
¡Ay los asesinos!*

*Alguien llenará sus bocas de tierra
una madre les abrirá el pecho
e incrustará en el temblor
de la carne
sus dedos buenos.
¡Ay de los que olviden!
¡Ay de los que quisieron ver!
lo mataron por ser bueno...
Dígale doña Ramona
a las comadres del Cerro*

*y que se impregnen los
plátanos de Viacaba
con la sangre de un obrero.*

*Suba la piedra redonda
y grítelo al mar y al cielo
escribalo entre los cartones
de los ranchos viejos
para que recuerden sus
desordenados cabellos
y la dignidad de un hombre
que hizo del silencio
un arma y un espejo.*

Carlos Chassale.

Ya vendrán caras extrañas

En los potreros del Cerro, o de La Teja o después en la cancha mayor de Capurro, Carlos jugó al fútbol.

Cuando pudo salir del campito del barrio ya el Partido Comunista había dejado atrás la “Liga Roja” en donde jugaban si o si todos los militantes.

Al mudarse la familia para La Teja, con otros amigos fundaron un cuadro, de fútbol por supuesto, “el Concordia” le pusieron y se hicieron unas camisetas remendadas para distinguirse de los rivales desafiantes.

Ahí fue que lo vio un caza talentos quien lo llevó a las inferiores del Club Atlético Fénix.

Carlos había sido un niño con asma y tuvo la buena suerte de que lo atendiera uno de los médicos del Partido que era puro sentido común: el deporte es sano, por lo tanto, a un niño con problemas en los fuelles, lo mejor es que hiciera todos los deportes que se le pusieran por delante. El fútbol no era el más aconsejable, sin embargo, a él, ni se le iba a ocurrir prohibírsele a un niño uruguayo, pero se atrevió a sugerir a los padres que lo llevaran a hacer natación “para desarrollar los pulmones”, así les dijo y enseguida pasaron a comentar la difícil situación política de los comunistas ante las campañas furibundas desde la Embajada yanqui en medio de la guerra fría y los avances de los barbudos en la Sierra Maestra.

La natación fue su segundo deporte, lo hacía muy bien. La sincronización de los movimientos de piernas y brazos acompasados con la aspiración y la expulsión

del aire le sirvieron no solo para dejar atrás el asma sino también para aplicarlo en su evolución futbolística.

Jugando al fútbol Carlos siempre fue muy técnico, planificador de jugadas, similar al ajedrez, muy astuto. Calculador de los desplazamientos a los cuales eran capaces de alcanzar tanto cada uno de sus compañeros como los adversarios. Buen dominador de pelota, pero, sobre todo, de los espacios y del tempo del juego en cada momento. Un número 10 clásico, lanzador, pasador y habilitador. Seguramente tuvo el record de pases gol en el “Concordia”.

Cuando llegó al Fénix ya el grito de la hinchada era ese tan conocido. “El Fénix no baja”, ¿por qué? Ni siquiera se lo preguntó. Los comunistas habían disuelto la “Liga Roja” pero no se habían hecho hinchas de los cuadros grandes, por nada del mundo. Era muy extraño encontrar a un comunista uruguayo hincha manya o tricolor, era como ser del Partido Colorado o del Partido Nacional. La inmensa mayoría de los comunistas adhirieron a cuadros chicos. Por eso Carlos, que cuando niño había manifestado simpatía por Nacional, de grande, no solo fue a jugar al Club Atlético Fénix, sino que también se hizo hincha del “¡Fénix no baja!”.

Hubo un momento de su carrera futbolística en donde se le planteó la disyuntiva: o seguía practicando duro o dejaba. Había comenzado a estudiar la carrera de magisterio que le demandaba muchas horas, entre clases, las horas de biblioteca, los viajes desde su barrio periférico hasta el centro de Montevideo, a lo que se le había sumado la novia hallada en Capurro. La verdad, todo conspiró en contra de la continuidad de aquel 10 que prometía.

José Kechichian, un armenio del Cerro a La Habana

“escuchar las clases de Carlos era un gusto.”

Conocí a Carlos a mediados de la década del sesenta. Yo había comenzado a militar en la UJC en el Cerro en 1960.

Carlitos vivía con los padres en el Cerro, era estudiante de magisterio. Y yo era el secretario de organización de la UJC del Cerro. Ahí lo conocí en una primera versión, vamos a llamarle así.

Las características de un hijo de obreros típico. El padre Ernesto Chassale, obrero de los talleres de AMDET y Teresita, obrera de frigorífico. Carlos era un producto típico de esos padres y de esos barrios. Había nacido en La Teja y luego se mudaron al Cerro. Esos dos barrios estaban presentes en las vivencias, en el lenguaje, en las anécdotas de Carlos. Nada que ver con un “intelectual”, y no porque yo tenga ningún prejuicio contra los intelectuales. Era hijo único. Era una persona a la que le gustaba el fútbol, la murga, y, era capaz de coleccionar viñetas de personajes insólitos de los boliches, de las canchas de fútbol. Empezaba a contar esas anécdotas imitando las formas de hablar de esos personajes, los gestos, el modo, y, empezábamos a reír a carcajadas todos los que lo escuchábamos, incluso él mismo. Imitaba el pregón de los vendedores en la cancha de fútbol en un lenguaje que no lo entendía nadie más que los que estaban allí. Él coleccionaba ese tipo de cosas como si fuera la versión oral de Peloduro, tenía una veta humorista. A la vez, era un amante de la poesía. Le gustaba leer y escribir poesía.

Podría decir que Carlos no era un militante comunista que estuviera inmerso en la lectura de manera minuciosa de todas las obras de Marx, Engels y Lenin. Dominaba el marxismo, pero como herramienta viva. Era un individuo que aplicaba un criterio para forjar la organización, fundamentalmente para educar a la gente. Era un educador nato con todos esos atributos que le venían desde los orígenes. Además, tenía una mirada humorística sobre aquellos que tenían pose de sabihondos, le caían graciosos e insoportables. Para él la profundidad se debía manifestar en la sencillez.

Para mí era como si fuera un maestro, a pesar de que tenía un año menos. Lo veía como si fuera mayor de edad, por la seriedad, por el rigor de sus planteos. Pero no era que se impusiera porque tuviera un gesto autoritario, era algo intuitivo por la influencia natural que ejercía sobre los que lo rodeábamos: nos sentíamos obligados a escucharlo.

Él nació asmático y lo superó con la natación. Así que era un deportista muy integral, no solamente jugaba al fútbol.

Bueno, también era un dibujante excepcional, agarraba un lápiz y en dos minutos te hacía una caricatura, un retrato. Creo que conservo un dibujito suyo que anda conmigo eternamente. Además, era capaz de agarrar un palo, una navaja y hacer un tallado de una figura cualquiera. Cabía perfectamente en la imagen aquella de que nada de lo humano le era ajeno, pero sin poses, espontáneamente.

En la segunda etapa en la que nos relacionamos fue en la comisión de educación del PCU. A mí me incorporaron al Frente de Educación en el año 1970-71.

Pasé a trabajar con las escuelas vespertinas del PCU: una en el seccional sur, otra en la histórica 20, en Agraciada y Valentín Gómez y de la tercera no me acuerdo muy bien ahora dónde estaba. Allí estaba Carlos junto a un plantel de “Instructores” de primer nivel: Julio Escudero (hoy todavía detenido-desaparecido), Hugo de los Santos (obrero del puerto), Osvaldo Baluga. Todos ellos compañeros muy estudiosos y con una gran capacidad pedagógica y didáctica.

Acá José hace un paréntesis para hablar de Julio Escudero.

Era un personaje fuera de serie, un lector apasionado de la filosofía. Se llegó a comprar una colección de discos de alemán para aprender el idioma y poder leer en los originales a Hegel. ¡Seguía los pasos de Massera! Y sus hobbies era la electrónica, estudiaba todos los manuales y era un experto. ¡Todavía me acuerdo de los apuntes de Escudero!: eran unos papelitos cuadrados rellenos con una letra pequeña, muy prolija y perfecta. En esos papelitos tenía preparadas sus clases en la escuela vespertina del PCU: los tres ejes de la táctica y la contradicción principal de la sociedad uruguaya.

Y escuchar las clases de Carlos era un gusto. A esas escuelas venían obreros, universitarios, empleados, amas de casa...los militantes de aquel partido. Allí aprendí lo que él entendía que era lo fundamental: que la gente entendiera los documentos, pero sobre todo que aprendiera a estudiar. Para eso se daban unas clases introductorias en donde se enseñaba el método de estudio individual. Se hicieron famosas esas clases. La lectura global de un capítulo, segunda

etapa: el subrayado de las ideas centrales, armar un esquema, saber desarrollar luego lo que se había entendido. No conozco, ni siquiera en la universidad, gente que sepa hacer eso con esa metodología rigurosa. Y eso era una enseñanza de Alcira Legaspi, la compañera de Rodney Arismendi. Pero también era por el conocimiento de la pedagogía; por ejemplo, Escudero era un lector de las teorías de los procesos de aprendizaje de la lecto-escritura. Tenían todo eso muy afinado.

Cuando los compañeros pasaban por aquellas escuelas, salían transformados porque, sobre todo, habían aprendido a estudiar. Podían agarrar un documento y podían captar las ideas centrales y transmitirlo a la práctica. Para todos los que pasaron por ellas, había un antes y un después. Y las cabezas eran estos cuatro compañeros, tardíamente entré yo. Carlos era el más terrenal de todos, para él no había que decir todo lo que uno sabía sino explicar lo justo para que se entendiera lo fundamental, no irse por las ramas.

El Frente de Educación estaba dirigido por Alcira Legaspi que había escrito sobre teorías pedagógicas y había inaugurado en Uruguay nada menos que la educación en el jardín de infantes, cuando acá no se tenía ni idea sobre la educación en la primera infancia, sobre el significado y la proyección que tiene en la formación de un individuo. Empezó en Trinidad, Flores, de donde ella era oriunda y los diarios se reían, titulaban: “La maestra Legaspi va a enseñar jardinería”. Fue pionera, la verdad que junto a otras maestras.

Desde luego, trabajar al lado de personalidades como Arismendi, Massera, verlos exponer, daba mucha experiencia.

Además, también se daban las escuelas elementales que duraban una semana. Allí de manera concentrada había que dar una imagen de la concepción del Partido sobre los tres círculos de la táctica: el papel del Partido, la creación de la unidad de la izquierda, las vías de la transformación revolucionaria. Pasaban un montón de años y te encontrabas con personas que te recordaban aquellas escuelas. Montaña de gente pasó por esas escuelas. Obreros y universitarios, algunos que han tenido un recorrido muy destacado en la vida nacional.

Todo eso lo cortó el golpe de estado de 1973. Allí tuvimos que comenzar a militar en otros frentes. La huelga general y el comienzo del trabajo clandestino. Si no me equivoco, Carlos militó a nivel de la organización del departamental Montevideo. Allí se destaca en el rigor en la observancia de las reglas del trabajo clandestino: la discreción, la puntualidad, no llevar nunca anotaciones ni papeles, tener siempre una justificación para estar en un lugar, observar siempre que no te estuvieran siguiendo los servicios represivos. Conseguir casas para hacer las reuniones clandestinas con la mayor seguridad. En ese trabajo Carlos también fue muy riguroso. Y eso dio sus resultados muy positivos, lamentablemente él no lo pudo ver: nos encontrábamos después de la dictadura con gente a la que le habíamos usado la casa para aquellas reuniones que nos agradecían con todas las palabras: la represión nunca los molestó.

Carlos era un riguroso educador de trabajar con un método. Nos reuníamos él y yo en su casa en la calle Gianelli, una diagonal que desemboca en Miguelete, muy propicia porque es una calle poco transitada. En ese período es cuando se enferma. Tenía 27 años. Durante un mes lo atendieron en Casa de Galicia sin entender lo que le ocurría; sudaba de manera abundante. Entonces, lo atiende el doctor Jorge Boutón, una eminencia, uno de los grandes clínicos de la medicina nacional. Lo primero que hace es tocarle las axilas y le detecta los ganglios inflamados. Recién ahí comienzan a tratarlo con citostáticos.

El padecimiento físico cuando le hacían ese tratamiento era muy doloroso; por todas las secuelas que deja en el cuerpo una dosis. Comienza a deteriorarse su físico de deportista, le bajan las defensas del organismo. En esas circunstancias fue detenido por los servicios secretos de la dictadura, el OCOA, y fue llevado al “300 Carlos”. La verdad, yo nunca supe las circunstancias exactas en las que cayó preso. Cayó como parte de la Operación Morgan –así nombrada por esos servicios.

Yo seguí militando en la clandestinidad hasta fines del año 1975. Hasta que por decisión de compañeros debo cruzar el charco, literalmente. “Un par de meses a ver qué pasa”.

Lo dice entre comillas y sonrío socarronamente con un sobre entendido: no pudimos volver hasta nueve años después

Esa era la consigna. ¿Por qué? Nos tenían detectados y a todos los lugares que fuéramos nos iban a estar siguiendo e íbamos a ir dejando un reguero de marcas.

En mi casa estuvo viviendo un mes el Meme Altesor. En la casa de al lado que era de mi viejo, vivía Julio Escudero y ahí vino a hospedarse también Hugo Altesor con su mujer y su hija recién nacida. Y otras circunstancias que se agregaron y no viene al caso contarlas ahora, estamos hablando de Carlitos.

Llegué a La Habana en agosto de 1976 y él llegó un poco después. Verlo llegar en las condiciones en las que lo hizo fue muy doloroso.

Aquí José se incorpora y camina como lo hacía Carlos, encorvado totalmente como la imagen que conservamos de Artigas viejito. ¡Un hombre de treinta años!.

Allí lo comienzan a tratar de vuelta con citostáticos. Lo analizan, le hacen estudios. Comenzó a repuntar, aumentó de peso.

La personalidad de Carlos se impuso inmediatamente a todos los que comenzaron a conocerlo. Si bien los muchachos del MLN, de la "columna guacha", habían recibido una revitalización con la llegada de los cien comunistas venidos de Argentina y México, la llegada de Carlitos fue un catalizador de todas sus atenciones. Ellos habían salido del Uruguay antes del golpe de estado, luego de la debacle de su organización en 1972, incluso algunos salieron antes, habían pasado por Chile y habían llegado a Cuba luego del golpe de Pinochet y tenían cortados todos los medios de comunicación con Uruguay. Querían saber todo lo que había sucedido en el país después de la salida de ellos, ¿qué pasó?, ¿cómo fue? Y eso fue después de todas las discusiones y disensiones que tuvieron ellos en la interna de su organización, que se habían dividido en cuatro grupos enfrentados radicalmente: la

peludización, la proletarización, los seis puntistas; hasta enemistados entre ellos en algunos casos.

En ese cuadro de situación, Carlos generó un impacto, una emoción colectiva de simpatía, empatía. Y él, inmediatamente se ubicó, para nada asumió una pose de héroe, que ya lo era, convirtió su tragedia personal en salidas de humor, desdramatizando todo. Era un héroe, pero hablaba en el lenguaje del barrio. Le salieron todos los dichos y refranes de los personajes folklóricos, del boliche, del fútbol. Era una fiesta estar al lado de él escuchándolo hacer esos cuentos.

Quienes lo rodeábamos superábamos inmediatamente el dolor que nos producía verlo y pensarlo en aquellas circunstancias del Infierno por el despliegue de humanismo del que él fue capaz. Sencillez, humor, como corresponde a un verdadero ser humano tan pleno como era él. En ningún momento hizo sentir a los demás culpables, disminuidos, poca cosa.

Generó un sentimiento de respeto mucho mayor que cualquier dirección orgánica formalmente destinada con ese fin. Y, además, sus opiniones eran escuchadas atentamente por la dirección partidaria establecida. Él se hizo cargo de la atención política del grupo de amigos del PCU que venían del MLN. No solo fue designado orgánicamente, sino que surgió de manera natural. Incluso comenzó una relación sentimental con una compañera: eso lo ayudó mucho a él también. En Uruguay había quedado su anterior compañera, ya no tenían comunicación. Para una persona que salía de aquel Infierno, meses sin recibir los medicamentos para la grave enfermedad que padecía, torturado salvajemente, volver a la vida en sociedad, sentirse rodeado, cuidado, fue muy gratificante para él.

Llegó a contarme las anécdotas del Infierno. Por ejemplo, los sueños de un tipo tirado en el suelo todo mojado, todas cosas estrafalarias pero contadas con su humor. Me hizo cuentos de Federico Martínez a quien él quiso mucho porque estuvieron muy cerca en el Quinto de Artillería. Quería mucho al maestro Hugo Rodríguez de quien también tenía recuerdos muy entrañables.

Se reía recordando el lenguaje obtuso de los represores, del primitivismo de sus palabras. Hacía humor con eso y era en medio del traslado de y hacia la "máquina". Me contaba de la brutalidad de los tipos, iban descalzos a los baños con letrinas infectas de orines y defecaciones, y lo hacían con toda naturalidad. Me acuerdo de esa pintura que Carlos me realizó de lo que era el Infierno, la calidad deshumanizante de los represores hasta extremos inimaginables.

En La Habana vivió en Tarará y luego fue a vivir a Miramar cuando su salud se volvió más delicada y necesitó una atención más concentrada.

Y me tocó estar junto a él en el hospital oncológico de La Habana. De lo que nunca me voy a olvidar es de su agonía. Eso fue impresionante. La noche anterior estuvo el Doctor Ricardo Caritat, una eminencia de la medicina intensiva del Uruguay, que estaba trabajando en Cuba, se quedó un rato largo allí observando el estado en el que se encontraba Carlos. Me dijo, me voy, vuelvo mañana a primera hora. Me quedé solo con él que ya estaba delirando. Contarlo puede parecer que estoy exagerando o me pueden decir que estoy mintiendo, porque fui el único testigo. ¿Qué pudo decir todo el tiempo mientras deliraba en

su agonía? Fue como el momento de condensación de toda una vida: “¡Hay que educar! ¡Hay que formar a los compañeros!” Nada que tuviera que ver con su peripecia personal; nada con “yo”, todo lo contrario, siempre, todo el discurso, en medio de su delirio, estuvo referido al “nosotros”. O sea, entre la vida y la muerte, ¡hay que educar!; ¡hay que preparar a los compañeros! Yo escuchaba aquel discurso sin fin... hasta que espiró.

Los griegos decían que no hay que preocuparse por la muerte porque cuando la muerte llega, vos ya no estás y cuando vos estás, la muerte no está. Que el miedo a la muerte es un ridículo. Pero ese tramo final entre la vida y la muerte es un tema siempre movilizador de la filosofía.

Bismark Miller, guarda y clandestino

Conocía de la existencia de Bismark, por los caminos de conocer comunistas, uno lleva a otro, así he ido conociendo familias. Tomás Rivero, el ciclista, el organizador, el bueno de Tomás, me dio el dato: para saber del tío Manrique tenés que hablar con él y de paso dale saludos míos.

Conocí a Manrique Chassale, tío de Carlos, en el año 1960 cuando yo ingresé a AMDET, estación Unión, en 8 de octubre y Villagrán. Él fue quien me afilió al Partido. Era una especie de “comisario político”. Fue un tiempo el secretario político de la agrupación del Partido en la estación, después les dio participación a otros, incluso a mí. Él siempre era el nexo entre el sindicato y el Partido. Era el hombre con más años y con más respeto de todos.

Cuando yo entré a trabajar ya no había más tranvías. Manrique era chofer de ómnibus y yo era guarda. Eran ómnibus y trole los que había en ese año que entré. Porque cuando se hizo la administración municipal de transporte, venía de la fusión de los que trabajaban en los tranvías y de algunas cooperativas de ómnibuses.

Yo entré en un sorteo que se hizo en el año '58 o '59 cuando llegaron aquellos ómnibus “Leyland” que estuvieron como tres o cuatro años en la aduana. Cuando por fin los sacaron de la aduana nos llamaron a integrarnos. Fui guarda de la línea 4, y del 89. Hasta el golpe de estado. Trabajaba en los troles dobles aquellos y trabajé en los ómnibus de la línea 4 que iban a Pando.

También aquella línea a Pando fue un triunfo porque era la competencia con COPSA que tenía el monopolio.

Esa línea 4 tenía como veinte coches. Manrique trabajó también en esa línea. Cuando AMDET llegó a tener tres mil trabajadores, él fue el secretario del sindicato. Su esposa, Irma Laureiro, también comunista.

Los miércoles eran los días en los que se reunía la agrupación. ¡Qué distinto a cómo es ahora! Ahora citan a las nueve y la gente empieza a caer a las diez menos cuarto y el que da el informe cae diez y media. En aquel tiempo, los viejos estos, entre quienes estaba Manrique Chassale, a las nueve y cinco te cerraban la puerta. ¡La vergüenza que significaba llegar tarde y que no se te permitiera entrar! Yo era capaz de tomar un taxi o un submarino con tal de llegar en hora.

Después del informe y las intervenciones, se repartían las tareas hasta para ir a visitar al compañero que estaba enfermo, quién iba con la delegación sindical a pelear por la suspensión que le habían aplicado a algún trabajador. El entretejido social era una tarea política, había que visitar a los amigos, aunque no fueran afiliados al partido.

Y dentro de esas tareas estaba la de ir a buscar el diario "El Popular". Había que estar a las cuatro y media de la madrugada en la puerta de la imprenta del diario, en 18 y Río Branco, para traerlo para la Estación y a las cinco y media estar vendiéndolo a la entrada del turno de los trabajadores.

Te cuento de la primera vez que me tocó esa tarea de ir a buscar el diario. Asumí la tarea. Pero en ese

tiempo las jornadas eran muy largas: tenías que laburar ocho horas, tenías reunión de la agrupación o comité de base sindical, o con la dirección del Partido, en algún lugar siempre había alguna reunión. Por lo tanto, cuando llegué a mi casa no me acosté, me quedé levantado tomando mate a esperar que se hicieran las tres y media de la madrugada. Yo vivía cerca del Mercado, tenía que venir hasta 8 de octubre caminando, y ahí tomar el ómnibus para 18. A esa hora, golpean la puerta, me di un susto, pensé: ¿qué pasará? Cuando abrí, me encuentro frente a frente con el viejo Manrique. Cuando le pregunté qué andaba haciendo, me contestó: “Vine para que no se fuera a dormir para ir a buscar el diario”. ¡Él vivía en la curva de Bella Italia, en el kilómetro once!

Los viernes eran los días de venta del diario en la puerta de la Estación. Se vendían muchísimos. Y nosotros hacíamos unas carteleras con las páginas más importantes: era la época de la guerra de Vietnam, de la solidaridad con Cuba; de las movilizaciones en protesta por las medidas prontas de seguridad o contra la congelación de salarios.

A Carlitos lo conocí en el seccional del transporte del partido cuando estaba en la calle Venezuela. En ese tiempo nos reuníamos todas las semanas, yo por la agrupación y él por el seccional.

En ese tiempo llegamos a tener un delegado obrero en el directorio de AMDET. Como todo Ente del Estado tenía cinco directores. Eran tres directores del partido de gobierno y dos de la oposición. Logramos que hubiera un delegado obrero, el canario Alonso, que era el secretario del gremio del transporte. Se peleaba para que se mejoraran las líneas, los coches, para

competir con el monopolio que tenía CUTCSA también. Cuando AMDET ponía una línea nueva, ya las empresas monopólicas tenían los horarios y las frecuencias y entonces CUTCSA te ponía un coche dos minutos antes. El 195, el 210, el 103 con el 104.

El transporte siempre fue un gremio muy fuerte. Todos sabían que cuando se paraba el transporte, se paraba todo. La prueba está: después rompieron todo, disolvieron AMDET.

Después del golpe de estado y la huelga general, desparramaron todo. Yo ya no estaba porque había pasado a la clandestinidad.

Durante la huelga general yo estuve en la estación Unión y en la seccional décima del Partido de la que era el secretario general.

Manrique y Carlitos andaban ahí en la vuelta también. Con Manrique habíamos estado presos en el año 1969, por las medidas prontas de seguridad, en el cuartel de San Ramón. Tuvimos presos cerca de dos meses, un invierno de mucho frío. Siempre me acuerdo que los milicos nos daban unos ponchos como “cubijas” (frazadas) y para taparnos del frío crudo durante el día y Manrique se negó a usarlos.

Después en 1973 nos llevaron presos al cuartel del kilómetro catorce de Camino Maldonado, que ahí fue donde estuvo (Héctor) Betancourt (se refiere al líder histórico de los trabajadores del transporte que fue uno de los primeros en defecionar cuando la huelga general contra el golpe de Estado de junio de 1973) también con nosotros.

Nos llevaron en el medio de la huelga general desde un bar que estaba cerca de la Estación Unión, donde nos reuníamos, éramos unos ocho o nueve, un día de pago creo que fue. Y nos largaron al terminar la huelga.

Cuando se terminó la huelga Manrique se reintegró a trabajar en AMDET. Habían dado la opción de integrarse a la estación de Trole del Buceo, y los que no calzaban ahí podían ir para la intendencia, de hecho, yo me reintegré allí después de la dictadura hasta que me pude jubilar.

A Manrique le perdí la pista, en esos días después de la huelga creo que se fue para Suecia.

De pronto, sin previo aviso y como quien no quiere, me suelta una información de las más relevantes para su testimonio. Bismark permaneció clandestino, militando en la organización clandestina del PCU, ocho años, desde 1973 hasta 1981. Ocho años en la vida de un militante bajo la dictadura más feroz, observando estrictamente todas las reglas de la clandestinidad para no caer preso, exigía una disciplina muy severa y Bismark, junto a muchos que mantuvieron la organización del PCU lo consiguieron a un costo humano todavía no medido en su justo valor por la historiografía uruguaya y, sobre todo, por el nuevo Estado uruguayo que comenzó, hace muy poco, reconociendo ese período de la vida nacional como el del “terrorismo de Estado” pero que todavía no digiere que hubo decenas y cientos de compatriotas viviendo en la clandestinidad para organizar y alentar la resistencia que terminó siendo multitudinaria.

El Partido me pidió que pasara a la clandestinidad. Carlitos Chassale fue quien me comunicó esa nueva directiva. Clandestino hasta finales del año ochenta y uno. Caí en la misma redada en la que desaparecieron a Félix Ortiz el 16 de setiembre de 1981. Me llevaron a La Tablada, de ahí para el Noveno de Caballería, ahí nos hicieron toda esa parodia de llevarnos al juez militar y procesarnos y por último al Penal de Libertad en el que fui el número 2799 hasta que apagaron la luz en marzo de 1985.

Al Penal llegué a vivir en el piso tercero, después el cuarto y por último en el quinto. Estábamos con Ariel Casco, la Bruja Pacella y otros compañeros.

Con Carlitos estuve vinculado un tiempo. En aquellos momentos se producían caídas a cada rato y se cambiaba todo, cambiaban los enganches, cambiaban las direcciones. Alguna vez fui a verlo a la escuela que está frente a la Plaza Lafone y otra vez fui a su casa cerca de Miguelete.

Cuando cayó él ya no estábamos trabajando en lo mismo. Yo estaba trabajando con el griego Diakakis. Después pasé a trabajar con el pelau bancario Drescher y al final con Félix Ortiz.

Y no sé si me estaban marcando desde hacía tiempo, si me estaban dando piola para ver hasta dónde llegaba...me había escapado varias veces. Un poco por casualidad y otro poco por la organización barrial. Yo iba cada quince o veinte días a ver a mis hijos y un día me habían puesto una ratonera los milicos y en la parada de ómnibus los mismos vecinos me fueron avisando.

Al final, me agarraron en la calle. Había acordado hacer un contacto con Carlos Ruso (*¡el mismo que había entregado a Félix Ortiz dos meses antes!*) en Propios y Avenida Italia, como no apareció, me tomé un ómnibus, el 370, para ir hasta Millán. Cuando fui a subir noté algo sospechoso: había un muchachón que dejaba pasar a todo el mundo y me dejó pasar a mí también. Me llamó un poco la atención. Después arriba del ómnibus vi que el tipo hablaba por un walkie-talkie (*lo que vendría a ser ahora como un celular, que en aquella época no existían*), le observé el pelo que tenía y cómo iba vestido y me deshice de los papelitos que llevaba encima...cuando bajé, una pareja de civil me detuvo con el pretexto de la lucha contra las drogas. Y de ahí, directo para La Tablada en donde estuve como tres meses y otros tres meses en el Noveno. Seis meses desaparecido, totalmente incomunicado.

Cómo habrá sido el trato en La Tablada y en el cuartel que al llegar al Penal era como haber obtenido la libertad.

Bismark cumplió ochenta años en abril de 2015, o sea que tenía 46 años cuando cayó preso y le terminaron colocando el número 2799 en el Penal de Libertad durante tres años. Supo tener tres hijos porque el más chico falleció a los cuarenta años. Los dos hijos que viven tienen 58 y 54 años. "Entre mis hijos y los de Norma tenemos diecisiete nietos, ocho bisnietos."

"Trabajé en la intendencia hasta el año 1996 cuando me pude jubilar."

Cuando estábamos terminando la entrevista, llega Norma de hacer mandados y me ofrece una torta casera

con café. Bismark me había ofrecido una bebida espirituosa. Quedamos conversando un rato de la vida, de las familias. Y al despedirnos, le paso el teléfono de Tomás Rivero para que se saluden directamente.

Qué febril la mirada

El viaje a Moscú, la capital de la “Madre Patria” como le llamaban por entonces aquellos viejos cuando hablaban entre ellos, fue todo un acontecimiento no sólo para Carlos.

El tiempo que llevaron los preparativos voló entre corridas a sacarse por primera vez el pasaporte, la vacunación exigida por los trámites aduaneros y planificar una buena coartada para que el viaje fuera en el más absoluto secreto.

Aquella travesía del Atlántico a diez mil metros de altura le llevó por varias escalas. Primero Buenos Aires, después Roma, Praga y por último Moscú. Ya había ocurrido el ingreso –la palabra “invasión” no formaba parte del léxico bolchevique uruguayo– de los tanques soviéticos para terminar con la llamada “primavera de Praga” y el temita no podía debatirse libremente con los otros camaradas de los países socialistas del Este europeo, mucho menos con los italianos y franceses.

Llegar a Moscú para Carlos debió significar un homenaje a su padre, Ernesto, el viejo Tito, quien la había visitado enseguida de la segunda guerra mundial (o la Gran Guerra Patria como la llamaban los soviéticos) y de la cual le había hablado muchas horas.

Al bajar del avión fue recibido por un equipo de camaradas con sobretodo a lo Pepe Batlle y con unos gorros de piel a los que, sabría más tarde, llaman “shapkas” (o al menos así le sonaba traducido a la fonética castellana), le solucionaron los trámites aduaneros y lo introdujeron en unos autos inmensos muy parecidos a tanques de guerra. Primero lo llevaron

a una “dacha” o casa de campo, donde pisó por vez primera la nieve, sintió bajo su calzado un algodón crujiente. Allí fue conducido a una habitación donde dejó su equipaje y enseguida lo vino a buscar un camarada que hablaba perfecto castellano.

Aquel camarada pronunciaba palabras de antes de la guerra, con giros ibéricos. Le preguntó si ya tenía el nombre y apellido falsos con los cuales le entregarían nuevos documentos para desplazarse mientras estuviera en suelo soviético, luego siguió con otras preguntas un poco más indiscretas sobre su encuadre en el Partido Comunista uruguayo. Carlos iba prevenido sobre ese cuestionario y tenía preparada una leyenda perfectamente creíble.

Allí estuvo alojado un día y luego fue trasladado al edificio de la Escuela Superior del Partido Comunista de la Unión Soviética, en la estación de metro “Aeroport”. Aquel año lo aprovechó para estudiar a los clásicos del marxismo-leninismo. Descubrió “La Ideología Alemana” de Marx y Engels publicada por los soviéticos recién en el año 1932, un texto de la juventud de los dos alemanes antes de que su cuerpo teórico fuera etiquetado como “marxista”.

Pero también se estrenó como fumador, descubrió el gusto por los cigarrillos de tabaco negro cubano marca “Partagás”, un exceso y un abuso, para sus pulmones asmáticos, que se permitió con tal de sobrellevar la nostalgia por la lejanía de la tierra natal, del barrio, del fútbol.

Cuando se estaba instalando cómodamente en una de las habitaciones de aquel hotel convertido en academia política, comenzó a llegar el resto de la delegación de

comunistas uruguayos. Debió compartir con otro camarada un solo baño, lo cual no dejaba de incomodarlo por aquello de “tejano solo bien se lame”.

La delegación era reducida, por los cupos que le correspondían al Partido del país más pequeño de América del Sur, no obstante, el lugar que ocupaban en la consideración general y de los camaradas soviéticos era de primer nivel, “por la importancia de la elaboración teórica de Rodney Arismendi y sus aportes a la interpretación marxista de la nueva realidad latinoamericana luego de la revolución cubana”, ese era el lema que se repetían para auto convencerse de que eran chicos pero bien montados.

Carlos había tenido una conversación muy especial y personal con Rodney antes de aquel viaje. Era la clásica entrevista de cuadros que hacía el Primer Secretario con aquellos militantes a los cuales designaría una tarea específica de su exclusivo conocimiento.

Dari Mendiondo, por los caminos montevidéanos

Federico Martínez y José Kechichian me habían dicho que Carlos militó en la clandestinidad muy pegado a Dari, en el frente de organización de Montevideo. Lo llamé y acordamos una tarde. Debo reconocer, cada vez le iba tomando más miedo a estos viejos memoriosos que hablan sin parar y sin entrar de lleno al asunto central que me interesa: la vida y la militancia de aquel maestro de la Teja. Con esa precaución entré en puntas de pie a conversar con “el Dari” como lo conocen todos.

Conocí a la familia de Carlos. La madre, Teresita Rodríguez obrera del frigorífico Nacional. El padre, el Tito, obrero mecánico, originalmente metalúrgico, trabajaba en el centro de automovilistas del Uruguay, fue compañero de gremio con Pedro Toledo que trabajaba en Homero de León en aquel entonces.

Después todos nos encontramos en el Partido Comunista. No recuerdo bien si él entró al taller de AMDET antes del congreso de unidad sindical del gremio metalúrgico o fue posteriormente. Ese congreso fue en el año mil nueve cincuenta y tres y se realizó en el viejo cine Boston. Gerardo Cuestas, Rosario Pietrarroia y Pedro Toledo representaban las tres corrientes del sindicato de la época aquella.

Carlitos, hijo único de dos militantes en un movimiento sindical y en un Partido en el que nos conocíamos todos. Los primeros de mayo, los aniversarios del Partido en setiembre, los siete de noviembre aniversario de la revolución soviética, nos encontrábamos siempre. Y, particularmente, en las

luchas obreras, de alguna u otra manera estábamos vinculados.

Además, yo fui miembro del comité ejecutivo de la UGT ⁹ desde mil nueve cincuenta y cinco en representación de la juventud. En ese cuarto congreso de la UGT, que se hizo en el antiguo Zhitlovsky quedó como secretario general Enrique Pastorino (1918-1995) y Gerardo Cuesta (1917-1976) de presidente.

¿Por qué digo todo esto? Porque Roma Chassale, hermana del Tito, era la secretaria rentada del local de la UGT en Uruguay y Río Branco. Ahí se engancha Gerardo con Roma y después fueron pareja por el resto de sus vidas.

Gerardo era un gran formador de cuadros; un racionalista por excelencia y eso atraía a los jóvenes con inquietudes.

Con el paso del tiempo yo pasé a trabajar en el ferrocarril. Luego renunció a ese trabajo para convertirme en funcionario del Partido y paso a ser secretario de organización de Montevideo. Y ahí me encuentro con la familia Chassale en concreto: Carlitos militando en la UJC y el Tito militando en los talleres de AMDET. La famosa agrupación de talleres, integrada, además, por Tomás Rivero, O'Neill, los hermanos Shurov y tantos compañeros. Se reunían los miércoles en la calle Sierra 1720.

Luego, Carlitos ya se había recibido de maestro y trabajaba en la Escuela esa de Carlos María Ramírez y Rivera Indarte creo que es o una cuadra más allá. En

9 Unión General de Trabajadores uruguayos que existió entre 1942 y 1959 para dar paso al proceso de unidad que culminó en 1966 formando la CNT y desde la salida de la dictadura en 1985 PIT-CNT

esa escuela, frente a la plaza Lafone, trabajó hasta que se lo llevaron preso desde allí mismo. Su compañera también era maestra. Y vivían en un apartamento que había en una calle corta, que no me acuerdo el nombre, entre Miguelete y Nueva York.

Él integraba el comité departamental de Montevideo del PCU por el frente de educación. Yo pasé a ser el secretario de organización luego del golpe de estado y Carlos asumió como encargado de cuadros. La política de cuadros que tenía el PCU era una política de formación teórica y a su vez de continuidad del trabajo práctico. Se trataba de seguir el desarrollo de los cuadros hasta que logran su plena realización con responsabilidades que el Partido les iba dando en la medida que progresaban. En un Partido que se consideraba de cuadros y de masas y se trabajaba para eso.

Por tanto, convivíamos mucho en el trabajo clandestino por nuestras tareas.

Su compañera fue una de las primeras, o la primera, que conoció el "Infierno" del trece de caballería de la avenida Instrucciones. La llevaron presa en julio o agosto, la torturaron, y luego la tiraron de un auto en el Prado. Así nos enteramos de que existía algo nuevo en la modalidad represiva contra el Partido.

Se incrementó la represión, cayó Carlitos y entonces el encargado de cuadros de Montevideo pasó a ser Héctor "Meme" Altessor. El fichero de cuadros pasó de unas manos responsables a otras, pero nunca cayó en manos de la represión. El que cayó en manos de la represión fue el fichero general microfilmado pero este fichero selectivo no.

Yo caí preso el 20 de diciembre de 1975. Se puede decir que hasta febrero de 1976 cuando cae la dirección encabezada por Gerardo Cuesta, teníamos una política de legalidad a medias. Se buscaba mantener el vínculo con la gente, no despegar los cuadros de la masa. Era un riesgo, pero fue lo que impidió que la dictadura se consolidara. Por eso Carlitos cayó dando clase en su escuela de la Teja.

Es muy probable que hubieran actuado de esa manera para amedrentar a la población. En el esquema de formación militar los tipos dicen que en una guerra lo primero que hay que bombardear es a los hospitales y a las escuelas, para generar terror entre la población civil inocente.

En el Infierno del "300 Carlos" mi número fue el 2271, en el Penal de Libertad fui el 2116. Y salí de la cárcel el 14 de febrero de 1985.

A finales de abril de 1976 llegué al Quinto de Artillería y me dieron el número 84. Allí me encuentro a Carlos Chassale, a Federico Martínez y a un grupo de compañeros que habían pasado antes por el Infierno.

Había algunos a los que ya se les había levantado la incomunicación, mientras que había otros que seguían vendados, aislados del resto. Por encima de esa barrera, logramos establecer una dirección partidaria encabezada por Alberto Altesor, Carlitos, Federico y yo. Formamos los equipos de fajina de seis lo cual nos permitió compartimentar. Había nueve médicos que se turnaban para hacer guardia con los enfermos y en particular en la atención a Carlos.

Me olvido de alguno de los nombres de los médicos, pero recuerdo a Hugo Sachi, Tito Pais, Batista, Mandresi.

A Carlos lo vuelven a llevar al “Infierno” por el aparato militar del partido. Ya estaba muy mal de su salud y lo maltrataron.

Cuando regresó del “Infierno” hablamos, me contó que tenía un coronel amigo de la familia, creo que había sido jefe de policía, vinculado al sistema y que se jugó para que lo liberaran por el problema de salud.

Carlos llegó a decirme, luego que fue al juzgado y firmó su libertad, de que estaba todo arreglado para salir del país.

Hubo tiempos en los que la guardia no estaba tan espesa como al final de ese período que pasamos en el Quinto. Los mandos se dieron cuenta que de alguna manera le entrábamos a la tropa. Un maestro como Hugo Rodríguez se encontró con un ex alumno entre los soldados. Un conductor de tranvía, Salvador Escobar, que se encontró con que el hijo de un compañero suyo era el cabo de los perreros. Otro soldado había tenido a su madre enferma y se la había atendido uno de los médicos presos allí. Un gaucho de Rivera, como yo, que habla en portuñol igual que la mayoría de los milicos de tropa; todas esas coincidencias generaban elementos de convivencia pacífica. Se producía un debilitamiento del control, ya no éramos los “pichis”.

Cuando los mandos se dan cuenta de esa situación de relajamiento del control sobre nosotros, sustituyen a

los cabos por sargentos y sub oficiales a cargo de las guardias.

Pero esto que quiero contar ocurrió al principio, cuando estaban los cabos. Era tanta la confianza que se había generado, que nos dejaban solos adentro del galpón y ellos salían afuera a fumar, a conversar, a tomar mate. Dejaban todo en la puerta del galpón; y en una de esas veo una bolsa con galletas, voy y les saco cuatro o cinco. La preocupación permanente era que a Carlos había que darle más comida, más leche y más pan.

Y en ese momento que estoy con las galletas en mis manos recién sustraídas de la bolsa, entra el cabo y me ve.

- ¡¿Qué está haciendo?! ¡Me está robando galletas!

- ¡No mi cabo, se las estoy tomando prestadas!

Un domingo en el que estaba de guardia médica Mandresi, Carlos desmejoró. Yo le digo a Mandresi: apretá a Maraboto para que libere a Carlos y decile que, si no lo hacen, ellos serán los responsables de que se les muera aquí. ¡Maraboto firmó la libertad ese día! ¡Al otro día cuando llegaron los oficiales del S 2, desataron una brutal represión porque habían sido pasado por arriba con aquella liberación de Carlos! Vinieron al galpón y tiraron todo, hicieron una requisita completa y minuciosa.

Dari Mendiondo Bidart, nació en 1934 en Rivera. Trabajador metalúrgico y ferroviario. Fundador de la UJC en 1955. En 1966 fue electo edil suplente por Montevideo y miembro del Comité Central del PCU.

En 1971 volvió a ser electo edil. Preso político entre 1975 y 1985.

De 2004 a 2015 fue edil departamental de Montevideo por el sector de Rafael Michellini (el Nuevo Espacio) dentro del Frente Amplio.

Dari el memorioso falleció el 7 de abril de 2020.

Osmar Lechini, tano de Salto

Otro viejo de ochenta años, enterito, muy bien conservado físicamente y clarito en su pensar y decir. Federico Martínez lo nombra junto a Carlos como uno de los compañeros que fueron seleccionados por “el viejo” Alberto Altesor para organizar a los comunistas presos en el cuartel V de Artillería después de haber pasado todos por el “Infierno Grande del 300 Carlos”.

Para mí, Carlitos es la imagen del comunista cabal, integro. Estaba jodido, vos lo veías: le daban una pichicata y él se reanimaba, enseguida aparecía su sonrisa, enseguida aparecía un cuaderno y un lápiz y se ponía a dibujar. Vos notabas que su vitalidad iba desapareciendo día a día. Pero jamás una queja o algo parecido.

El servicio de inteligencia de aquella época se debe haber preocupado muchísimo por la metida de pata que hicieron con haber liberado a Carlitos. Desde el punto de vista médico es cierto que se estaba muriendo, la prueba es que se murió poco tiempo después. Pero el poquito tiempo que le quedó de vida afuera, les hizo un hueco tremendo con todas las denuncias que realizó.

Su testimonio con los dibujos que reproducían las torturas a las que nos sometían en el “Infierno del 300 Carlos” llegó hasta la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

Los tipos de inteligencia de la dictadura se deben haber preguntado: “¿Qué hicimos? ¿Por qué no lo dejamos morir en la cárcel?” ¡Mataron a tantos!

Creo que ese es el valor más grande que pude atesorar de Carlos en ese corto tiempo que compartimos en el Quinto de Artillería después de haber pasado por el “300 Carlos” del 13 de Caballería.

Me llevaron al Penal de Libertad en agosto de 1976, mi número fue el 2025, al frente y a la espalda del mameluco, hasta el 14 de diciembre de 1984 cuando me liberaron. Salí tres meses antes de la amnistía.

Junto con Alberto Altesor son casos que te marcan. Ejemplares de hombres, camaradas. Duros de verdad, siempre con los dientes apretados ante el dolor.

Me tocó todo el recorrido siempre cerca de Alberto. Primero la casa de Punta Gorda, unos días en la Cárcel del Pueblo, otros días en otro lugar que nunca supimos cuál era, llegamos al “300 Carlos”, el Quinto y después el traslado al Penal.

Yo tenía cuarenta años cuando caí preso. A mí me agarró bien la cana, estaba bien físicamente, estaba en plena actividad, laburaba, bien comido.

Las discusiones entre nosotros los presos en el galpón aquel del Quinto se hacían en voz baja, un poco clandestinas. Teníamos permanentemente una guardia encabezada por un cabo con cinco soldados y nunca sabíamos cuál de todos ellos era un S 2.

Aquella era una barraca pelada, para ir al baño había que pedir permiso y ellos te llevaban cuando querían, allá a las cansadas.

La verdad, una lección que aprendí para siempre es la de no preguntar para que no te pregunten. Cuanto menos supiera, mucho mejor para cuando tocara caer

preso. Por esas tareas en las que yo estaba, no preguntaba ni observaba lo que no correspondía y tampoco permitir que nadie se inmiscuyera en mis cosas. La pasé mal de cualquier manera, pero lo mejor es no saber mucho.

En esos meses entre finales de 1975 y principio de 1976 se afirmaba la parte más jodida de todas las dictaduras, de la región, y no solo de esta que sufrimos nosotros. Sin embargo, no recuerdo ningún compañero de esos que estuvimos allí en el Quinto con Carlitos que se sintiera derrotado. Era una confianza muy grande en las reservas que había en el pueblo uruguayo. Unos más, otros menos, pero todos tenían mucha esperanza en una salida.

Osmar es nacido en Salto hace ochenta años. El apellido Lechini es “napolitano o algo parecido”, lo trajo el abuelo de allá, anterior al ‘900. Unos recalaron en Paysandú, los menos, otros a Salto y una tanda que fue a Santa Fe. Se cruzaron con vascos, Argetoytía.

Cayó preso el martes 22 de octubre de 1975. Trabaja, desde siempre, en un puesto en el Mercado Central –lo que sea en materia de frutas y verduras. Allí estaba cuando lo metieron en el Infierno y allí volvió al otro día mismo de salir del Penal de Libertad. Es más, vino a la entrevista después de una jornada de sábado en el Mercado.

Así, cortito y al pie, como vino se fue Osmar de mi casa: pidiéndome disculpas por no recordar muchas más cosas de Carlos, “militábamos en frentes distintos”.

40 años encadenan mi soñar

La pesca con reel era uno de los pasatiempos de Carlos. Había observado que aquellos pescadores solitarios a la orilla del río-mar se podían pasar horas con su caña enhiesta como un mástil de bandera con un solo hilo. Los había estudiado durante muchos días. Hasta que se decidió a ser uno más de ellos.

Resultaba el mejor pretexto para establecer los contactos de su actividad secreta dentro del Partido. Por eso actuaba con puntualidad inglesa. Iba dos veces a la semana a la misma hora, pero en puntos distantes uno del otro.

No siempre citaba a alguien, más bien la mayoría de las veces la pasaba solo, dándole besos a una petaca de grapa, invariablemente pronta entre sus artículos de pesca. Y los contactos eran de los más variados, siempre breves, en muy pocas ocasiones se extendían más de quince minutos.

Entre sus relaciones sociales nadie daba crédito a aquella afición, en cambio la consideraban una excentricidad pasajera y esporádica. Quienes sí lo tomaban en serio eran sus compañeros de militancia más cercana, pero él les solicitaba que no lo divulgaran porque “el enemigo necesita conocer nuestros hábitos y no se los podemos regalar en bandeja”.

Algunas veces lo vieron en la Escollera Sarandí...o creyeron que era él, pues se disfrazaba de pescador de una manera tan creíble que en nada podía semejar al maestro de túnica. En otras ocasiones casi fue descubierto en el Puertito del Buceo o en la Playa Ramírez o en el Dique Mauá.

Para quien compartía casa-habitación con él no era ninguna novedad que siempre volviera de esas excursiones sin haber pescado absolutamente nada. Entonces, pasó a ser un secreto compartido entre dos.

En los días del XI Festival Internacional de la Juventud y los Estudiantes, segunda quincena de julio de 1978 en La Habana, se reunieron ciento treinta y cinco uruguayos que viajaron desde veinticinco países del exilio. Se comentaba muy en secreto, un pequeño grupo de militantes clandestinos había llegado para tener reuniones ultra reservadas. Para nada serían vistos en público.

De esa manera, entre esos militantes ocultos entre las imágenes de aquella Habana de fiesta juvenil estuvo Antonia Yáñez, profesora de literatura, compañera de estudios de Nibia Sabalsagaray¹⁰. Pero eso lo supimos después de la dictadura y con el retorno de la democracia cuando Antonia salió del Penal de Punta de Rieles.

A la habitación del hospital oncológico de La Habana, donde fue a parar Carlos luego del último empuje del cáncer linfático, llegó de visita Marina Arismendi, con un reel de regalo.

10 Nibia Sabalsagaray, profesora de literatura y militante comunista, muere a los 24 años, el 29 de junio de 1974, a consecuencia de las torturas recibidas en Batallón de Ingenieros N°5



Carlos junto a su madre Teresa Rodríguez, en Alamar, La Habana, Cuba.

Olguita, una nieta postiza

Olga Fernández Ogando. Nació en La Habana en el año 1976, sus padres, comunistas uruguayos exiliados, acababan de llegar desde Buenos Aires. Luego de la muerte de Carlos Chassale, el 14 de agosto de 1978, la madre de este, Teresita Rodríguez de Chassale pasó a vivir junto a su familia en el Reparto Peñas Altas-Guanabo, en un apartamento de micro brigadas ubicado en aquel barrio balneario al este de La Habana.

Comienza sus recuerdos dirigiéndose a mí:

En realidad, vos sabés que Teresita era muy tierna pero también muy dura. Bien de esa generación a la que le costaba demostrar debilidad. Mantenía el recuerdo de Carlitos como una militancia, pero no dejaba lugar para el llanto. Ella decía que cuando pensaba en él, claro que se ponía triste, pero que enseguida se acordaba de Mariana Grajales. Recordaba que a ella le habían matado a todos sus hijos y que aun así no se permitía llorar.

Mariana Grajales fue una heroína de la guerra de independencia cubana del colonialismo español; fue la madre de los Maceo. Antonio fue el combatiente más relevante, aunque integra la tríada de libertadores cubanos junto a Máximo Gómez y José Martí.

Trataba de pensar en que, si su hijo había sido un revolucionario, ella también debía mantenerse firme. Pero, sobre todo, le gustaba recordar a Carlitos como maestro de escuela y su vínculo con los niños.

Me acuerdo que ella contaba de la preocupación de Carlitos por la pobreza en la que vivían sus alumnos de la escuela “Yugoeslavia” de la Teja; entonces me decía que se gastaba el sueldo entero comprándoles zapatos, ropa, útiles. Dos por tres le decía: “Mamá, ¿me prestás plata?, porque fulanito no tiene tal cosa, no tiene tal otra”. Cuando Carlitos se quedaba sin plata, le pedía a la madre para comprarle cosas a sus alumnos.

Yo creo que esa era y es una preocupación común de los maestros de la escuela pública. Sobre todo, en las escuelas de barrios más pobres. Y Carlitos era un maestro así.

Otra cosa que contaba la abuela Tere era que Carlitos a veces grababa a sus alumnos. Le encantaba grabar las conversaciones de los niños en la clase o en los juegos en los recreos. Tere contaba que ella pasaba por la pieza de Carlitos y lo escuchaba reírse a carcajadas cuando volvía a oír aquellas grabaciones. Esas grabaciones correspondían a una preocupación permanente por el desarrollo de sus alumnos.

Otros recuerdos de los que hablaba la abuela Tere: fue maestro rural, en realidad poco tiempo porque creo que fue parte de una práctica. Contaba cómo Carlos, que nunca había fumado, durante esa etapa fumaba en chala. O también que armó un equipo de fútbol con los alumnos de la escuela rural.

Antes de estudiar Magisterio, se inscribió en la carrera de arquitectura y por razones económicas no la pudo continuar. Así que la otra pasión de Carlitos de la que me hablaba la abuela era el dibujo. Me decía que era capaz de reproducir a la perfección cualquier cosa. Y

por eso, entonces, pudo testimoniar también con dibujos los duros momentos que vivió cuando estuvo preso. Carlitos hizo un plano del “infierno” e inclusive logró dibujar algunas de las sesiones de tortura.

Sobre el fútbol me acuerdo que contaba que se había hecho hincha de Nacional porque le dieron a elegir de chiquito entre varias pelotas con colores de otros cuadros y eligió la tricolor. Pero aparentemente a medida que fue creciendo esa preferencia cambió.

Te cuento destellos que me vienen ahora a la mente en estos momentos.

De la militancia de Carlos no tengo recuerdos que me haya contado la abuela, más bien guardo las palabras de Tomás (Rivero) o mi padre. Pero la abuela sí me contó que a Carlitos lo había afectado mucho lo de los mártires del seccional 20 del PCU, en particular lo de Alberto Mendiola. Porque él había vivido un tiempo con ellos en la misma casa y habían sido muy compinches.

De la caída de él, contaba que lo fueron a buscar a la escuela y que después sus alumnos no querían volver a clases porque no entendían por qué se habían llevado así de la escuela al maestro. Los grupos que le tocaban a él siempre eran los más complicados, los niños con mayores problemas. Venían hacia él, lo buscaban, porque les daba la dedicación que todos los niños merecen, le tenían mucho cariño. Esos niños vivieron el trauma de ver cómo los milicos se llevaban de los pelos a su maestro. Esa imagen tan traumática que tuvieron que vivir esos niños también la marcó mucho a ella.

La abuela Tere participó de todo un movimiento para que liberaran a Carlitos argumentando lo de la enfermedad de cáncer que ya padecía y los medicamentos que no le estaban proporcionando. Cuando se lo llevaron, los milicos también allanaron la casa que compartían la abuela y Carlitos. Era una vivienda en una cooperativa, a la que accedieron con mucho sacrificio y que perdieron al irse al exilio. En el allanamiento, destrozaron todo, pero lo que la abuela recordaba con más bronca era que destrozaron o se llevaron los dibujos y cuadernos de Carlitos.

Con relación a su infancia, me contaba que Carlitos tuvo un primo por el lado de madre al que él adoraba. Al crecer se le rompió ese “espejismo”. Fue por razones políticas y le provocó mucho dolor. No tanto porque su primo fuera de derecha sino por sus posturas desde el punto de vista de clase. Carlos hacía honor a su origen obrero, tenía un sentimiento de pertenencia de clase muy genuino, que tenía que ver con que su familia era de origen obrero. Y una de sus primeras decepciones fue, entonces, ver cómo alguien, a quien quería tanto, se transformaba en lo contrario a lo que él pensaba.

Cuando Carlos era niño la familia vivió en el local del PCU del Cerro. Allí vivieron un tiempo, seguramente desde entonces conoció a Mendiola.

Tere trabajó en el frigorífico Nacional y en el Artigas. Se jubiló como obrera de allí. Ella había venido desde Portugal con 18 años y enseguida comenzó a trabajar de sirvienta. Había nacido en un pueblo llamado Bragança. Ella vino sola, aunque acá ya había otra hermana. Y después de ella, también se fueron viniendo otros hermanos desde Portugal.

Trabajó en un lugar cerca del taller donde trabajaba Ernesto, Tito. Ella pasaba por la puerta del taller todos los días y Tito le empezó a decir: “¿Por qué no se arregla conmigo y deja a ese?, que yo soy un trabajador”. Y Tito le fue entrando así, desde esa perspectiva, sin piropos. Y la convenció. La abuela decía que Tito le abrió los ojos a la vida. Como mujer y como comunista. Porque él ya era militante del Partido. Luego ella entró a trabajar al frigorífico.

Carlos era hijo único, había nacido el 30 de junio de 1945 y murió el 14 de agosto de 1978. Pero Tere y Tito habían tenido otro hijo antes que murió siendo bebido, Ernestito.

Del período del frigorífico, reivindicaba que como delegada del frigorífico y comunista debía ser la mejor trabajadora y no faltar nunca ni llegar tarde. Por eso también tenía una convicción muy firme de cuáles eran sus derechos y sus deberes como obrera que transmitía a sus compañeros. Recordaba con mucha emoción las luchas de los frigoríficos y su desprecio rotundo hacia los carneros. Las represiones frente al palacio legislativo en los tiempos de las Medidas Prontas de Seguridad, cuando los obreros bajaban del Cerro por el puente del Pantanoso. Los milicos llegaban a interceptarlos y dejaban a todo el Cerro aislado.

La abuela recordaba también cuando iba a vender el diario del Partido a las puertas de las fábricas y más de uno le gritaba: “¡Putá! ¡Andá a lavar los platos!”

Detestaba las frivolidades, por eso mismo, fue una alegría enorme para ella cuando “los Gómez” dejaron de pertenecer al Partido. Si bien era muy disciplinada,

no concebía el nivel adquisitivo ni la autoridad que imponían. No era obsecuente y ante la muerte de Stalin también dio muestra de ello. Fue en la etapa en la que Arismendi atendía el Cerro. En honor al “camarada Stalin” el Partido había dado instrucciones de que en la fachada de todos sus locales fueran colgados moñas o listones negros. La abuela se negó a hacerlo. Arismendi (a quien ella admiró y respetó siempre) le reclamó por eso y ella mantuvo su posición con firmeza. Así fue como el Local del PCU del Cerro fue el único que no rindió honores al “camarada Stalin” en Montevideo.

Carlitos sufrió mucho cuando murió Tito, su papá. Entonces escribió una cantidad de poesías que reflejan ese dolor y que llegaron a ser publicadas bajo el título: “Una mirada firme y gris como el acero”.

Siendo muy joven, Carlitos se casó con una compañera de Magisterio. La abuela contaba que él la había querido mucho y que separarse de ella le había causado mucho sufrimiento. Pero luego se enamoró de Yolanda, otra compañera de profesión y militancia a quien también quiso mucho, tanto que su deterioro en el tramo final de su enfermedad tuvo que ver con la noticia de su caída presa, me decía.

La abuela llegó a La Habana un tiempo después que Carlitos. Hay fotos por ahí de ellos dos en Alamar.

Cuando Carlos murió, Tere se fue a vivir con mis padres hasta 1984. En ese mismo año regresó a Uruguay.

Hasta que la abuela murió, en el 2000, nunca dejó de tener la misma actitud de firmeza. En el 1996, mi

hermana y yo volvimos a La Habana de paseo. Previamente, le preguntamos a la abuela si tenía algún recado o si quería alguna cosa. Ella que amaba a Cuba y que estaba muy feliz por nuestro viaje, lo único que nos pidió fue que fuéramos al cementerio de Colón, no para visitar la tumba de su hijo, sino para averiguar si había que realizar algún trámite con relación a los restos de Carlitos. Cuando fuimos a averiguar, el compañero que nos atendió en el cementerio nos dijo que Carlitos había sido sepultado con honores de héroe y que a menos que su madre solicitara otra cosa, sus restos siempre iban a estar en ese mismo lugar. Salimos del cementerio llenas de emoción. Habíamos visitado la tumba de Carlitos, sabiéndolo un héroe para los revolucionarios de su patria, pero también para la revolución cubana que él tanto amaba.

Cuando regresamos a Uruguay se lo contamos a la abuela. Por supuesto que no se quebró. Nos dijo que estaba tranquila de saber a Carlitos allí: "no podría estar en mejor lugar que en Cuba" nos dijo.

Ramón Negro, el médico que acompañó a Carlos en Cuba

Cuando concertamos la entrevista me dijo: No hay muchas personas de las que te pongas a hablar un buen rato y no encuentres una cosa mala para decir. Carlitos era una de esas personas.

El doctor Ramón Carlos Negro había llegado a Cuba integrando el MLN Tupamaros desde Santiago de Chile, luego del golpe de estado contra Salvador Allende.

Al sentarnos en su casa para hablar de Carlos Chassale, se ubica en los días y el lugar exactos:

En julio de 1978 se organizó el festival mundial de la juventud y los estudiantes en La Habana. Nosotros, la delegación uruguaya, estábamos en la escuela "Lenin". La delegación estuvo integrada por comunistas de años, tupamaros de años.

Carlos tenía un linfoma. Cuando estuvo preso en el "300 Carlos", en el "Infierno grande" del cuartel 13 de infantería en Montevideo, lo torturaban allí donde más le afectaba a su enfermedad. Lo trataban todo el tiempo de "canceroso". Además del maltrato físico, le agregaban la crueldad psicológica de recordarle su condición de tener una enfermedad maligna. En esa época era una enfermedad terminal, ahora hay algunos linfomas que se curan.

En lo cotidiano, él no hablaba una palabra de su enfermedad. Él trataba de vivir lo que le quedaba de vida con mucha alegría. Era transparente para todos y, para mí como médico, era más transparente todavía.

Yo observaba que iba adelgazando un poquito cada vez. Había días en los que estaba agotado, pero siempre su alegría estaba presente. Se le ponía la cara terrosa y, sin embargo, la sonrisa no se le borraba.

Cuando vino toda la delegación uruguaya desde veinticinco países, los que éramos huéspedes en aquella escuela “Lenin” nos sentíamos obligados a atender a todos y cada uno, más allá de lo que es esperable de un buen anfitrión. Pero, además, teníamos que ayudar a preparar los testimonios para el “Tribunal la juventud acusa al imperialismo”.

Cada día que avanzábamos en la preparación de aquellos testimonios, yo observaba con bastante preocupación a Carlos y pensaba: ¿Cómo hace este hombre? Y me acordaba de José Martí: “Vale más una idea justa en el fondo de una cueva”. Carlos nunca se movió de sus ideas, era una roca ideológicamente hablando, no por falta de ternura ni flexibilidad en su pensamiento.

En la piscina de aquella escuela “Lenin”, Carlitos se tiró a nadar durante todos los días en los que estuvimos allí. El doctor Ricardo Caritat, mi maestro, amigo y colega, me preguntaba cómo lo veía. Yo le contaba todo esto y nos preguntábamos: ¿hasta cuándo va a resistir?

Logró vivir unos pocos días después que se terminó el festival. Ya cuando fuimos a dar el testimonio al “Tribunal”, en el Capitolio de La Habana, donde él relató la barbarie por la que había pasado en los centros de tortura aquí en el Uruguay, Carlos comenzó a sentir unos dolores fortísimos en el abdomen. Conseguí que los compañeros cubanos me

facilitaran gotas de láudano. El láudano es una tintura de opio diluido en alcohol. Entonces, le di cantidad suficiente de gotas para que se le calmara el dolor.

Así fue que, aliviado, pudo pasar a dar su testimonio. No obstante, aquel dolor abdominal me pareció un signo peligroso. Lo conversé con Ricardo, y el flaco se puso alerta también. Como él era, de los dos, el que tenía teléfono, en la noche le avisaron que la salud de Carlos se había desmejorado.

Al amanecer de aquella larga noche, Ricardo, con los ojos nublados, me dijo que Carlos había muerto. Una noticia que no por esperada fue menos brutal, por aquello que siempre decimos: los hombres así no deben morir. Es un disparate científicamente hablando, aunque es una aspiración, irrealizable, pero muy sana y humana. Antes de terminar la jornada en la clínica de terapia intensiva del Hospital Militar, nos fuimos con Ricardo a la funeraria de Calzada y K en el barrio El Vedado de La Habana. Ricardo había ido con toda la familia. Y ahí fue donde se dio esa escena en la que, de alguna manera, quedó demostrado que detrás de la armadura de caballero de acero, Ricardo, además, tenía un corazón tierno.

Estábamos los dos en la habitación de al lado de la recámara donde estaba el ataúd con el cuerpo de Carlitos, y, de pronto, nos avisaron que debíamos ir a despedirnos. Ricardo se paró primero que nosotros junto al ataúd y comenzó a llorar desconsoladamente. Entre la esposa, Sara y la hija, Silvana, lo abrazaron y se lo llevaron para la habitación contigua.

¡Todos estábamos desconsolados, pero él tuvo el coraje de manifestarlo!

Errante en las sombras

En cuanto supe que Hugo tenía una versión distinta a todos los testimonios que había recogido sobre Carlos, quise verlo, digerirlo con mis propios ojos y oídos. Enseguida accedió, con la única condición, quiso llegar hasta mi casa, diferente a la mayoría de los ancianos con los que me había reunido: todos, o casi todos, prefirieron que yo fuera a sus casas.

Asistió más que en hora. Se encargó de subrayarlo: “me gusta ser puntual como en los viejos tiempos”.

No es mucho lo que te puedo aportar. Es más, lo que te puedo decir no es nada bueno.

Yo lo sabía, estaba preparado para recibir el golpe a cuarenta años de inocencia, de sana credulidad, abrazado a una historia que habíamos construido entre muchos, reafirmada por no menos de diez testimonios que en los últimos días me habían consolidado aquella vieja idea: “los vidrios se quiebran, los hombres mueren de pie”, como repetían los nicas en los tiempos de la épica sandinista.

Nos encontramos en el ‘300 Carlos’. En la sala de interrogatorios él me dijo: ‘hablá sin problemas que ya dije todo’. Ahí lo bajaron y el milico me mostró unas cuerdas que estaban colgando y me dijo: ‘colgate de ahí’. Después tuvimos una discusión una noche en la cual nos tiraron a dormir tapados por el mismo poncho militar, yo le recriminé lo que había dicho, ¿por qué me había señalado como responsable de algo?.

Utiliza sobre entendidos, no me da los nombres de ninguno de los otros compañeros.

Hay dos testigos más de esto que te digo así tal cual sucedieron los hechos, pero, no te puedo dar sus nombres sin que ellos me autoricen, están vivos y andan en la vuelta. Vos discúlpame que yo te diga todas estas cosas. Seguramente no te ayudan en nada en tu trabajo.

La respuesta no la tenía, pero me salió como estudiada: ¡al contrario, me sirve mucho lo que me decís porque me da elementos como para matizar la visión que tengo y para ver la otra cara de la luna!

Y como para profundizar, me agrega: Mi trabajo hasta último momento, hasta el día antes de caer el 22 de octubre de 1975, fue muy pegado al Ruso (Bleier) y a él (se refiere a Carlos). Yo hacía las entrevistas de cuadros. Y con él preparábamos todo lo que eran las casas de seguridad donde se iba a reunir el secretariado.

Luego continuamos hablando de los elementos de la realidad nacional, de la percepción que tenemos cada uno sobre lo que está sucediendo.

En las horas y los días posteriores a escuchar esa andanada de palabras, comienzo a razonar. Repaso los datos de la realidad que, por otra parte, siempre estuvieron al alcance de mis ojos. Vuelvo a leer todos los testimonios, cotejo, razono, considero, evalúo, repaso cada palabra. Paso por varios tamices toda la información que he logrado reunir, pero no puedo apartar esa imagen de Carlos que vuelve como un fantasma.

Stella Cerrutti, doctora y murguista

Stella llegó a La Habana exiliada en setiembre de 1976 junto a sus tres hijos pequeños de cuatro, nueve y diez años, Martín, Hugo y Carla Sacchi. Desembarcó en el Reparto Alamar, al edificio D 22, apodado por los uruguayos como “el Conventillo” pues los veinte apartamentos fueron ocupados por orientales charrúas.

El primer apartamento que le asignaron estaba en un quinto piso y al poco tiempo pasó al Segundo, allí ya estaba Carlos Chassale instalado. Compartieron con él unas cuantas semanas hasta que la vida tomó otro curso.

Stella se emociona y hace esfuerzos por recordar más, más detalles. Trata de nombrar a cada uno de los ocupantes de esos veinte apartamentos del “Conventillo”.

Este encuentro para hablar de Carlitos comenzó unos días antes cuando supe que Carla, la hija, guarda celosamente el folleto con las letras de la “murga uruguaya en Cuba”. Stella se enteró y enseguida quiso colaborar en la memoria.

La primera murga, el germen de la murga que luego se presentó en julio de 1978 en el “Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes”, hizo su presentación pública el 28 de setiembre de 1976. Era el día del Comité de Defensa de la Revolución (CDR) y los uruguayos del “Conventillo” quisieron agasajar a sus vecinos cubanos del edificio que se levantaba enfrente, cruzando una angosta calle interior.

La letra era de Carlos, pero también él participó en el coro. Confiesa, hasta ella que “no tengo voz para nada”, también cantó. Y se larga a cantar un fragmento:

“A unas cuadras de La Habana/ Como
yendo pa la costa

Hicieron un pueblo nuevo//Donde vive
gente posta

Estribillo

“Decime Stella donde está el nene/Mirá
Mariela lo fue a buscar

Compró un cigarro y una mulata / lo
anda paseando por Alamar”

Fueron llegando de a poco/ a los
bloques de la costa/

Los tranquilos uruguayos/ Como
manga de langostas

Al verlos llegar de a poco/ vino una
mujer y dijo

Deben ser trabajadores/ de la fábrica de
hijos

Estribillo

A las seis de la mañana/ ya lo sabe el
vecindario/

Los de las manos callosas/ al trabajo
voluntario

Al verlos llegar de noche/ eso sí que nos
da pena/

Porque no les queda fuerza/ ni pa tirar
la cadena

Estribillo

Fuimos al supermercado/nos dieron
una libreta/

Y para comprar la leche/ nos dieron una
tarjeta

Un cartón para las papas/ un cartón
para los pollos/

Vamos a terminar comiendo/ arroz con
papel en rollo

Estribillo

Usted sabe que es en broma/ lo que esta
murga ha cantado

Pues sabemos cuánto cuesta/todo lo
que nos han dado

Hoy muy lejos de la patria/ esperando
el regreso

Abrazando a los cubanos/ recordamo' a
nuestros presos.

¡Gracias cubanos por la casita por la
cuchara y el tenedor

¡Por esa mano de pueblo hermano que
hizo con sangre revolución!

(Se repite el final)

Los vecinos cubanos no captaron mucho la letra y lo poco que pudieron entender no les gustó. Era muy difícil para ellos poder comprender la ironía oriental uruguaya, y porque también aquel 1976 significó el aterrizaje de la colonia comunista charrúa en tierra de los caribes. Con el paso de los años todos nos haríamos, unos más otros menos, unos bilingües perfectos.

Esas primeras semanas en Alamar donde compartieron apartamento con Carlos, Stella lo acompañó a realizarse las aplicaciones de quimioterapias en el hospital oncológico.

El primer día fue terrible. Nos llevaron en un auto del organismo cubano que nos atendía, pero al terminar ya no nos esperó. Tuvimos que salir a buscar un taxi en medio del calor tropical del mediodía habanero. Llegamos hasta la parada de la guagua 215 en el Vedado y desde allí hasta Alamar.

Hablábamos mucho. Me contaba la experiencia de la tortura, los interrogatorios, los largos días y meses dentro de un cuartel. Hablaba de la muerte. Los milicos se habían ensañado con él hasta de manera psicológica. Antes de largarlo le dijeron que lo hacían para que se muriera. Y le explicaron con lujo de detalles cómo iba a ser la evolución del cáncer de linfa que tenía.

La verdad, vivió mucho más. Le alcanzó para cumplir con la misión que se había propuesto. Eso pienso yo. Como médica, pero también con algo de bruja que tengo: él se propuso un objetivo que fue llegar al tribunal del festival de la juventud y realizar su 'yo acuso al imperialismo' y allí si se consideró cumplido con la vida.

Pero también hablábamos mucho de literatura. Le gustaban las novelas de Jorge Amado, y sobre todo el personaje de Teresa Batista. Esa mujer que volvía a ser virgen cuando se enamoraba como la primera vez.

Después de esas primeras semanas, Carlos comenzó a visitar Tarará (balneario cercano a Alamar) donde estaban viviendo provisoriamente todos los tupamaros de la 'columna guacha'. Aquellas visitas estaban expresamente prohibidas por la famosa compartimentación, creo que de parte del departamento América del Partido Comunista cubano, pero se rompió cuando nos empezamos a encontrar en las guaguas y por las calles de La Habana.

Yo creo que Carlos se enamoró de una compañera tupa y se fue a vivir con ella a Tarará.

Vivió aquellos meses intensamente. Se lo veía realizando una actividad detrás de la otra. Escribía, dibujaba, participaba en todas las actividades. Se quiso beber hasta la última gota de vida antes de que se le terminara.

Tengo miedo del encuentro

Aquel Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes en La Habana, en el verano caribeño de 1978, fue una explosión de color y alegría. Para los uruguayos que estábamos en Cuba significó recibir a más de cien compatriotas que viajaron desde veintitantos países del exilio.

Explosión de emociones por muchos reencuentros, intercambio de experiencias –en Uruguay antes de salir y en el país de acogida-, de neuronas que se disparaban y también de hormonas revolucionadas. La música y el contexto que pusieron los anfitriones ayudaba.

Venían orientales de todas partes, de los más diversos puntos del planeta. Hasta llegaron uruguayos de origen representando a juventudes de países donde vivían como desterrados.

Yo vi, no me lo contaron, vi llegar a Alfredo Zitarrosa a la beca de la Escuela Lenin –en el predio del parque del mismo nombre- donde se alojaban las delegaciones latinoamericanas, llegó con su valija y una caja de botellas de ron, las ubicó debajo de su cama y enseguida reconoció a Numa Moraes que lo esperaba, guitarra en mano, dispuesto a cantar lo que el maestro le solicitara. Numa cantaba y Alfredo lloraba repitiendo bajito: “el niño que canta como los pájaros”.

Fuimos a un recital de la Nueva Trova con todas las delegaciones latinas. Allí cada delegación se sintió en la obligación de corear consignas antiimperialistas. Todas eran muy repetidas, nosotros –los uruguayos- pudimos meter unas originales gracias a la presencia militante del Gallego Manuel Capella experto en rimas y versos.

La Habana fue una fiesta. Para los que vivíamos allí, palpamos desde el lado de adentro el fenómeno: era una fiesta preparada para que lo fuera, con todas las garantías de seguridad, no debía ocurrir ningún atentado, ni tampoco ningún sabotaje y no sucedió nada más que el encuentro de muchos mundos.

La piscina olímpica de la escuela “Lenin” se convirtió en un centro de reunión y jolgorio del grupo de cantores populares uruguayos que asistieron. El Sabalero, Marcos Velázquez, Roberto Darwin, Manuel Capella, Numa un poco menos, formaban rondas y se tiraban algún chapuzón. Zitarrosa desentonaba paseándose de traje y corbata junto a sus colegas de vez en cuando.

Carlos maravilló nadando con estilo muchas piletas y hasta creo haberlo visto haciendo algún picado desde el trampolín –olímpico también.

Cuando se tienen veintiún años se admira a los treintañeros y se los considera “nuestros mayores” dignos de respeto y veneración. Eso me ocurrió con Carlos y los cantores populares. Ellos tenían toda una historia para contar y la contaban, además de que cantaban y, en el caso de Carlos, lo veneraba por su pasado reciente, además era poeta, dibujaba y era maestro.

Quien más quien menos, cada uno tuvimos un flechazo de Cupido en aquellas circunstancias. El mío, igual que otros, inocentes y cándidos, fue comentado de manera festiva y sin tapujos. Hubo otros, en cambio, mantenidos en el secreto de las conversaciones de comadres y compadres. Este fue el caso del de Carlos

que, para colmo, recibió la reprobación y los rezongos de quienes conocían de cerca su vida en pareja.

¡¿Y qué?! Podemos exclamar hoy sabiendo cual fue el desenlace de su corta vida, o, para otras opiniones: si se hubiera cuidado un poco más tal vez su final no hubiese sucedido de forma tan repentina.



Carlos junto a la doctora Elena Curbelo. Foto tomada por Beatriz Stolovich en la Escuela Lenin de La Habana, primeros días de julio de 1978.

Beatriz, el Festival y Carlos

Beatriz Stolorowicz es otra de las ciudadanas “urumex” que se quedaron viviendo en el país azteca y mantiene fuertes lazos afectivos con su patria de origen. A sugerencia de Freddy, el “Correcaminos”, le envié un correo exploratorio para saber si quería colaborar con su testimonio sobre Carlos. Inmediatamente respondió emocionada, “conmovida” fue su palabra exacta. Es poco lo que voy a contarte y muy intenso para mí, fue su introducción.

Estuve con Carlos Chassale en el XI (Onceno decían en la isla) Festival de la Juventud y los Estudiantes en la Habana, en julio-agosto de 1978. Fue el inesperado lugar de reencuentro de muchos compañeros y compañeras de la Juventud que estábamos en distintos países de exilio, en mi caso desde México. Estábamos alojados en la Escuela Secundaria Lenin. Pasamos muchas horas con Carlos. El tiempo no alcanzaba para hablar de tanto y de tantos. Estaba rebosante de alegría, con la certeza de que nada había sido en vano. Hacía planes.

Una tarde estábamos conversando con María Elena Curbelo. Hacía poco que la habían operado de la columna, de un tumor que también le había avanzado con la tortura. Aún estaba en silla de ruedas, pero contenta porque el pronóstico era bueno. Los dos eran un himno a la vida. Tengo guardada con amor esta foto de los dos, tan expresiva, que quizá sea la última foto de Carlos.

Si no me equivoco, fue la tarde del 5 de agosto en la que Carlos se sintió mal. Se recostó en su cama, quiso tranquilizarme asegurando que pronto se sentiría

mejor. Los compañeros salieron a alguna actividad y yo me quedé con él. Al rato tenía la respiración muy agitada, sentía mucho dolor. Fui a buscar ayuda con los compañeros cubanos, que enviaron una ambulancia para trasladarlo al Oncológico en donde lo trataban regularmente. Pasé la noche y el día siguiente con él, hasta que llegó la querida Teresa, su mamá. No olvido su doloroso rostro.

El 7 de agosto teníamos que regresar a México. Yo no quería dejarlo así, pero me discipliné. Esperaba de verdad que superara esa crisis. El 14 de agosto, el Colorado, Luis Echave, me buscó para decirme que Carlos había muerto. Otro 14 de agosto tan tristemente inolvidable. Tras el dolor, guardé dulcemente en mi corazón el privilegio de haber compartido con él esos días maravillosos. Carlos, con su hermosa juventud, era un ser excepcional. Y luchó hasta el final.

La doctora María Elena Curbelo (1945-2020) fue una de las rehenes tupamaras y fueron, junto a Carlos, los dos testimonios uruguayos en el “Tribunal la Juventud acusa al imperialismo”, donde denunciaron los atropellos y barbaries contra nuestros pueblos cometidos por las dictaduras sudamericanas en los años '70, en el marco de lo que, ahora se conoce como el “Plan Cóndor”.

Raúl Luzardo, maestro de Durazno

Uno de los testimonios que me faltó fue el de Nilsa Luzardo. Lamenté llegar tarde, cuando comencé con este proyecto ella había muerto. La conocí viviendo con Carlos y luego también conocí a un hermano menor que llegó a La Habana y estudió medicina, Ernesto. A él recurrí para poder obtener más información. Con buen tino, ellos, los Luzardo, hicieron entrega de todo un “archivo Carlos Chassale” a la Fundación Rodney Arismendi; textos y dibujos producidos por Carlos en La Habana que conservó Nilsa.

Le hice saber de mi intención manifiesta, recoger los testimonios orales de quienes lo conocieron de manera directa antes que se pierdan. Así fue que llegué a Raúl, alias el Nino, otro de los hermanos de Nilsa.

Conocí a Carlitos en Durazno a mediados de los años 60. Él venía a la ciudad desde Montevideo durante las vacaciones de verano. Aquí tenía a sus tíos, tías y primos. Como vivíamos en el mismo barrio nos juntábamos a jugar el fútbol en el terreno que pertenecía a la familia Robano-Chassale.

Era muy apasionado jugando al fútbol sin perder la gracia y las bromas. Para nosotros era algo especial ya que venía de la capital y nos contaba detalles sobre las estrellas de fútbol de los equipos capitalinos, sobre todo, de Peñarol y Nacional.

Más tarde, en los años 70 nuestra relación adquirió otro carácter acentuándose en lo político. En esos años yo viajaba seguido a la capital como consecuencia de mi actividad política-sindical. Los dos éramos

maestros. Es así que llegamos a profundizar sobre la formación política de los militantes tanto políticos como sindicales. Para Carlitos la actividad central de su militancia fue la política en el Partido Comunista.

Por supuesto que a partir del Golpe de Estado el 27 de junio de 1973 fue casi imposible encontrarnos para charlar. Luego se produjo su detención y las espantosas torturas a las que fue sometido.

Luego vino mi exilio con una breve estadía en Ciudad México para luego trasladarme a la entonces RDA.

Allí me enteré de la liberación de Carlitos y su traslado a Ciudad de México desde donde voló luego a La Habana. Según las informaciones que recibimos en la RDA, Carlitos llegó a México en condiciones deplorables. Los médicos cubanos que lo atendieron inmediatamente hicieron todos los esfuerzos posibles para recuperarlo destacándose, entre ellos, el Dr. Marinello. Mi hermana María Nilsa se ocupó de Carlitos y por ella recibía noticias de él en la RDA.

En marzo de 1978 volé a La Habana. Para mi asombro, encontré muy bien a Carlitos. Durante mi estadía retomamos nuestras conversaciones y un tema ocupó el centro de ellas. En el mes de julio tendría lugar en La Habana el Encuentro Internacional de la Juventud y los Estudiantes y Carlitos preparaba su denuncia y allí pensaba incorporar también el caso del asesinato de nuestro hermano Luis Roberto.

Por supuesto que le aporté toda la información necesaria en lo que participó también mi hermana. Por iniciativa de Carlitos pude conocer personalmente al escritor Alfredo Gravina con quien compartimos varios "motivitos".

A mediados de agosto del mismo año recibí en Berlín la noticia del fallecimiento de Carlitos. Alcanzó a denunciar ante el Tribunal las torturas a las que fue sometido en Montevideo...

Después de mi estadía en La Habana y comprobar la energía vital de Carlitos, no esperaba ese final.

Como sucede casi siempre, nos conocemos o tenemos referencias, en un país con tan pocos habitantes y sobre todo cuando pertenecemos a generaciones muy cercanas, sabía de la historia dolorosa de los hermanos Luzardo, pero quise que hiciera él las precisiones.

Somos diez hermanos. Carlos y Guillermo, respectivamente, estuvieron seis y doce años en el Penal de Libertad. Nilsa, compañera de Carlitos en La Habana, presa y torturada por Campos Hermida en Jefatura, debió ser internada y operada en el Hospital Militar en setiembre de 1972; allí pudo encontrarse con mi otro hermano, Luis Roberto quien yacía parapléjico en la Sala 8 consecuencia de un balazo recibido en un enfrentamiento, murió el 12 de junio de 1973.

Nilsa falleció en el año 2010 con sesenta y cinco años. Yo me recibí de maestro en marzo de 1970. Trabajé en la escuela rural No. 247 en la Colonia Rosell y Rius, en la Escuela de Carlos Reyles (Molles), en la Escuela del Carmen y en la No. 10 de la ciudad de Durazno. Luego estuve preso y tuve que exiliarme. Desde hace unos cuantos años, volví y aquí estoy.

*Testimonio de Carlos Chassale en el XI Festival Mundial de la juventud y los estudiantes
La Habana, 1978.*

Compañero presidente y demás integrantes del Tribunal. Escuchando recién a esta gran personalidad que es Antonio Maidana yo medía la inmensa importancia que tiene esta oportunidad que me da el Tribunal, no tanto en lo personal, sino en lo referido a mi pueblo, a la lucha de mi pueblo por poder denunciar aquí la situación que vive Uruguay, los trabajadores y la gente del pueblo.

Yo me llamo Carlos Chassale. Soy maestro uruguayo y fui secuestrado el 7 de noviembre de 1975 por un grupo de individuos no identificados. Me encontraba en ese momento en mi lugar de trabajo, la Escuela No. 9, del barrio La Teja en la ciudad de Montevideo, barrio proletario. Eran aproximadamente las 10 y 30 de la mañana. Fui liberado nueve meses después, al borde de la muerte.

Durante todo este tiempo permanecí en diferentes centros de torturas, donde me fueron aplicadas diferentes formas y técnicas de torturas junto a cientos de compañeros.

Al ser detenido realizaba un tratamiento médico intensivo por padecer una grave enfermedad, un cáncer de linfa, conocido como “mal de Hodgkin” y la supresión del tratamiento médico y las torturas recibidas agravaron mi enfermedad poniéndome al borde de la muerte en no menos de tres oportunidades. En tal situación fui procesado, acusado de asociación subversiva por pertenecer al Partido Comunista de Uruguay y condenado a una pena oscilante entre los seis y los dieciocho años de cárcel.

El 4 de octubre de 1978 cumplo veinte años como militante comunista, primero de la Juventud y luego del Partido. Soy un trabajador de la enseñanza y considero que mi vida ha sido útil. Ella ha transcurrido en función de mis ideales. Soy estrictamente consciente de los peligros que corría. Nada hice engañado o confundido. Si no me hubieran detenido aún estaría en mi patria enfrentando a los fascistas. Ni la inhumana presión que hicieron con mi enfermedad, ni las torturas, ni las amenazas de muerte pudieron doblegarme. Supe mantener una actitud correcta a pesar de lo difícil de la situación. Y hoy me siento unido más estrechamente a los que nunca denuncié y me siento más comunista y más patriota que nunca.

Ante este prestigioso y representativo Tribunal acuso al actual régimen uruguayo de haberme secuestrado, torturado ferozmente durante nueve meses y haberme amenazado de muerte, de haber amenazado a mi familia, de haber intentado usar mi grave enfermedad para convertirme en un traidor. Acuso a la dictadura fascista de torturar a cientos de uruguayos, la acuso de asesinatos y de violación de todos los derechos humanos.

De mi lugar de trabajo fui retirado en un vehículo, con los ojos sellados por una ancha banda de esparadrapo y conducido a un lugar no identificado.

Mis captores me explicaron por el camino que ellos consideraban que estábamos en guerra. Y que por lo tanto yo no era un preso sino un prisionero de guerra y que en la guerra estaba todo permitido, por supuesto la tortura y el asesinato.

Mucho tiempo más tarde supe que me habían llevado a una construcción ubicada en el predio del 13e. Batallón

de Infantería Blindada sito entre las calles de las Instrucciones y Camino Mendoza en la ciudad de Montevideo. Los que allí estuvimos lo bautizamos con el nombre de “El Infierno”. Al llegar a ese lugar pude ver, por el orificio que se forma entre el esparadrapo y las aletas de la nariz, una gran puerta corrediza de metal, custodiada por hombres vestidos de civil y que portaban armas automáticas. Caminando a tientas me di un fuerte golpe contra un vehículo estacionado cerca de la entrada.

En el lugar se oía música estridente y gritos espantosos de hombres y mujeres, además de ladridos y radios que transmitían palabras incomprensibles con voz monótona. Me fueron tomados los datos personales.

Fui maniatado con una cuerda de nylon trenzado y vendado nuevamente, por encima del esparadrapo, con un trozo de bayeta de tela rústica, de la que se usa para uniformes militares, se me colocó un cartel en el cuello con el número 117 y se me dijo que, ésa era mi identificación desde ese momento. Y siempre bajo amenazas me dijeron que debía esperar para ser interrogado.

Permanecí tirado durante tiempo considerable. A mi alrededor había gente tirada en el suelo. Algunas mujeres, especialmente las más jóvenes, gemían y lloraban. Los guardias reían y las insultaban. Pude ver, de la misma forma que expliqué anteriormente, a un joven a quien mantenían de pie con la mano izquierda atada al tobillo derecho, y al que manoseaban. Divisé también mucha gente desnuda, paradas con las piernas abiertas, algunos de los cuales cantaban o gritaban. Mientras, otros lloraban o permanecían en silencio.

Pude comprobar después que las reacciones de cada uno de nosotros eran absolutamente diferentes. Y que

no siempre el silencio o el gemido indicaban temor, de la misma manera que no siempre el insulto o la reacción a gritos indicaba tener más valor. En determinado momento fui arrastrado por una escalera de madera a un lugar donde un grupo de individuos comenzó a interrogarme. Por esa escalera fue arrojado el ingeniero José Luis Massera y como consecuencia del golpe sufrió una fractura de pelvis. Yo tuve oportunidad de verlo después.

Al no tener resultados positivos iniciaron una conversación que giró sobre temas tales como la situación económica del país, los ilícitos económicos, los problemas políticos y sociales y un supuesto plan subversivo que el Partido Comunista prepararía según ellos con apoyo de la Unión Soviética y en particular de Cuba.

Opiné con cautela sobre los diferentes temas y negué las afirmaciones con firmeza, pero también con cautela. Al darse cuenta mis captores que no tendrían los resultados que buscaban comenzaron entonces a emplear otros métodos. Me amenazaron con usar de mi enfermedad, con traer a mi madre de 64 años y torturarla delante mío, con matarme y hacerme desaparecer.

Me trasladaron entonces a la planta baja. Me pusieron de plantón, posición de pie, con las piernas muy abiertas, el cuerpo erguido, sin beber ni comer y haciéndome las necesidades fisiológicas encima. En esta posición estuve la primera vez cerca de dos días, junto con un grupo considerable de hombres y mujeres, la mayoría, desnudos y descalzos. Nos caíamos, nos vencía el sueño, nos levantaban a golpes... Cuando la cabeza caía sobre el pecho, ellos aplicaban un aparato que para mí era una especie de picana eléctrica

pequeña, portátil, bajo las mandíbulas o en las orejas o en la nuca. Cuando por el cansancio juntábamos los pies, los separaban a golpes en los tobillos...Permanentemente nos golpeaban en los riñones, en la espalda y la cabeza. Eso se repitió durante todos los meses que estuve allí. Y debo decir que era una de las formas de tortura más soportable. Fui conducido después de esos dos días nuevamente a la planta alta donde me revisó un médico. O al menos una persona que ellos decían que era médico. Pude verle la cara y algún día podré reconocerlo. No sé el nombre. Me palpó en el suelo, sobre el orín y los vómitos, aleccionándome constantemente para que hablara. Inmediatamente comenzaron a golpearme en la cabeza, en la cara -tuve infección en un ojo por largo tiempo- me golpearon en los riñones y en los testículos. Eran puñetazos y patadas y a veces golpes con una madera.

No sé cuánto duró esta paliza ni las otras que me dieron durante mi detención. Como estaba con los ojos vendados, me golpeaban contra las paredes y los objetos que había en la pieza, incluyendo golpes contra otros detenidos que también eran castigados en esos momentos. Luego me ataron las manos a la espalda con cables gruesos que me produjeron lastimaduras y comenzaron a izarme con una cadena que pasaba por una polea hasta que quedé en el aire tocando apenas el piso con la punta de uno de los pies. Supe después que no quedábamos colgando totalmente sino que nos permitían apoyar la punta del pie porque era una forma de mantenernos conscientes, de que no nos desmayáramos. El dolor era terrible. Comenzaron a balancearme, lo que aumentaba aún más el dolor y luego se dieron a golpearme en otras partes del cuerpo produciéndome

entre otras cosas fracturas de costillas en la zona derecha. También me golpearon en la cabeza con una madera fina y más adelante sentí golpes eléctricos en diferentes partes.

No sé cuánto duró esta sesión. Pero recuerdo que cuando me soltaron me parecía que me arrancaban tiras de los brazos, al volverme la sangre a los lugares donde ya no estaba. Caí hacia un costado golpeándome fuertemente la cabeza contra un objeto agudo que me produjo una lesión en la frente y perdí el sentido.

Mientras me torturaban me interrogaban permanentemente. Parecía que sin esperar respuestas porque cuando interrogaban hacían una pregunta detrás de la otra de tal forma que si hubiese tenido posibilidad de contestar, no hubiese podido. Me preguntaban permanentemente sin esperar que yo contestara.

Recuerdo que gemía y ellos querían que yo gritara. La verdad que no sé por qué no grité. No fue por un exceso de valentía. No todos reaccionábamos igual ante sus acciones similares.

Luego me llevaron a la planta baja. Me dijeron que José Luis Massera secretario de mi Partido había traicionado. Que me lo iban a mostrar y que lo harían hablar delante mío para que yo no tuviera dudas. Me pararon delante de una persona que estaba tirada en un colchón sucio y me levantaron la venda. Efectivamente -allí estaba José Luis Massera. Apenas se movía. Tenía un parche en la frente. Estaba muy delgado y con una barba de varios días. Tenía ropa que pienso no era de él porque le quedaba muy grande. Por supuesto que no dijo nada.

Luego de insistir un rato me explicaron que se les había

lastimado al caer de la escalera. Y me volvieron al plantón.

En ese lugar se torturaba las 24 horas del día. Allí estaban juntos hombres y mujeres; en mi época en número mayor de 200. Se torturaba por grupos, en forma masiva, aplicándonos los mismos métodos sin distinción de sexos o edades. Casi siempre que me arrastraban, veía a Rita Ibarburu en el plantón, tenía las piernas muy hinchadas y a veces le sacaban un zapato para que quedara desnivelada. Rita es una mujer mayor de 60 años, al igual que Massera, pero allí había también integrantes de la Juventud Comunista que eran casi niños.

Una de las noches, un guardia en estado de ebriedad intentaba hacer beber aguardiente a una compañerita, que estaba par junto a mí. Ella se negaba. Yo quise mirar y el guardia me descubrió. Entonces vino hacia mí y me puso el vaso en los labios forzándome a beber, pero no lo hice. La muchacha lloraba y entonces el guardia acompañado por algunos más, volvió hacia ella. Comenzaron a manosearla y a decirle obscenidades. Luego la violaron.

Estas situaciones eran las más terribles. Porque la gente que estaba allí era conocida. Muchos eran amigos o amigas de años. Rita por ejemplo me conoce a mí desde que yo nací al igual que Massera. Yo conocí a sus esposos y a sus hijos. Había estado infinidad de veces en sus casas. Eran seres muy queridos para mí. Y era muy doloroso saber que los estaban torturando junto a mí.

Vinieron nuevas sesiones de tortura. Volví a ser colgado y golpeado.

Vino la pícana eléctrica y el submarino y otras cosas más, no nos trasladaban a la planta alta, debíamos

permanecer, cada día, catorce horas sentadas, en posición erguida, maniatados con los ojos vendados, sin poder hablar y sin poder mover las piernas. Nos llevaban muy pocas veces al baño por lo cual debíamos hacernos las necesidades encima. Lo que, sumado a la transpiración, a los vómitos y a la comida que se nos derramaba sobre el cuerpo nos cubría de olor insoportable. Las compañeras, además no tenían posibilidad de higienizarse cuando tenían la menstruación.

Durante nuestra permanencia en la planta baja éramos permanentemente molestados por la guardia que tenía órdenes expresas de no dejarnos tranquilos. Entonces nos golpeaban en los riñones y en la cabeza, y nos daban choques eléctricos con esa picana eléctrica portátil. Nos pateaban los tobillos y nos daban golpes de karate.

Algunos guardias se divertían por las noches corriendo por encima de nosotros. Cuando nos llevaban al baño, nos hacían poner uno detrás de otro y tomarnos de los hombros del que estaba delante. Ellos lo llamaban “el trencito”. Entonces ese “trencito” integrado a veces por 30 o 40 personas era conducido en dirección a los compañeros que estaban más maltratados y que no podían ni siquiera sentarse. Entonces todo ese “trencito” les pasaba por arriba varias veces por día... Era tremendo darse cuenta que uno había pisado a un compañero de lucha, que le había caminado por arriba de la cabeza. También nos hacían pasar el “trencito” por unos pozos, donde yo supongo que antiguamente hubo empotradas máquinas de carpintería o algo así, porque faltaban trozos del hormigón del piso. Entonces caíamos adentro de esos pozos –eran bastante profundos-, de allí nos levantaban a golpes. Armaban el

“trecito” de nuevo y nos llevaban a caernos a otro pozo.

Por las noches nos acostaban a todos juntos, hombres y mujeres, apretados sobre una manta sucia o sobre el piso sin nada debajo. Pero en general no nos dejaban dormir ya que sistemáticamente nos golpeaban, nos orinaban, corrían por encima de nosotros o nos levantaban para llevarnos al baño y golpearnos brutalmente para luego volver a traernos al lugar.

La música nunca cesaba. Eran 24 horas de música, incrementaban, levantaban el volumen cuando la cantidad de torturados era mucha y los aullidos eran demasiados. Yo no creo que ellos lo hicieran para que nosotros no escucháramos. Por el contrario, ellos se interesaban porque nosotros escucháramos como se quejaban los demás. Era también una forma de tortura. Esto sucedía permanentemente. Durante las 24 horas del día. Permanentemente se oía música y los gritos de la gente, permanentemente durante las 24 horas.

Se nos daba comida en mal estado. Y en general la leche estaba orinada.

No recibíamos atención médica y el enfermero de guardia era un torturador. Incluso uno de ellos, un homosexual, se ofrecía para cortarnos las uñas. Entonces, con un alicate, además de cortar la uña cortaba un pedazo de dedo. Y nadie podía negarse. Ese hombre, una de sus diversiones era recorrer las filas de gente sentada o acostada cortándoles las puntas de los dedos con el alicate. O sino caminar en forma sigilosa y refregar el miembro en la cara de algunos ya que nosotros no lo veíamos, no nos dábamos cuenta... Ese enfermero, cuando yo fui liberado, junto a otros compañeros lo reconocimos. Es un enfermero del Batallón No. 5 de Artillería de Montevideo.

Los médicos asesoraban y participaban directamente en la tortura. Incluso uno de los médicos que yo no pude ver, era el que indicaba dónde me debían golpear ya que por mi enfermedad los golpes en las zonas del hígado o el bazo son peligrosos y pueden causarme la muerte. Entonces les decía que me golpearan en los riñones, en la cara, en los testículos y no en esas zonas.

En esta situación estuve cerca de dos meses, dos meses así. Cuando me llevaron preso supuse que iba a estar una semana o dos. Que ahora me había pasado a mí. Que tenía que aguantar, que después me procesarían y que iría a la cárcel. Pero nunca me imaginé que podría estar dos meses siendo torturado permanentemente.

Hubo gente que estuvo más. Hubo gente que estuvo cuatro, seis, ocho meses, incluso más de un año en esta misma situación. De torturas permanentes, cotidianas, continuas, sin descanso.

Estuve cerca de dos meses, pero no pudieron sacarme ninguno de los datos que necesitaban.

Yo quiero decir que me fue muy difícil callarme. Que además tenía mucho miedo y que ese miedo me entraba cuando sentía que gritaban mi número. Que no conozco ninguna receta para no hablar. Pero que, en el momento, cuando parecía que me iba a quebrar, me acordaba de la gente que más quería.

Aquí Carlitos Chassale hace una pausa relativamente prolongada. Su emoción traba su fluida palabra...

Me acordaba de mi Partido, de mis compañeros, de mi madre...Y pensaba que no quedaría lugar en el mundo donde vivir si yo traicionaba.

Tuve oportunidad de conversar con otros prisioneros. Y comprobé que los horrores habían sido comunes a todos. Que incluso los míos habían sido menos que los demás debido a mi enfermedad. Como también que la mayoría absoluta de los compañeros había mantenido una actitud digna. Que había compañeras que estaban completamente deshechas, con serias lesiones en los órganos genitales y muchas con alteraciones nerviosas, amén de las que habían quedado embarazadas y las que habían hecho abortar o de aquellas que luego de haber sido violadas en reiteradas oportunidades estaban ahora en estado de gestación.

Estuve con compañeros que tenían la mayoría de las articulaciones destrozadas, que habían perdido la mayoría de los dientes y que presentaban zonas totalmente ulceradas por las quemaduras. Había varios con síntomas de deshidratación y muchos con serias alteraciones nerviosas.

Yo imaginé en varias oportunidades, en especial cuando había estado mucho tiempo privado de beber, ver a mi madre muy cerca que me alcanzaba un vaso de fresco líquido...Imaginé también estar en el campo a orillas de una corriente de agua o junto a una pileta llena de sucio líquido donde había gente que quería lastimarme. Hubo un compañero, ya de edad que suponía haber estado siempre a la orilla del mar.

Permanentemente trataron de quebrarme usando mi enfermedad. Me llamaban canceroso y los médicos se ocupaban de explicarme detallada y morbosamente la evolución que sufriría mi mal y las posibles consecuencias de las torturas. El mismo procedimiento utilizaban con un compañero hemofílico y con otros que padecían graves males. A Alberto Altesor poco

antes operado del corazón, lo torturaron durante 53 días consecutivos sin que pudieran sacar de este obrero, dirigente del Partido Comunista, una sola palabra que perjudicara a sus camaradas. Antes de retirarnos del “Infierno” nos obligaron a firmar un papel donde decía que habíamos sido tratados correctamente. Algunos compañeros ni siquiera podían tomar el lápiz entre sus dedos para firmar.

El grupo de torturadores que estaba dedicado a mí estaba dirigido por un individuo alto, canoso, joven, de ojos claros, oficial del Ejército que usaba el nombre de Oscar. El “Infierno” se identificaba en clave como “300 Carlos”. El grupo que me trataba como El Rojo y sus integrantes como Rojo 1, Rojo 2, Rojo 3, etc.

De “El Infierno” fuimos trasladados a otra unidad militar sita en la calle Burgues, el Quinto Batallón de Artillería. Allí se nos alojó primero en una caballeriza con piso de adoquines y llena de estiércol. No se nos torturaba tanto como en el otro lugar, pero debíamos permanecer también 14 horas por día sentados con los ojos vendados, maniatados y sin poder hablar. Además, por cualquier excusa se nos ponía de plantón o se nos golpeaba brutalmente. En pleno invierno, además, muchos compañeros fueron bañados con agua fría en la madrugada. La alimentación consistía en un poco de café con leche aguado por la mañana, agua sucia al mediodía y de noche acompañada por un minúsculo trozo de pan. Frecuentemente la comida no alcanzaba para todos. La verdad es que por primera vez en mi vida pasé hambre.

Durante muchos días no recibíamos alimentación. Traían poca y como éramos en ese lugar 87, ellos repartían a los primeros que encontraban o a los que ellos elegían y el resto quedaba sin comer durante días.

Al poco tiempo fui trasladado al Hospital Militar para que me hicieran análisis. Allí permanecí quince días. Fui atendido por un oncólogo de apellido Glaucius, que el compañero presidente del Tribunal ¹¹ debe conocer, director del Instituto de Oncología de Uruguay, un hombre aparentemente bondadoso, muy amable, pero en el fondo tan asesino como los que me torturaron.

Me alojaron en un pabellón donde había otros presos políticos, militantes del Partido Comunista, del MLN y de la Juventud Comunista. En la sala de mujeres se encontraba una compañera que hoy también va a declarar aquí, María Elena Curbelo. Los dos sabíamos que estábamos allí y nunca nos pudimos ver. Nos encontramos en Cuba hace poco, nos conocimos acá. Ella estaba en estado de postración desde hacía años. No teníamos autorización para conversar entre nosotros ni podíamos bajarnos de las literas. Pocos días antes de mi llegada uno de los prisioneros que estaba en malas condiciones físicas por los castigos recibidos, había intentado suicidarse ya que los militares le informaron que la mujer y la hija habían sido asesinadas. Él trepó por una de las ventanas y se tiró al suelo de cabeza rompiéndose la. Quedó con vida, pero no sé en qué situación está ahora...la herida era muy grande.

Nos atendió un médico, al que por su crueldad llamábamos el doctor Menguele. Tiempo más tarde me enteré del nombre de esa persona, del nombre y el apellido que lo va a dar la compañera María Elena en su denuncia. Ella lo conoce mucho más que yo. Yo en ese momento no sabía que él era un torturador también. Pensaba que simplemente nos atendía en el

¹¹ Carlos se dirige al Doctor Hugo Villar

Hospital. Pero también resultó ser un torturador. Es un médico joven.

Uno de los prisioneros que llegó al Hospital deshidratado y que padecía alucinaciones nos relató cómo vio morir a tres de sus compañeros, uno de ellos en la sala en que yo estaba, que, además, por ser antiguos militantes comunistas, eran amigos desde hacía muchos años. Creo que ese hombre se había vuelto loco.

En el Hospital no se me dio ningún tipo de atención específica y luego de pasados quince días me volvieron a llevar a la unidad militar. En peores condiciones. En esa época yo padecía fuertes dolores en las piernas, en los riñones, y en un costado, en la espalda. En el cuartel me atendía el Dr. Marabotto, hermano de un Juez, un individuo obsecuente y servil que para no tener problemas con los oficiales nunca hizo nada que pudiera aliviarme. Ni tampoco ayudó a la gente que estaba en malas condiciones junto conmigo.

Por el mes de marzo, llevando más de seis meses de incomunicación y en la situación que les he relatado, es decir con los ojos vendados, maniatado, ya llevaba seis meses así, sin poder caminar ni hablar, fui procesado en el mismo cuartel, en el Casino. Fueron separados los billares y los juegos de los oficiales y allí trabajó el “famoso” tribunal militar. Quien cumplió la misión del procesamiento fue un funcionario de la Justicia Militar que escribía a máquina con un dedo. No tuve la oportunidad de conocer al Juez, nunca le vi la cara ni al Actuario. Después de cinco minutos, cuando me tomaron los datos, les pregunté... bueno... ¿qué había pasado? Y este hombre me dijo que me habían procesado por asociación subversiva, por pertenecer al

Partido Comunista y que eso significaba que iba a estar preso entre 6 y 18 años. Ese fue mi procesamiento. Fuimos procesados 32 juntos. Creo que entre todos habremos estado cinco o seis horas allí adentro. En cinco o seis horas, 32 patriotas uruguayos pasaron a ser subversivos, condenados, en su mayoría de 6 a 18 años de prisión. Inmediatamente nos fue levantada la incomunicación. Eso significó que nos quitaron las vendas y las esposas, que podíamos fumar y hablar con el que teníamos al lado, enviar y recibir una carta cada quince días.

A pesar de haber sido procesados, volvimos al infierno en varias oportunidades. Algunos llegaron a estar más de quince días en el centro de torturas. Volvían sucios y lastimados. A mí me llevaron en reiteradas oportunidades.

En cierto momento uno de los jefes de los torturadores nos dijo que ellos nos iban hacer hablar que no soñaríamos que íbamos a seguir callando, que a ellos no les importaba el hecho legal del procesamiento y agregó que ningún juez militar, ningún comandante de cuartel ni ningún director de prisión –y agregó una obscenidad– podía impedir que ellos nos volvieran a torturar cuando lo creyeran conveniente. Efectivamente era así. Ellos nos retiraban de los cuarteles, los juzgados militares, las prisiones y nos llevaban al infierno ya procesados, nos volvían a torturar y muchos compañeros desaparecieron. Otros volvimos al lugar donde estábamos, pero muchos desaparecieron. Quiere decir que este grupo, este comando, esta organización fascista que se encarga del trabajo operacional de la tortura tiene plena autonomía y está por encima de todas las autoridades jurídicas, incluso de los comandantes de tropa, de batallones o de

unidades mayores. Así hubo compañeros que fueron torturados durante cuatro y seis meses y algunos como Jaime Pérez, secretario de mi Partido, durante más de un año.

Al principio, la relación con los guardias en el cuartel era muy difícil. A ellos los habían convencido de que éramos delincuentes, asesinos, amorales.

Pero a medida que transcurría el tiempo pudimos establecer un diálogo con los soldados. Supieron entonces que los prisioneros éramos gente del pueblo. Obreros, estudiantes, maestros, profesionales. Que nuestro delito consistía en haber realizado actividades políticas. Esta relación con los soldados nos permitió tener las primeras noticias del exterior.

Yo me enteré por uno de los soldados –no recuerdo si en enero o a principio de febrero–, la reaparición de nuestro periódico, de la “Carta” de nuestro Partido. Las imprentas de la Carta Semanal habían sido destruidas dos meses antes.

Por el mes de mayo de 1976 se me comunicó que existía la posibilidad de que la Justicia Militar me liberara bajo fianza, debido a mi estado de salud. En el mes de junio fui conducido al Juzgado militar donde firmé un documento que decretaba mi libertad. Mi enfermedad estaba en una etapa regresiva. Sentía dolores intensos en toda la espalda y en las piernas. Apenas podía caminar y para ello debía ingerir más de 200 miligramos de codeína por día. Hasta que llegó un momento en que no pude moverme. El médico y el enfermero del cuartel me retiraron en ese momento una dieta hiper proteica que me habían dado hacía una semana aproximadamente por considerar que ya estaba en plena recuperación. Los últimos dieciocho días los

pasé postrado en un colchón sin ingerir alimentos ni líquidos y sin realizar ninguna de las necesidades fisiológicas. Tenía fiebre permanente y traspiraba en abundancia. Había perdido 24 kilogramos y tenía una anemia muy pronunciada. Los compañeros me atendían sin disponer de medios y arriesgándose, me higienizaban y trataban de alimentarme con su propia comida que era sumamente escasa.

A los dieciocho días fui conducido a un cuartel de caballería donde me dejaron en libertad. De allí me dirigí a mi casa y rápidamente me asilé en la Embajada de México siendo mi estado de salud grave. Las autoridades se negaban a permitir mi salida del país. Por eso estuve viviendo un mes en una pieza de la cancillería mexicana sin tratamiento médico adecuado (ya que no se puede hacerlo en una pieza, sino que hay que hacerlo en un sanatorio) lo que empeoró aún más mi situación. Las consecuencias de los nueve meses de torturas y de la ausencia de tratamiento médico para mi enfermedad, son las siguientes: mi mal sufrió un atraso muy grande, estuve un año paralítico como consecuencia de una lesión en la médula ósea, estuve no menos de dos o tres veces por morir, tengo fractura de costillas y aún hoy sufro alucinaciones y alteraciones en el sistema nervioso que entre otras cosas me impiden dormir.

Deseo destacar algo. En primer lugar, la actitud que mantuvo la gran mayoría de los compañeros que estaban presos conmigo. En segundo lugar, la ayuda permanente que estos compañeros me brindaron en los momentos más difíciles. En tercer lugar, el papel que jugó la solidaridad internacional, en mi caso y en el de otros muchos. En cuarto lugar la actitud desinteresada

y fraterna del Partido y el pueblo cubano gracias a la cual estoy vivo.

Quiero que este Tribunal sepa que de la misma forma que yo, esta situación la vivieron más de 4 mil hombres y mujeres, que la represión, la tortura y el crimen no han cesado en Uruguay, que actualmente siguen existiendo los infiernos y que muchos patriotas son masacrados en ellos.

Quiero que este Tribunal considere que yo represento aquí a los compañeros asesinados en mi país, a los presos y torturados y a los que en la clandestinidad combaten contra la dictadura fascista. Quiero que el Tribunal sepa también que no acuso solamente a quienes me torturaron. Que quiero acusar al actual sistema de gobierno en Uruguay y particularmente a los verdaderos responsables de que mi pueblo viva este clima de terror, es decir a los gobernantes, a los que sirven a los intereses de la oligarquía financiera, especialmente al gobierno de Estados Unidos que habla muy demagógicamente e inhumanamente de los derechos humanos mientras permite que la CIA desarrolle sus macabras actividades en todo el mundo. Y también a los jefes militares fascistas, que no son todos, que han deshonrado el uniforme y la tradición artiguista de nuestras Fuerzas Armadas.

Deseo expresar también que no aliento ningún tipo de venganza personal, que considero que la venganza es un derecho y un deber de todos los pueblos sobre sus opresores. Que, a pesar de mi difícil situación sanitaria, trato de colaborar en las tareas de solidaridad que se realizan con mi pueblo y con todos los pueblos que sufren.

*Y que mi mayor deseo es poder volver a mi patria para poder ayudar a derrotar a la dictadura fascista y para junto a mis hermanos construir un Uruguay mejor sin fascismo y sin tortura, una sociedad regida por la justicia, la libertad y la felicidad de los hombres. Muchas gracias.*¹²

*La sala, de pie, aplaude prolongadamente.
Carlos Chassale ha dejado su mensaje de optimismo, su testamento político.*

Pocos días después, el 14 de agosto de 1978, muere en el hospital oncológico de La Habana.

¹² Testimonio extraído de la Revista "Estudios" No. 70 dirigida por Rodney Arismendi (en el exilio) de enero de 1979, pp 89 y ss.

Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes

Primer período ordinario de la XLVI Legislatura

62ª SESIÓN - N 3299 - 8 de noviembre de 2005 ¹³

República Oriental del Uruguay

Presiden los señores representantes: maestra Nora Castro, Presidenta y Juan José Bentancor 2do Vicepresidente

La Cámara de Representantes se reunirá, en sesión ordinaria, el próximo martes 8, a la hora 14, para informarse de los asuntos entrados y considerar el siguiente orden del día:

Maestro Carlos Chassale. (Designación a la Escuela N° 276 de Montevideo).

—Se pasa a considerar el asunto que figura en séptimo término del orden del día: "Maestro Carlos Chassale. (Designación a la Escuela N° 276 de Montevideo)".

Rep. N° 200 "PROYECTO DE LEY

Artículo Único. - Designase "Maestro Carlos Chassale", a la Escuela N° 276, del departamento de Montevideo, dependiente del Consejo de Educación

13 Véase completa en:
https://legislativo.parlamento.gub.uy/temporales/20051108D0062_SSN1124296.html#pagina38

Primaria, Administración Nacional de Educación Pública (ANEP).

Montevideo, 1º de setiembre de 2004.

León Lev, Representante por Montevideo.

Exposición de Motivos

Carlos Chassale nació el 30 de junio de 1945 en Montevideo, en un modesto hogar de trabajadores. Su madre, Teresa Rodríguez, era obrera de un frigorífico y su padre, Ernesto Chassale, trabajaba en el transporte del que fue un destacado dirigente sindical. Estudió magisterio y, junto a su actividad como maestro de enseñanza primaria, desarrolló desde muy joven una intensa militancia gremial y política. Manifestó, además, a través de la poesía y la plástica, una honda sensibilidad ante la peripecia del hombre de su época y la problemática social.

El departamento editorial de la Unión de Magisterio de Montevideo editó su temprana obra poética en el volumen "Una mirada firme y gris como el acero" de la que esta antología recoge algunos textos.

Cuando se instauró el régimen de facto de los setenta, por defender sus ideas sufrió cárcel y exilio. Asumió con valentía esta responsabilidad a pesar de su delicado estado de salud ya que padecía el cáncer de linfa llamado Mal de Hodgkin.

El 7 de noviembre de 1975 las Fuerzas Conjuntas irrumpieron violentamente en el aula de la escuela de La Teja donde trabajaba como maestro, y fue apresado delante de sus alumnos. La prisión aceleró su enfermedad, privado de atención médica adecuada y

ferozmente torturado. A mediados de 1976 las autoridades de la época lo dejaron en libertad al considerar que le quedaban horas de vida. Pero su entereza y el deseo de vivir y luchar le dieron fuerzas para asilarse en la Embajada de México.

A pesar de la esmerada atención médica que recibió en el exilio, su enfermedad, agravada por el cruel trato al que había sido sometido en la prisión, siguió avanzando y murió en el mes de agosto de 1978, a los treinta y tres años. La dictadura no había logrado silenciar su voz y peleó dura y dignamente por la vida, escribiendo hasta poco antes de su fin. En uno de sus últimos poemas dice:

*"A veces es necesario callar
escribir el poema con la piel
y ser, con los demás, simplemente".*

Recientemente se editó, con el título "Mi corazón sobre la tierra", una muestra de su poesía.

Los dibujos que se incluyeron en esta edición son también creaciones de Carlos Chassale. Su poesía trasmite su amor por la vida y un profundo humanismo. Su mirada se detiene, con penetración y ternura, en las memorias, los afectos. El cotidiano vivir, la infancia, los amigos, el hogar, la ciudad son evocados con emoción sencilla y contenida.

*"...Había unas manos grandes
los domingos
me sonreían los cubiertos en la
mesa...". (Infancia)*

No están ausentes las pasiones y contradicciones del espíritu, la muerte y las grandes interrogantes de la vida. El dolor de la época que le tocó vivir aparece en sus poemas, pero siempre en ellos hay una afirmación de la vida, de su fe en la dignidad del ser humano.

*"...Entonces deberé buscarme
otra vez la dignidad
me escarbaré las tripas
los bolsillos del saco
andaré los laberintos del cerebro
me chuparé las lágrimas
y con lo que tengo de humano
arrojaré mi cuerpo sin domingo..."*

Maestro vocacional, es recordado aún hoy por los que fueron sus contemporáneos por su dedicación y excelencia.

Su trayectoria de vida puede ser reflejo de la de muchos uruguayos de su generación. Nombrar una escuela con su nombre puede ser también una forma de homenajear a tantos anónimos y esforzados trabajadores de la educación que al mismo tiempo sacrificaron tanto de su vida por sus ideales y la defensa de la democracia.

Anexo I al
Rep. N° 200
Comisión de Educación y Cultura

Informe

Señores Representantes:

La Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Representantes, aconseja al Cuerpo nominar a la Escuela N° 276 como "Maestro Carlos Chassale", proyecto de ley presentado en el pasado período por el Diputado León Lev (...)

Sala de la Comisión, 5 de octubre de 2005.

Roque Arregui, Miembro Informante, Pablo Alvarez López, Juan José Bruno, Nora Gauthier, José Carlos Mahía, Julio M. Musetti".

Señor Mahía . - Pido la palabra.

- Señor Presidente: tengo algunos apuntes sobre el maestro Carlos Chassale que tuvo la gentileza de hacerme llegar el miembro informante original del proyecto, señor Diputado Arregui.

Al proponer al Cuerpo la designación con el nombre de Carlos Chassale a la Escuela N° 276 de Montevideo estamos haciendo, por decirlo de alguna manera, una especie de homenaje a una figura que en sí misma supuso muchos aspectos de simbología de la docencia de entonces. No me refiero exclusivamente al punto de vista académico, sino al punto de vista político general.

Carlos Chassale Rodríguez¹⁴ nació en Montevideo el 30 de junio de 1945 y fue hijo de una típica familia obrera. Su madre era empleada del Frigorífico Nacional y su padre era obrero del transporte. Falleció a los treinta y tres años, en 1978, en Cuba, fruto de una enfermedad y de la barbarie de la tortura a la cual fue sometido en nuestro país por haber militado por una sociedad más justa en la que -como sostenía-, según su concepción, no hubiese explotados ni explotadores.

Se recibió de maestro en febrero de 1967. Trabajó en la Escuela Rural N° 158 de Costa de Pando, donde, como es obvio, compartió la vida con el medio rural. Luego se desempeñó en la Escuela N° 9 de La Teja. Durante la dictadura lo llevaron preso, con los ojos vendados y esposado, delante de sus propios alumnos. Así lo sacaron de su clase los dictadores.

El señor Diputado Arregui me hizo llegar su foja de servicios de la Inspección de Enseñanza Primaria del otrora CONAE, que dice "Maestro interino", "Canelones", "C. de Pando", "1967" y establece: "Prohibido el ingreso al organismo. Circular N° 240 del 3/9/76.- Procesado: tratándose de docentes, no se les permitirá elegir cargos en ninguna jurisdicción escolar".

Como él, hubo muchos uruguayos que, por su condición ideológica, por su compromiso militante y por su actitud frente a la dictadura tuvieron que padecer esta proscripción. Hoy, mediante esta nominación que proponemos a la Cámara, pretendemos que se haga un acto más de justicia.

Era un hombre vinculado a los sindicatos -al hoy PIT-CNT-, un militante político del Partido Comunista, y por esa condición fue perseguido y, como dije,

14 Acá me permito aclarar que el apellido materno de origen portugués se *Escribía* con "s", *Rodrigues*.

torturado en el denominado "300 Carlos". Cuando fue liberado por la dictadura se pensaba que le quedaban muy pocos días de vida, pero su tenaz empecinamiento de pelearla le permitió seguir viviendo, irse exiliado a México y luego intentar un tratamiento médico en Cuba que no pudo superar.

Mientras vivió, presentó su testimonio en el Tribunal Internacional que funcionara en el marco del XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. Allí relató con gran fuerza lo que significaba para muchos uruguayos esa experiencia que les tocó padecer.

Según me trasmite el señor Diputado Arregui, cuentan sus amigos que en Cuba nunca perdió la perspectiva de volver a nuestro país, y mucho menos su alegría. Continuó allí organizando actividades de su sector político, del Frente Amplio y de la murga a la cual escribió sus letras, y también se dedicó a la literatura, escribiendo algunos poemas a los que se hace referencia en la iniciativa original, presentada por el ex Diputado y compañero León Lev.

Evidentemente, se trata de un caso de persecución política, de dignidad y de lucha por la vida. Es por eso que proponemos a la Cámara que haga suya esta iniciativa de la Comisión de Educación y Cultura y se pase a denominar con el nombre de Carlos Chassale la Escuela N° 276 de Montevideo.

Señora Pintos - Señor Presidente: me veo obligada moral y afectivamente a referirme a este querido maestro a quien tuve la suerte de conocer por ser colegas en la misma época.

Considero que a través de la nominación de una escuela con su nombre homenajeamos no solo a

Carlitos, sino también a la innúmero cantidad de docentes de este país, esforzados trabajadores de la educación, que se sacrificaron durante esa época negra de la que no hemos dado todavía vuelta la página en tanto que, a pesar de estar en democracia, tenemos muchas cosas que llevar adelante para que realmente esta se profundice y se haga lo que todos los uruguayos queremos.

Fueron muchos los trabajadores de la enseñanza que sacrificaron su vida por sus ideales y por la defensa de esta democracia. Este homenaje se hace para cumplir con Carlitos Chassale -que murió joven- y con el barrio La Teja.

Fue un maestro que no tuvo dificultades con la disciplina de sus alumnos, en tanto vivía con ellos y con las familias de sus alumnos. En lugar de las cuatro horas que le correspondían, dedicaba prácticamente las veinticuatro horas del día a realizar su tarea. Su mayor deseo, casi en los últimos momentos de su vida, era volver a su patria a fin de ayudar a derrotar a la dictadura que padecían sus conciudadanos.

Digo estas palabras sin que me duelan prendas, porque hoy yo soy comunista y parte de la dirección de ese Partido, pero en ese momento no lo era. Estos docentes, estos maestros, estos ciudadanos del Uruguay me llevaron a esa decisión de afiliarme al Partido Comunista. Entonces, no quiero que esta Cámara oiga mis palabras sobre él, sino que sería bueno leer el testimonio ante el tribunal -no lo voy a hacer en forma total porque sería muy largo- sobre lo que vivió este maestro, dedicado y artista. Le gustaba escribir y pintar, y como era joven decía: "La juventud acusa al imperialismo". Y si hoy lo tuviéramos con

nosotros, de repente estaría pintando o haciendo otras cosas para todo el Uruguay; pero eso no pudo ser. Voy a leer lo que él decía -no voy a hablar con palabras mías, porque sería poco valioso- de los momentos en que fue sacado de su lugar de trabajo. Decía así:

"De mi lugar de trabajo fui retirado en un vehículo, con los ojos sellados por una ancha banda de esparadrapo y conducido a un lugar no identificado. - Mis captores me explicaron por el camino que ellos consideraban que estábamos en guerra. Y que por lo tanto yo no era un preso sino un prisionero de guerra y que en la guerra estaba todo permitido, por supuesto la tortura y el asesinato. [...] Me fueron tomados los datos personales. Fui maniatado con una cuerda de nylon trenzado y vendado nuevamente, por encima del esparadrapo". Luego expresaba: "[...] se me colocó un cartel en el cuello con el número 117 y se me dijo que esa era mi identificación".

Desde ese momento, no era más Carlitos Chassale: era el 117. Entonces manifestaba: *"Y siempre bajo amenazas me dijeron que debía esperar para ser interrogado. - Permanecí tirado durante tiempo considerable. A mi alrededor había gente tirada en el suelo. - Algunas mujeres, especialmente las más jóvenes, gemían y lloraban. Los guardias reían y las insultaban. Pude ver, de la misma forma que expliqué anteriormente, a un joven a quien mantenían de pie con la mano izquierda atada al tobillo derecho, y al que manoseaban".* ¡Con lo que él quería a los niños y a los jóvenes y lo que daba por ellos!

Más adelante, decía: *"En ese lugar se torturaba las 24 horas del día. Allí estábamos juntos hombres y mujeres,*

en mi época en número mayor de 200. Se torturaba por grupos, en forma masiva, aplicándonos los mismos métodos sin distinción de sexos o edades".

Allí había una compañera, Rita, una mujer mayor de sesenta años, a la que también torturaban por comunista.

Continúo leyendo:

"Cuando nos llevaban al baño, nos hacían poner uno detrás de otro y tomarnos de los hombros del que estaba delante. Ellos lo llamaban 'el trencito'. Entonces ese 'trencito' integrado a veces por 30 o 40 personas era conducido en dirección a los compañeros que estaban más maltratados y que ya no podían ni siquiera sentarse. Entonces, todo ese 'trencito' les pasaba por arriba varias veces por día. Era tremendo darse cuenta que uno había pisado a un compañero de lucha, que le había caminado por arriba de la cabeza. También nos hacían pasar el 'trencito' por unos pozos", y sigue el compañero relatando esta situación.

Al final manifestaba: "Quiero que el tribunal sepa también que no acuso solamente a quienes me torturaron. Que quiero acusar al actual sistema de gobierno en Uruguay y particularmente a los verdaderos responsables de que mi pueblo viva este clima de terror, es decir a los gobernantes, a los que sirven a los intereses de la oligarquía [...]"; creo que no es importante seguir leyendo esta parte, a pesar de que son cosas que todos sabemos y decimos. Y continuaba expresando: "Y también a los jefes militares fascistas, que no son todos, que han deshonrado el uniforme y la tradición artiguista de nuestras Fuerzas Armadas. - Deseo expresar que no aliento ningún tipo de venganza personal, que considero que la venganza es un derecho y un deber de todos los pueblos sobre sus opresores.

[...] Y que mi mayor deseo es poder volver a mi patria para poder ayudar a derrotar a la dictadura fascista y para junto a mis hermanos construir un Uruguay mejor sin fascismo y sin torturas, una sociedad regida por la justicia, la libertad y la felicidad de los hombres. Muchas gracias".

Este Carlitos no puede disfrutar de lo que hoy disfrutamos; no puede ver la democracia ni los cambios que se están dando en este país. Pero sé que estaría junto a nosotros, llevando adelante los cambios, trabajando por su escuela, haciendo lo que le gustaba: pintar y escribir.

Muchas gracias.

Señor Presidente (Bentancor). - Queremos informar a la Cámara que están presente en la barra alumnos y maestros de la escuela N° 7 Juan Zorrilla de San Martín, de Nueva Palmira, Colonia, a quienes saludamos.

Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor Diputado Guarino.

Señor Guarino.- Señor Presidente: hace unos días, cuando el tema iba a ser incluido en el orden del día, la compañera Diputada Kechichian, quien propuso que este proyecto fuera retirado del archivo -como ya se ha dicho, la iniciativa viene de la Legislatura pasada y fue planteada por el entonces Diputado, compañero León Lev-, nos decía que se iba a ir con mucha pena al viaje que está realizando en este momento por la tierra de su familia, Armenia, ya que no podría estar presente en el homenaje a la figura de Carlos Chassale, por el que se designa con su nombre esta escuela. Yo le decía que no se preocupara, porque seguramente en la bancada habría voces que destacaran, como lo

merece, la figura del compañero Carlitos. Efectivamente, creo que así lo acaban de hacer, tanto el compañero Diputado Mahía como la compañera Diputada Pintos.

Simplemente, quisiera recordar una faceta de su corta estadía en el exilio. Como aquí se ha dicho, fue detenido en noviembre del año 1975 y, como también se ha expresado, fue sacado del aula de la escuela de La Teja y llevado a prisión, donde vivió las peripecias que recién se relataban.

Seguramente la prisión aceleró su enfermedad: privado de la atención médica adecuada y ferozmente torturado, esta se fue agravando a punto tal que a mediados de 1976 las autoridades de la época, de la dictadura, lo dejaron en libertad al considerar que le quedaban muy pocas horas de vida. Pero su entereza, como en su momento decía León Lev en la exposición de motivos, y el deseo de vivir y de luchar, le dieron la fuerza para asilarse en la Embajada de México. A pesar de la esmerada atención que los médicos le dieron durante el exilio, su enfermedad se fue agravando, pero eso no fue obstáculo para que, desde el exilio, cumpliera un papel muy importante en esos duros años de 1977 y 1978 como voz de denuncia de la dictadura uruguaya, contribuyendo, y mucho, a que se conocieran las condiciones en que se vivía en las cárceles del Uruguay y la forma en que se perseguía a los patriotas en este país.

Así fue que quienes compartimos esa época, también desde el exilio, pudimos llevar su testimonio y hacerlo repicar a lo largo y a lo ancho del mundo. Seguramente, eso contribuyó, con otras fuerzas que también estaban en el exilio en ese entonces -no todas del Frente Amplio, no todas del Partido Comunista,

no todas de la izquierda-, a crear ese gran torrente que sirvió para aislar a la dictadura y, conjuntamente con la lucha en el interior del país, para recuperar la democracia.

Creo que, a pesar de haber fallecido muy joven, la fecundidad de la vida de Carlos Chassale ha hecho un gran aporte a la literatura y al arte, y también a la enseñanza y a los maestros, por lo que su ejemplo va a ser tenido en cuenta.

Fue un gran militante, comprometido con su tiempo y, sobre todo, fue un gran compañero.

Muchas gracias.

Señor Varela Nestier. - Señor presidente: *"Yo tomo partido hasta cuando se discute la / orientación del viento. - Uno vive, / con esta vieja pena de saber que muere. / A veces algo se desprende / entonces nostálgico / me aferro a la infancia o a ti / que es lo mismo. / Con un perfume a madera / me viene el tiempo ido / sensación de haber soñado lo vivido"*.

- Los cuatro versos iniciales de dos poemas diversos y 'El alma', poema final del libro 'Mi corazón sobre la Tierra' resumen las diversas vertientes de la poesía de Carlos Chassale, diversas, más por lo general íntimamente imbricadas entre sí". Son estas opiniones de la profesora Graciela Mántaras Loedel, sobre el libro "Mi corazón sobre la Tierra", publicado por la Fundación Rodney Arismendi en homenaje a Carlos Chassale.

La de Carlos fue una poesía comprometida y militante, pero no panfletaria. Es la poesía hecha a partir de la existencia de un hombre de su tiempo, que supo ser coherente con su visión del mundo y que debió luchar con dos terribles enemigos a la vez: con

una cruel enfermedad que amenazaba su joven vida y con la decisión de jugarse por sus ideas, lo cual lo transformaba en una segura presa de la cacería desatada por la dictadura contra los militantes comunistas. A veces, se olvida el valor de aquel hombre o de aquella mujer que día a día, en solitario, reafirmaba su decisión de jugarse hasta las últimas consecuencias, armado o armada solo de su conciencia y de su convicción en un futuro cierto, más allá de las terribles circunstancias de su presente.

A Carlos lo rondaba la muerte, pero apostaba a la vida; la certidumbre de los riesgos solo afirmaba dicha actitud. La detención, las terribles torturas sufridas por él y las que vio sufrir a sus camaradas y el exilio que sabía definitivo, nunca lo llevaron a la autocompasión ni al desánimo. En sus poemas, como dice la profesora Mántaras:

“Hay, sí, dolor, pero serena y dignamente sobrellevado y expresado. Tal temple de ánimo, que a partir de su poesía y su testimonio podemos predicar de su persona, hace de aquella un producto en el cual ética y estética se mancomunan. No son muchos los ejemplos en que esto ocurre, y lo son menos en casos de poetas tan jóvenes (recuérdese que tenía treinta y tres años al morir), de no mediar esa siega temprana habríamos tenido una gran voz poética”.

Hasta ahora hemos lamentado especialmente las vidas truncadas por la dictadura, los cambios de destino que infligió mediante las desapariciones forzadas, pero hay que sumar a ello, a sus deberes, las obras de creación que abortó.

Señor presidente: no conocí personalmente a Carlos Chassale. Compartimos, sí, los mismos tiempos

militando en la misma organización política, y en su momento supe de su terrible peripecia y de su valeroso comportamiento. Hoy, cuando lo homenajemos poniendo su nombre a una escuela pública, sé que mucha gente sentirá que, de alguna manera, pagamos una deuda con quien no dudó en dar todo lo que tenía por recuperar para su pueblo la libertad y la democracia. Hoy quiero creer que cuando cientos de niños y de niñas ingresen a una escuela con el nombre de este maestro, de este joven militante, de este poeta y dibujante, de este hombre comprometido con la política, con su país y con la cultura, se estará cumpliendo el sueño de miles, quienes en los momentos más terribles soñaron que este día llegaría. Y también quiero creer que se estarán cumpliendo las peores pesadillas de quienes lo detuvieron y lo torturaron.

Muchas gracias.

Señor Cardoso (don José Carlos). - Señor presidente: con este compatriota, Carlos Chassale, cuyo nombre llevará la Escuela N° 276 de Montevideo -después de que este trámite parlamentario culmine en el Senado- compartimos una vocación común: la docencia.

Cada vez que designamos con el nombre de un ciudadano, de un compatriota nuestro o no un centro educativo y en especial una escuela, creo que se debe hacer una reflexión acerca del valor que tratamos de transmitir como nación, como país, para que sea reconocida y recordada su trayectoria personal, su gestión. Sin duda, hay una larga lista de designaciones con nombres de personalidades a centros educativos del país.

Carlos Chassale, como se ha dicho aquí, era un maestro que murió muy joven y, además, era un

militante comunista. Como se comprenderá, yo ni compartí ni comparto su ideología, pero sí tengo una especial valoración por lo que sé de él y por su condición de poeta aquí mencionada. He leído algunos de sus libros; inclusive, algunos se encuentran en la Biblioteca del Palacio Legislativo. Realmente, hace honor al magisterio leer sus textos; tenía una poesía muy simple, pero muy rica. Era un docente dedicado y había nacido en un hogar muy humilde, pobre.

Carlos Chassale estuvo vinculado, como se dijo aquí, a la educación rural y a la escuela de barrio, con todo lo que eso significa de esfuerzo personal y de peripecias. Después sufrió los efectos de un país que perdió el sistema de derecho. Yo estoy seguro de que los 30 de junio se recordará la figura de Carlos Chassale en la Escuela N° 276. Es tarea de los maestros que, en fechas especiales, en este caso el 30 de junio, que era el día de su cumpleaños, en la Escuela se recuerde su figura; seguramente se hablará a las distintas clases de la persona cuyo nombre lleva la escuela o se leerán sus poesías, se recordará su peripecia personal -descrita aquí con mucha crudeza por la señora Diputada maestra Alicia Pintos- y seguramente se dirá que esos son los acontecimientos que viven los uruguayos cuando perdemos el sistema de derecho.

Carlos Chassale fue detenido en 1975 y en ese año el Uruguay no vivía bajo un régimen de derecho sino bajo un régimen de facto; vivía en lo que conocemos vulgarmente como una dictadura, en un régimen donde no se reconoce al diferente y donde no se respeta al que piensa distinto. Yo tengo mis convicciones políticas, las defiendo y son distintas a las que defendía Chassale, pero comparto con él el derecho a expresarlas.

Chassale era un militante social y político y a eso tenía derecho, y a eso tenemos derecho todos los uruguayos. Carlos Chassale también tenía derecho a expresarse y a militar políticamente en el partido que entendía representaba sus ideas.

Por lo tanto, creo que hacemos muy bien en designar a una escuela, en este caso, con el nombre de un maestro humilde, de un hombre común, de una figura cotidiana de nuestras aulas, que pasó las de Caín, que pasó la dura, que sufrió en carne propia -como aquí se describió- los efectos de una dictadura, así como los sufrieron también otros miles de uruguayos. Como dijo el señor Diputado Guarino, no solo los integrantes del partido de Gobierno sufrieron los efectos de no tener un sistema de derecho vigente, sino también los padecieron los de otros partidos políticos.

Entonces, votamos con mucho gusto que se designe la Escuela N° 276 con el nombre de Carlos Chassale. Esa no solo será una manera de valorar a un individuo que dio su vida por sus ideales, sino a un docente que supo transitar por las aulas con mucha dignidad.

Muchas gracias.

Señor Presidente (Bentancor).- Si no se hace uso de la palabra, se va a votar si se pasa a la discusión particular.

(Se vota)

—Cincuenta y ocho por la afirmativa:
AFIRMATIVA. Unanimidad.

En discusión particular.

Léase el artículo único.

(Se lee)

—En discusión.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

(Se vota)

—Cincuenta y nueve por la afirmativa:
AFIRMATIVA. Unanimidad.

Señor Rosadilla. - Pido la palabra para fundar el voto.
- Señor presidente: muy brevemente, quiero decir que hemos votado este proyecto de ley -lo digo en nombre de mi sector político- sin haber hecho uso de la palabra durante su tratamiento, pero no por eso dejamos de sentir, total e integralmente, cada una de las palabras que se dijeron por parte de todos los integrantes de esta Cámara con relación a la designación de una escuela con el nombre de Carlos Chassale.

Queremos expresarnos en forma directa. No conocimos a Carlos personalmente, pero en un momento de la vida nos tocó militar en una zona donde él había trabajado y militado. Yo no sé cuántas formas hay de conocer a una persona -seguramente, muchas-, pero nosotros lo conocimos por cuentos de compañeros nuestros y de él, por sus adversarios, por sus alumnos y por los padres de ellos. Y si después de varios años una persona permanece en el sentimiento de la gente, si al recordarla lagrimea, es porque ha sembrado cosas buenas. Es a ese hombre bueno que esta Cámara hoy reconoce, designando una escuela con su nombre.

En este momento queremos decir que, en la unidad que contienen estos homenajes, quizás el mejor mensaje que debemos trasladar a esos que ya son o van a ser alumnos de esa escuela es: comportarse como hombres buenos en la vida.
Gracias.

Señor Maseda. - Pido la palabra para fundar el voto.

- Señor presidente: en representación del departamento de Artigas, quiero expresar mi convicción por el voto que emití y el sentimiento de todos los compañeros luchadores sociales de todos los sectores políticos -blancos, colorados y frenteamplistas- que enfrentaron la dictadura.

También quiero expresar que este sentimiento seguramente llega a muchos maestros de nuestro departamento que desde todos los sectores políticos lucharon contra la dictadura. Lo que recordamos hoy aquí es el ejemplo de un hombre que tuvo en la vida la mala suerte de haber padecido situaciones como las que fueron narradas en la Cámara; él tendría que haberse convertido -como lo demuestran los hechos de su corta vida- en un hombre que superara cosas que pueden ser limitativas, tanto por su condición de maestro, como por su solidaridad y por su expresión.

Voto con más convicción todavía por la actitud de respeto que escuché en las intervenciones, sobre todo en la del señor Diputado José Carlos Cardoso, del departamento de Rocha, que en cierta medida pone en este ámbito un elemento que, según mi opinión, tiene que ser rescatado.

Era cuanto quería decir.

Muchas gracias, señor presidente.

Señor Presidente (Bentancor). - Queda aprobado el proyecto y se comunicará al Senado.

Promulgación: 22 de junio de 2006

Publicación: 8 de junio de 2006



Carlos de moña y delantal en la escuela

Ley 17.975 - Se designa "Maestro Carlos Chassale" la Escuela N° 276 de la ciudad de Montevideo, departamento de Montevideo.

PODER LEGISLATIVO

El Senado y la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General,

DECRETAN:

Artículo único.

Designase "Maestro Carlos Chassale" la Escuela N° 276, del departamento de Montevideo, dependiente del Consejo de Educación Primaria, Administración Nacional de Educación Pública (ANEP).

Sala de Sesiones de la Cámara de Senadores, en Montevideo, a 14 de junio de 2006. Eleuterio Fernández Huidobro, Presidente; Hugo Rodríguez Fillipini , secretario.

Ministerio de Educación y Cultura

Montevideo, 22 de junio de 2006

Cúmplase, acúsesse recibo, comuníquese, publíquese e insértese en el Registro Nacional de Leyes y Decretos.
Tabaré Vázquez – Jorge Brovetto.

La Escuela 276 que lleva el nombre Carlos Chassale está ubicada en el barrio "Tres Ombúes" (barrio Capurro) en la calle Ameghino 4960 esquina Groenlandia.



Carlos dominando la pelota con la cabeza. Moscú 1970

Edición Digital
Montevideo, setiembre de 2020



Permaneció exiliado, hasta la amnistía de marzo de 1985, en La Habana, Cuba en donde culminó los estudios como licenciado en letras en la Universidad.

Al regreso a Uruguay trabajó como docente de literatura en enseñanza secundaria, pública y privada. En los últimos diez años impartió clases en contexto de encierro por el Consejo de Educación Secundaria.

Publicó dos libros de testimonios: "Faltan 4, la fuga del Cilindro" (2013) y "El fantasma de la resistencia" (2014) ambos publicados por Editorial Fin de Siglo.

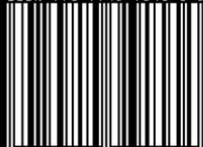
En la actualidad participa activamente en la Comisión por la Memoria, Justicia y contra la Impunidad de Soriano.

"Yo me llamo Carlos Chassale. Soy maestro uruguayo y fui secuestrado el 7 de noviembre de 1975 por un grupo de individuos no identificados. Me encontraba en ese momento en mi lugar de trabajo, la Escuela No. 9, del barrio La Teja en la ciudad de Montevideo, barrio proletario. Eran aproximadamente las 10 y 30 de la mañana. Fui liberado nueve meses después, al borde de la muerte".

Este es un libro de testimonios sobre la vida de Carlos Chassale que él no pudo escribir, murió el 14 de agosto de 1978 en La Habana, a consecuencia de un cáncer agravado por las torturas recibidas en varios centros de secuestro de la dictadura uruguaya. Lo escribió Miguel, que recuperó los recuerdos de sus compañeras y compañeros. Lo lee usted asomándose a la historia de lucha y resistencia de toda una generación, que se jugó la vida para poder cambiarla.



ISBN 978-9915-9310-0-5



9 789915 931005